ANA
MOGLIA
DESPUÉS
DE LA
TORMENTA
emecé

Después de la tormenta

Después de la tormenta

Ana Moglia

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Primera parte
Segunda parte
Tercera parte
Epílogo
Nota de la autora

Moglia, Ana
Después de la tormenta / Ana Moglia. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emecé Editores, 2022.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-04-4158-2
1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Románticas. I. Título.
CDD A863

© 2019, Ana Emilia Moglia Bernard

Todos los derechos reservados

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Emecé®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Primera edición en formato digital: agosto de 2022

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-4158-2

A aquellos que no bajan los brazos, que no pierden la sonrisa, que ven siempre, a pesar del naufragio, la orilla.

Hospital de San Justo, Santa Fe,
madrugada del 16 de enero de 1973

Estoy cansada y me duele demasiado el cuerpo. Mis ropas están rasgadas. ¿Qué fuerza brutal me hizo esto? Estoy tan sucia… entierro mis pies descalzos en el barro y la lluvia no cesa. Quiero descansar; no puedo luchar más contra esa bestia. ¡El viento es tan fuerte! Parece endemoniado. El cielo se cae. Todo se cae. El monstruo oscuro arrasa y nos quita la paz…

Mamá… papá… déjenme ir. No estén tristes; necesito descansar. ¡Les agradezco tanto! Hicieron mucho por mí, pero ya nadie tiene fuerzas contra esta águila arpía que nos sorprendió de repente. Yo no quería esto, no vine para vivir esto…

¡Aguarden! Ahora siento nostalgia de un perfume exquisito que me envuelve y no me deja ir. Es un aroma de mi infancia, es el aroma de mi casa… es el aroma de ustedes dos cuando me llevaban de la mano hasta… ¡Ah!, estoy exhausta y ya casi no puedo recordar pero ese aroma… ¿Adónde me lleva ese camino que recorríamos los tres, tomados de la mano? No puedo pensar, me duele el cuerpo. ¡Otra vez me invade! ¡Es el aroma de la yerba! Mamá, papá… ¡Eso es, caminamos hacia los cultivos de yerba! Pero yo quiero curar, yo vine a curar a las personas. No entiendo.

Estoy cansada y me duele demasiado el cuerpo, pero algo me retiene: siento una mano tibia sobre la mía; me sujeta, no me deja partir. Intento ver algún rostro; no puedo. Lucho para liberarme de ella porque necesito descansar. Me doy cuenta de que esa tibieza sobrevino al aroma de la yerba mate. ¡Se siente tan bien! ¡Me reconforta tanto! Me da calor en medio de la nada y me incita a despertar, más allá de mi cansancio. De pronto entiendo que no me puedo ir, que debo luchar… porque está en mi sangre seguir adelante.

PRIMERA PARTE

1

Apóstoles, Territorio Nacional de Misiones
Establecimiento Los Lapachos,
anochecer del 14 de junio de 1947

Estaba fresco pero no tanto para impedir que Amparo y Rafael se sentaran en la galería de la casona, al menos unos minutos, a contemplar la hora nocturna. Mirar ese cielo, que para ellos era único en el planeta, era el bálsamo perfecto para paliar los contratiempos cotidianos.

Las estrellas, en las noches nítidas, parecían explotar en racimos y caer en picada sobre los cultivos de la yerba, que custodiaban la casa desde el horizonte y mantenían intacto el recuerdo de lo que Los Lapachos significaba en la memoria y en el corazón de Amparo Vennik y de Rafael Acuña.

Era junio y había arrancado la cosecha, y con ella la temporada más importante en el ciclo de la yerba por el volumen y la calidad de la materia prima. Rafael ya había recorrido en los días previos los yerbales con la intención de confirmar lo que ya presumía: las hojas habían alcanzado el color verde oscuro característico y su textura quebradiza indicaba que era el momento justo de la cosecha. Se comenzaba a ver el ir y venir de los tareferos (1) que aparecían muy temprano, aún en la madrugada, rumbo hacia los yerbales con sus delantales, los guantes, las tijeras y los típicos serruchos curvos. Todo era manual en la cosecha, como en época de Pedro Vennik; sin embargo, esto no hacía más que reforzar el valor del trabajo y el esfuerzo y hacer que se añorase con el alma la hora del disfrute como lo vivían en ese momento Amparo, la primogénita de Pedro, y Rafael, el único hijo de Benicio Acuña, ahora esposo de esa hermosa mujer de la que había quedado prendado de niño

cuando la había escuchado cantar en algunas de las aventuras que emprendían con los adultos.

Desde el secadero (2), el aroma característico a mate cocido, tan familiar, intenso y agradable para los habitantes de Los Lapachos comenzaría, en breve, a impregnar el ambiente cuando ingresaran las hojas de la yerba mate recién cosechadas y se iniciaran los procesos industriales.

—¿En qué piensas, Rafael? —preguntó Amparo cuando notó que su esposo contemplaba absorto el horizonte y con el brillo que tenía su mirada azul cuando algo escondía en su corazón.

—Cada vez que miro hacia los cultivos no puedo evitar pensar en tu padre y en el mío, Amparo. Pienso en la tenacidad de Pedro para construir esto que hoy tenemos y que es nuestro refugio, nuestro paraíso, nuestra vida… Pienso en la amistad que los unió y si alguien más en el mundo habrá sido bendecido con una semejante como la que tuvieron ellos, tan leal y sincera. Sabes bien que consideré a Pedro como un padre, él ayudó a mi madre a traerme a este mundo, aunque…

Amparo percibió en él un dejo de tristeza al recordar a su madre, la hermosa Panambi, quien no había podido soportar el alumbramiento. Por más que Pedro, que aquel día andaba de visita por los pagos de Benicio, hacia el este de Apóstoles, había hecho todo lo posible por salvarla; la guaraní no había resistido, dejando en la más absoluta desolación a su amado Benicio y a su hijo recién nacido Kuarahy, o Rafael, como también lo había bautizado Pedro a pedido de su amigo.

Rafael sonrió por un instante. Amparo lo miró y, como si estuviera sacando conclusiones, dijo:

—¡Tú eres, para mí, el descendiente de guaraní más bello que he conocido! ¡Mi guaraní de ojos azules!

—Estos ojos no son guaraníes, Amparo; los heredé de mi abuela polaca —aclaró Rafael señalando con el dedo índice a un lado y a otro de sus ojos.

—Ya lo sé. Sea lo que sea, tu tez cobriza, la oscuridad de tu cabello y el color de tus ojos son para mí una combinación letal —

aseguró Amparo, buscando cobijo en los fuertes brazos de Kuarahy. Le costaba un poco encontrar una posición cómoda, ya que aguardaba dar a luz de un momento a otro.

—¡Si nos vieran ahora tu padre y el mío, Amparo!

—Pedro y Benicio nos ven todo el tiempo, Rafael; siento que son nuestros ángeles guardianes, los de todos nosotros aquí, en Los Lapachos.

Rafael suspiró y con honda pena agregó:

—Creo, a veces, que se fueron muy pronto, mi Amparo… demasiado pronto.

—Se fueron en su ley, Kuarahy; se fueron trabajando para traer el progreso a estas tierras —dijo ella haciendo alusión al motivo que había llevado a los dos amigos, años atrás, hacia una localidad vecina para tratar la formación de cooperativas con los modelos e ideas que habían traído los alemanes a Colonia Liebig, en Corrientes. De regreso a Apóstoles, un accidente se había cobrado la vida de ambos causando desolación en la familia Vennik, en Rafael Acuña y en las familias de todos los empleados del establecimiento Los Lapachos que con tanto amor y trabajo habían dado vida a los yerbales.

—Dejaron formadas las cooperativas con la ayuda de la gente de Colonia Liebig. ¡Era uno de los sueños de mi padre! —recordó Amparo. Bajó la cabeza y Rafael, de inmediato, se percató de que su voz se había quebrado, pero ella continuó—: No olvidaré jamás el instante en el que me avisaron que habían sufrido un accidente y que… ya no había más por hacer. Yo estaba en Buenos Aires por iniciar una gira en ese momento y no entendía nada. ¡Nada!

—Yo también extraño a mi padre, Amparo. Me dejó muy pronto. Él era todo para mí; me crio solo.

—Fue un golpe duro para todos, Kuarahy, y mi pobre abuela Janica, apenas si les sobrevivió unos meses. Creo que quiso ir pronto a encontrarse con su amado, mi abuelo Teodoro, y con su hijo.

—Así es, mi Amparo; aquella noche estábamos aquí mismo con tu madre recibiendo la noticia de boca del comisario Druke cuando

tu abuela Janica se asomó desde de la casa, fuerte como un roble. Pedro cumplió su sueño y el de su padre, Teodoro. Todo ese amor que le dedicó a la yerba mate durante su vida quedó sellado en cada uno de nosotros. Y mi padre, Benicio, vivió feliz en este lugar, con todos ustedes; siempre los sintió su familia. Pedro, tu madre Ela, la abuela Janica… todos le brindaron cobijo en Los Lapachos cuando se quedó solo conmigo, apenas nacido.

Ellos dos resolvían cualquier embate juntos, ¡cualquier dificultad! Y durante los atardeceres, cuando llegaba la hora del mate, después de la agobiante jornada se sentaban aquí mismo a esperar la brisa fresca. Compartían unos mates con cedrón y flores de lavanda para «armonizar el espíritu», según creían ellos.

—¡Tú mismo les construiste estos sillones! —dijo Amparo, tocando la fuerte madera.

—Sí, le construí uno a mi padre pero, luego, cuando Pedro lo vio, ¡quiso uno también! —recordó con una sonrisa Rafael—. Creo que lo que tu padre quería era mantenerme ocupado así yo no te extrañaba tanto, mi guaina, entonces me encargaba cosas. Tú andabas por los grandes escenarios del mundo, cantando como los dioses, triunfando con tu don y yo… desgarrándome de dolor, culpándome por no haber hablado antes, por darme cuenta tarde de que te amaba con locura… Luego, cuando volviste, pensé que por mi culpa habías dejado lo que más amabas y para lo que te habías preparado toda la vida con la complicidad de Pedro, que siempre te dejó cumplir tus sueños, aun sabiendo que tu lugar, tarde o temprano, estaba aquí, en Los Lapachos, en medio de los cultivos de yerba mate.

—¡Shhhhh! —ordenó Amparo, cubriendo con su dedo los labios de Rafael—. ¿De qué te culpas? ¿Aún no entendiste que lo que realmente yo amaba no eran los escenarios, las óperas, París, Milán… sino a ti? Mi amigo niño, mi paciente jovencito que creció conmigo y me esperó en silencio hasta que un día se apareció en el Teatro Colón para decirme que me amaba —recordó con emoción —. Llegaban muchos ramos de flores en medio de los «bravo» y de los aplausos —continuó—, pero uno me impactó —confesó Amparo,

con sus ojos iluminados—; era de rosas rojas y cuando leí la tarjeta… ¡Ah, Kuarahy, cuando leí la tarjeta! Algo me decía que estabas allí, en medio de la multitud. «Tienes una voz que traspasa este lugar»… Solo una persona me lo había dicho una vez: tú, Rafael, cuando fuimos al valle del este con Pedro y Benicio, ¿recuerdas? Éramos ya adolescentes y me escuchaste cantar; me miraste y tu expresión fue de éxtasis, de sorpresa, y en ese momento yo debí darme cuenta de que te amaba desde toda la vida, pero no lo supe hasta aquella noche en el Colón, después de muchos años.

—¡Y pensar que casi te casas con Ignacio! —dijo Kuarahy, un poco en broma, un poco en serio, refiriéndose a Ignacio Andorreguy, el hijo de Imanol y Maiora, los amigos de los Vennik que vivían en Buenos Aires—. ¡Por mi diosito Tupá que no iba a permitir que te quedaras con él!

La expresión de niño aguerrido enterneció a Amparo.

—¡Rafael! Me causas mucha gracia.

—¡¿Gracia?! No le encuentro gracia alguna, Amparo. Si no aparezco en Buenos Aires para buscarte, tú te casabas con él.

—Ay, mi guaraní… si tú no aparecías en el Teatro Colón aquella noche como lo hiciste, venía yo a buscarte. La madre de Ignacio, mi querida Maiora, me había regalado un pequeño dije; una esmeralda que yo lucía con un vestido muy bello hecho para la ocasión. Comenzaron los acordes de *Rigoletto* y durante la interpretación, recuerdo que llevaba una de mis manos a mi cuello a cada momento y apretaba ese dije que solo yo asociaba con el color de la yerba y sentía que me asfixiaba. El verde de esa piedra me transportó en un segundo, en medio de las luces y de los brillos del Colón, hasta aquí, hasta mi amada tierra colorada, a mis yerbales… En ese instante, mi padre Pedro, mi madre Ela, mi abuela Janica pasaban por mi mente como si fueran destellos de vida y de enseñanza y, por un momento, me vi contigo cuando éramos niños y jugábamos y disfrutábamos de las aventuras que nuestros padres planeaban para entretenernos. Supe, en medio del teatro repleto, que te amaba; sí, tuve la certeza de lo irreversible. Cuando todo terminó y leí la tarjeta que traía ese enorme ramo de flores, intuí

que tú estabas allí. Sí, mi amor, yo sentí que tú estabas entre la gente, esperándome.

—Quizá hubieras tenido otra vida, no lo sé; hubieras continuado girando por el mundo con tu canto y con Ignacio, que no dejó lugar exclusivo sin llevarte.

—Estás celoso —afirmó Amparo mirando de reojo a Rafael.

—No.

—No te creo, mi guaraní; pareces un niño —dijo Amparo y los dos se rieron del comentario. Luego, acariciando el cabello oscuro de Rafael, agregó—: Yo deseo que Ignacio sea feliz, Rafael; contrajo matrimonio en París. ¡Se casó con una francesa! Él y su familia fueron muy buenos conmigo; a mi padre le dio mucha tranquilidad saber que yo me hospedaría en la casa de los Andorreguy cuando llegué a Buenos Aires para estudiar en el Colón. Ellos me llevaban a todos lados y me acompañaban. Maiora suplió, como pudo, el lugar de mi madre que estaba tan lejos.

—Sí, lo sé. Pedro era muy amigo de don Imanol. Compartían largas charlas cuando tenían la oportunidad de verse. La distancia entre ellos no era un obstáculo; don Imanol siempre le escribía cartas a tu padre contándole sobre la situación en la «gran ciudad» y él, a la vez, compartía las noticias con todos nosotros. Y hablando de los Andorreguy, ya están de camino; salieron de la estación Lacroze hoy a la siesta, sobre las tres de la tarde, creo. Vienen en el Nordeste Argentino y, según me informó Imanol, el tren llega mañana a Posadas, bien entrada la noche. Los iré a buscar.

—¿Puedo ir contigo? ¡Muero de ganas de ver a Maiora! ¡Estoy feliz por mi madre; le hará muy bien estar con ella!

—No, Amparo, será muy tarde para ti, el frío a esa hora se siente y, además, ya te lo he dicho: no quiero que corras ningún riesgo a esta altura del embarazo.

—Está bien —respondió ella con resignación pero entendiendo, al mismo tiempo, que Rafael la cuidaba como a un tesoro y con alegría expresó—: Será emocionante para todos reencontrarnos; la última vez que nos vimos fue cuando murieron nuestros padres, hace ya dos años.

—Es un viaje largo desde Buenos Aires y muy cansador; ya son personas grandes, Amparo, llegarán agotados. Pero tu madre tiene todo listo, como siempre.

—Sí, ya ha comenzado a preparar los *varenikes* para agasajarlos; eran el plato ucraniano preferido de mi padre. Mi abuela Janica le enseñó la receta. Esta mañana vi sobre la mesa un montón de papas, cebollas, paquetes de harina…

—También me dijo que les preparará la *chipa guasú*, para que mi sangre guaraní esté presente en la reunión familiar — dijo Rafael, jactándose de su ascendencia—. Hoy le traje maíz de la proveeduría.

—Quizá por eso esta noche se fue a descansar más temprano de lo habitual; mañana tendrá un día muy intenso en la cocina. ¡Qué felicidad, Kuarahy! La visita de los Andorreguy nos hará bien a todos.

—De todas maneras, yo estoy más tranquilo sabiendo que Ignacio se quedó a vivir en Europa *definitivamente* —enfatizó Rafael, sin poder ocultar su mirada pícara ante los ojos de Amparo, que reía por el comentario.

—Ignacio podría vivir aquí, en Apóstoles, en mi propia casa, Kuarahy, ¡y jamás sería un obstáculo entre nosotros!

—Lo sé, amor mío, yo lo sé; y también sé que amas este lugar porque corre por tus venas la savia de la yerba mate. Tarde o temprano, lo entenderías.

—De lo único que me di cuenta es de que, sin ti, mi vida no hubiera tenido sentido y, aunque mi corazón esté partido por la ausencia de mi padre que tanto veló para que yo cumpliera mi sueño alguna vez, soy feliz porque sé que él guía nuestros pasos desde el cielo y los de todos los que amamos esta bendita tierra. Él y su querido Benicio, su amigo del alma, su hermano del corazón, tu papá, mi segundo padre…

—Te admiro, mi Amparo… yo, en cambio, a veces reniego de esa partida tan temprana que tuvieron los dos y me resisto a creer que desde allá arriba puedan guiarnos como aseguras, porque yo los quisiera a ambos aquí pisando, como tú dices, esta «bendita tierra

colorada».

Amparo cobijó a Rafael con sus brazos; entendía su pesar. A ella aún le quedaba su madre, Ela, tan entera y tan fuerte había resultado.

Ela Stein, hija de ucraniano como Pedro, había sobrellevado de manera estoica lo que le deparó el destino, logrando que todo en Los Lapachos continuase como su esposo lo había soñado. Rafael había sido su baluarte para tomar cada decisión mientras Amparo recorría el mundo con su arte y, aunque él también estaba quebrado por la ausencia de Benicio, con doña Ela recibían cada amanecer junto a los yerbateros para agradecer a Dios por una nueva jornada. Es que vivir en Los Lapachos era vivir en medio de un verde que abrazaba hasta las fibras más íntimas y encandilaba con su fulgor. Vivir en Los Lapachos era convivir con los atardeceres más rojizos de la Tierra, con el aroma de la hoja de la yerba perfumando el aire…

—Ellos nos cuidan, Rafael. Jamás tuvimos miedo, a pesar de los momentos difíciles. ¿Recuerdas cuando se incendió el secadero? ¿Recuerdas cómo mi padre salió adelante? —dijo Amparo con orgullo.

—¡Cómo olvidarlo! Pedro renacía de cada desgracia como el ave fénix. Creo que tu abuela Janica tuvo mucho que ver porque una vez él me contó, ya no recuerdo en qué circunstancia, que su madre siempre le decía: *«No tengas miedo, Pedro. No tengas miedo»*, y yo no lo olvidé jamás, Amparo, y es lo que pienso transmitirle a nuestra *gurisa (3)*.

—¡¿Cómo sabes que será una niña?! —preguntó con curiosidad y sorpresa, Amparo.

—No lo sé, quizá sean las ganas de ver reflejada en su carita tu belleza pero también, si nace un gurí, ¡será un guaraní valiente como su padre!

Amparo no pudo evitar reírse por la ocurrencia de Rafael.

—Niño o niña —sentenció Kuarahy—, será la razón de nuestras vidas y yo, el hombre más feliz del planeta.

—Será «Pedro», si es varón. Se lo prometimos al cielo —dijo

Amparo con sus ojos empañados.

—Y si es niña —agregó Kuarahy— llevará un nombre guaraní. ¿Qué opinas?

—Que me explota el corazón de felicidad al ver tu rostro cuando hablas del hijo que viene en camino.

—Será Arami, entonces —dijo Rafael, con vehemencia—. Su nombre será Arami, que significa «pedazo de cielo». —De pronto, Kuarahy salió de su emoción y de inmediato se levantó y extendió la manta que tenía en sus manos—: ¡Vamos, mi guaina! Entremos; no quiero que tomes frío —dijo, mientras cubría la espalda de Amparo con la manta de antaño que había tejido con tanto amor, la abuela Janica—. Debemos descansar, nos espera un día intenso.

El silencio se adueñó de la noche, lo que ya no sucedería en los días siguientes porque en el secadero también se comenzaría a trabajar durante las horas nocturnas y el ruido de las máquinas formaría parte del paisaje. No había descanso para los yerbateros en algunas épocas del año y junio era una de ellas, pero ese cansancio significaba la alegría de la cosecha, de la elaboración de la yerba lista para el mate como símbolo de la unidad por la que había bregado Pedro Vennik toda su vida.

Rafael y Amparo miraron hacia el oscuro horizonte antes de entrar en la casa, hacia donde los yerbales dormían y donde más allá, la selva acunaba todos los verdes. Bajo el quicio de la puerta, Rafael miró con profundidad a Amparo:

—Este hijo vendrá a sanar todas las heridas, todas las penas…

—Claro, mi Kuarahy… este hijo vendrá a curar las ausencias. Sí, tienes razón: vendrá a sanar.

1- Término utilizado para designar a una persona que cosecha artesanalmente la yerba mate.

2- Instalación para secar la hoja de yerba mate.

3- Gurí es un término que se utiliza en el litoral argentino (especialmente las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Misiones). La palabra proviene del guaraní Ngirí y significa “niño o muchacho”.

2

El trinar de las aves era la caricia del alba que despertaba a los habitantes de Los Lapachos, cada día. Rafael podía identificar, una a una, las especies del lugar. Otrora, durante la ausencia de Amparo, había encontrado en el canto de los pájaros un modo de traerla a su mente y a su corazón, escuchando esa voz inigualable cuando cerraba sus ojos.

Las cuadrillas de tareferos se dirigían hacia los yerbales. Doña Ela, que estaba en la cocina ultimando detalles para recibir a los Andorreguy, se había percatado de ello por el ruido de los tractores que tiraban de los acoplados cargados con esos hombres fuertes, callados, laboriosos, que iban con empeño a la cosecha.

Rafael había amanecido muy temprano, como siempre, porque quería recorrer el secadero y comprobar que todo estuviese listo y preparado para recibir la cosecha de hojas verdes; era una costumbre que tenía de muchacho, cuando Pedro lo dejaba a cargo durante su ausencia por una reunión en alguna localidad vecina. Comprobaba que todo estuviera en orden para iniciar el sapecado, que era la primera operación en la elaboración de su amada yerba mate: las hojas de la yerba entraban en las tamboras, tubos de grandes dimensiones, donde giraban mientras eran sometidas, por pocos minutos, a un calor intenso por acción del fuego desde el otro extremo para perder la humedad, casi a llama viva. Al salir por la otra punta circulaban por una cinta hasta introducirse en una segunda tambora y, de esta forma, después de esa etapa que todos llamaban «presecado o intermedia», llegaban a la instancia definitiva de secado en donde las hojas circulaban, por algo más de tres horas, en cintas sometidas también al calor pero menos intenso que el de las tamboras ya que, ahora, recibían aire caliente a unos 120º. Ya, en esa instancia, se habrían cortado los procesos biológicos de las hojas y se las preparaba para la molienda en la

canchadora o trituradora, como comúnmente la llamaban. Una vez que el producto cumpliera con el circuito y que hubiera pasado por la zaranda para ser desprovisto de fragmentos de palo y de ramitas, se embolsaría en las tradicionales bolsas arpilleras para dejar que se estacione en otro galpón por un año. El ingreso en el molino sería la etapa del proceso donde, finalmente, se obtendría por arriba del millón de kilos de yerba mate cada mes.

Rafael vivía con mucha emoción estos momentos previos porque recordaba los esfuerzos y tremendos sacrificios que había hecho Pedro luego de tomar la decisión de dedicarse al cultivo de la yerba mate, empujado por las palabras de su padre Teodoro antes de morir: «En la yerba mate está el secreto y el tesoro».

En su interior, Kuarahy no cesaba de agradecer a Pedro, aunque ya no estuviera en este mundo, por haberlos cobijado a él y a su padre Benicio bajo su techo, por haberles transmitido el valor del trabajo y de sus frutos, el amor por el cultivo y la producción de la yerba; en fin, por haberle dado la vida al amor de su vida: Amparo. Recordaba los inicios de Los Lapachos y observaba en lo que ahora se había convertido y no podía hacer más que mirar al cielo y agradecer, aunque esto le significara sentir su pecho oprimido.

«Tendrá razón mi Amparo», pensaba. «Esos dos andarán haciendo de las suyas en el cielo, cuidándonos a todos los que quedamos aquí abajo, pero quisiera no extrañarlos tanto y sentir que así es», se decía siempre con resignación. «Sí, eso quisiera: entender que de verdad están con nosotros», deseaba en silencio con todo su corazón.

Amparo y su madre tomaron una breve siesta después del almuerzo. Habían trabajado toda la mañana en los preparativos para recibir a los Andorreguy. Irenka, la buena y dulce mujercita de antaño, hija del empleado más antiguo de Los Lapachos, y que ayudaba a la familia en los quehaceres domésticos desde hacía tiempo, había dispuesto la habitación para Maiora e Imanol con sábanas bordadas por la abuela Janica. Sobrepasaba los cuarenta años; sin embargo, conservaba ese hermoso cabello rubio y esa cara angelical, sin dudas, heredados de sus ascendientes polacos. Su hijo

Kaspar, un joven fuerte y robusto, ya formaba parte de los trabajadores de la yerba en Los Lapachos. Habían dispuesto también una habitación para Salvador, el menor de los Vennik. Gracias a todos los rezos de la familia, como decía siempre Ela, su hijo menor parecía haber encontrado la paz después de las tormentas pasadas. Dos años antes lo habían detenido, acusado de haber intentado matar a su padre en una discusión sostenida una noche en el secadero; discusión que, a ojos de todos, Salvador había provocado. Lo habían trasladado a la cárcel de Posadas y allí había permanecido por diez meses mientras se llevaba a cabo el proceso judicial que dictaría su sentencia definitiva. Las pericias psiquiátricas efectuadas habían arrojado que el muchacho no había entendido la criminalidad de sus actos y el juez lo había declarado inimputable. Ya en libertad, y siguiendo los tratamientos indicados, Salvador disfrutaba de su familia en Los Lapachos; lo hacía cuando podía porque su cuñado, Rafael, le había pedido que se ocupe del emprendimiento que su padre, Benicio, había iniciado en el valle del este muchos años atrás y que él mismo había continuado: el cultivo de la citronella y la elaboración de esencias. Rafael no había querido desprenderse de la pequeña casita enclavada en el corazón de lo que ahora se llamaba El Soberbio, cerca de los inigualables Saltos del Moconá, en donde había nacido y le pareció una buena oportunidad para que Salvador pudiera, de a poco, rehacer y encauzar su vida ya que no había aprendido el oficio de yerbatero. No había acompañado jamás a su padre. Vaya uno a saber qué maraña se le había hecho en la cabeza a ese pobre hijo de Pedro, se preguntaba siempre, Rafael. Para la paz y alegría de todos, Salvador se había arrepentido de su accionar y tantas veces se lo había confesado a Amparo.

«¡Todas las personas merecemos una segunda oportunidad!», le dijo Rafael cuando le pidió que se ocupara de los cultivos de la citronella y Salvador así lo había hecho; día a día se esforzaba por aprender y por demostrar que él era capaz y que su intención era trabajar para el progreso de sus seres queridos. Viajaba con asiduidad a Apóstoles para visitarlos, sobre todo a su madre, a

quien le pedía perdón por tanto daño causado y le manifestaba su agradecimiento por su paciencia y amor infinitos. Durante el tiempo que había permanecido detenido, Amparo lo visitó y conversaron con mucha sinceridad y amor fraternal. Cada vez que su hermana llegaba, él le pedía disculpas por los celos que había sentido al interpretar que Pedro la prefería. *«Perdóname, hermana»* era el primer saludo que le brindaba a Amparo cuando esta llegaba con Rafael a Posadas para verlo.

Ela siempre recibía a su hijo con los brazos abiertos cuando este le anunciaba su visita. Ella sabía que no había actuado consciente de sus actos. «Pobre hijo mío», pensaba. «¿En qué fallamos con mi Pedro? ¿Por qué no pudimos ayudarte a tiempo?».

—Amparito, cuídese. No haga esfuerzos, para eso estoy yo —le repetía Irenka cada vez que la veía andar de un lado a otro.

—Estoy bien, Irenka, estoy bien; si me ves agitada es propio de mi estado.

—Sí, lo sé.

Lo que Irenka guardaba, en silencio, era el pánico ante el inminente alumbramiento, aunque aún faltasen unos días. Temía por Ela; no quería que esa mujer sufriera más. La partida temprana de Pedro era una herida que, por más que ella dijera que había cicatrizado, todos en Los Lapachos sabían que aún sangraba. También pensaba en Rafael; sabía que él recordaría lo sucedido con su madre, Panambi, en el valle del este cuando él había llegado a este mundo. Era inevitable pensar en estas cosas ante un hecho tan revolucionario como la llegada de un hijo y nada más ni nada menos que de un nieto de Pedro Vennik.

—¡Virgencita de Czêstochowa! ¡Sácame de la cabeza estos pensamientos! —dijo en voz alta mientras terminaba de acomodar los enseres del mate, a pedido de Ela, para recibir a los amigos de Buenos Aires.

—¿Qué dijiste, Irenka? —preguntó Ela, cuando creyó escuchar algo desde la cocina, sin entender.

—No dije nada, señora. Solo son pensamientos al aire.

—Está bien, ahora tomemos unos mates. La tarde invita;

además, ya vendrá Rafael y los pedirá.

—Cómo lo malcrías, mamá. Me pondré celosa —dijo Amparo con mucha ternura, mientras acariciaba el cabello de su madre.

—Un poco, tal vez. Lo quiero como si fuese mi propio hijo, Amparo. Él fue quien me ayudó a salir adelante cuando pasó lo de su padre y lo de mi Pedro, cuando sucedió lo de Salvador… Él también sufrió mucho, Amparo. Benicio era la única familia de sangre que le quedaba. Eran muy unidos y quería a Pedro tanto como a su padre; quizá, por eso, se resiste a soltarlos.

—Lo sé, mamá; lo he visto llorar muchas noches, sentado en la galería mientras tomaba unos mates, pero ya pasará. ¡Este hijo que viene en camino le ha traído alegría!

—¡A todos, *m'hija*!, pero Kuarahy deberá entender, de una buena vez, que a los muertos hay que soltarlos; ellos deben descansar.

—Ya será, madre, algo sucederá y hará que Rafael entienda que ellos están en el cielo para cuidarnos…

—Sí, *m'hijita*, creo en eso también. Y hablando de Rafael… —dijo Ela, al verlo llegar.

—¿Cómo está mi bella esposa?

Amparo rio porque ese hombre jamás se daba por vencido con los halagos para ella. Lo veía con su camisa amplia, sus pantalones metidos dentro de altas botas, sin dejar detalle librado al azar. Se sentía orgullosa del hombre que había elegido para vivir su vida entera. Y sus ojos… sus ojos fieros con el resto del mundo pero de una ternura inigualable cuando la miraban a ella. Salieron a la galería. Irenka apoyó sobre la mesita de madera la bandeja con la pava y el mate. La ansiedad ante la inminente llegada de los Andorreguy era evidente pero todos la traducían en felicidad.

—Cuando Maiora te vea con ese vientre, hija mía, ¡no lo creerá!

—Sí, mamá, será emocionante. Yo los he añorado bastante en este tiempo; fueron muy buenos conmigo. Don Imanol, sin dudas, me traerá recuerdos de mi padre.

—Es parte de la vida, hija.

—Admiro tu fortaleza. ¡Creo que ya te lo he dicho en varias oportunidades!

—Amparo… mi amada hija. No es fortaleza, es amor por el legado que tu padre nos dejó. Hay que aprender a aceptar las cosas como vienen.

—Yo no tengo su resignación, Ela —interrumpió Rafael mientras ponía unas cascaritas de naranjas en el mate.

—Tampoco es resignación, Kuarahy. Es aprender a aceptar, si no, nos morimos en vida.

Rafael quedó en silencio; siempre se sentía pequeño ante esa mujer, la quería como a la madre que no había conocido.

—Iré yo solo a Posadas, esta noche, a buscar a los Andorreguy a la estación.

—¿De verdad, Rafael? Podría acompañarte alguien, los caminos…

Rafael sabía a qué se refería Ela; desde que su esposo y Benicio habían tenido el accidente aquella noche, había hecho lo imposible para que ningún habitante de Los Lapachos viajara en horas nocturnas.

—Esté tranquila, Ela; prefiero que usted se quede con Amparo. Yo saldré después de cenar; ha sido un día muy soleado y la noche será clara.

—Está bien, hijo, pero ten cuidado. Ahora, Irenka, echa a andar esos mates amargos —reclamó Ela, repitiendo el ritual que su amado Pedro tenía con su amigo Benicio a la hora del atardecer— y unos *pierniczki* para acompañar —dijo mientras miraba a su hija y a Rafael con mirada cómplice; sabía que esos bizcochos de jengibre rellenos con mermelada y recubiertos de chocolate, eran los preferidos de los jóvenes, como lo habían sido también de Pedro.

La familia había quedado pequeña; ya no estaban la abuela Janica, Pedro ni el padre de Rafael pero la alegría y el andar esperanzado que ellos habían instaurado en Los Lapachos seguían intactos; de alguna manera estaban presentes y Ela, Amparo, Kuarahy y la dulce Irenka así lo percibían, aunque Rafael renegase un poco de las ausencias.

Al cabo de unos minutos vieron llegar a Lautaro. El hombre tenía sus años y ya no se podía dedicar a los trabajos del secadero,

pero se ocupaba de buscar en Apóstoles la mercadería que necesitasen; moriría de la angustia si no se mantenía ocupado. Había pasado su vida entera junto con los Vennik y los Acuña. ¡Amaba a esa familia!

—¡¿Lautaro, a esta hora?! —preguntó en voz alta Ela, cuando vio venir la camioneta por el camino de ingreso.

—Sí, es extraño. Suele ir al pueblo por la mañana, ya son casi las ocho de la noche —respondió Kuarahy.

Rafael notó que Lautaro bajó con agitación y esto no le gustó. Con una mirada indicó a su suegra que estuviera atenta con Amparo mientras él se levantó para ir al encuentro con el tarefero.

—¡Rafael, espérame! Voy contigo.

—No, Amparo, quédate aquí con tu madre, por favor.

—Tiene razón, hija, esperemos aquí; algo se trae Lautaro que inquietó a Rafael.

Ela vio con perturbación, disimulada como podía ante la presencia de su hija, que el hombre sostenía de los hombros a Kuarahy y hablaba sobresaltado, pero ambas mujeres se angustiaron aún más cuando vieron que Rafael se llevaba las manos a su cabeza.

—¡Madre, es una mala noticia! Lo sé; iré con ellos.

—¡Quédate aquí, Amparo! —la detuvo Ela.

Rafael despidió al hombre con premura y caminó con paso firme hacia la casa. Armaba y desarmaba una frase para comunicar lo que Lautaro le acababa de informar y no lograba conectar las palabras en su cabeza. ¿Cómo haría con Ela? ¿Y Amparo? ¡En su estado no era conveniente recibir esas noticias! Cuando levantó su cabeza vio a ambas que lo escrutaban con sus ojos como lanzas. Ya no había marcha atrás; debía contarles, porque tarde o temprano se enterarían aunque, a decir verdad, él no tenía más noticias que las dadas por Lautaro. Tenía que apresurarse; debía partir con urgencia, casi con certeza él sería de gran utilidad en el lugar de la tragedia para brindar datos y para colaborar en lo que fuese necesario.

—¿Kuarahy?

La voz contenida de Amparo hizo tambalear a Rafael pero no

tenía opción. Ela, en cambio, ya había percibido, asumido y aceptado que lo que él venía a comunicarles no eran noticias esperadas; sin embargo, su corazón latía con velocidad inusitada porque veía el vientre abultado de su hija y temía por ella.

—¡Siéntate, Amparo! —ordenó Rafael—. Usted también, Ela.

Las mujeres obedecieron. Rafael respiró profundo antes de largar:

—El tren en el que viajaban Imanol y Maiora ha sufrido un accidente hace unos minutos. Según me informó Lautaro, fue sobre las 19:30 a escasos kilómetros de la estación La Cruz de Corrientes.

Por unos segundos quedaron todos en silencio hasta que Ela reaccionó:

—¡¿Y ellos?! ¡Rafael, dime! —pidió con desesperación.

—Doña Ela, por favor; es mejor que nos tranquilicemos. No se sabe mucho. Hay heridos, hay…

—¿Hay qué, Kuarahy? ¿Qué quieres decir? —lo increpó, intuyendo la respuesta que no quería oír.

—Hay… muertos —respondió Rafael—. Debo salir ya mismo para La Cruz; tengo casi cuatro horas de viaje.

—Dime qué sabes de Imanol y Maiora, ¡dímelo, Rafael! —presionó Ela.

—No sé nada más, doña Ela. Lautaro solo me comunicó que, al parecer, cuando el tren estaba llegando a la estación arrolló a una vaca que estaba en medio de las vías; esto desestabilizó la locomotora y volcó. No tenía más información; cuando fue al pueblo se encontró con alguien de la policía que venía a Los Lapachos para informarnos, a sabiendas de que los Andorreguy serían nuestros huéspedes, así que le comunicó la noticia a Lautaro para que nos la transmita de inmediato. Pasaré antes por la comisaría y preguntaré si necesitan que lleve insumos o lo que consideren. —Se dirigió a Irenka—: Por favor, tráeme algún abrigo extra y el mate; será una noche larga. Quiero que sepas que le pedí a Lautaro que vaya por tu hijo y le diga que me acompañe.

—Sí, Rafael, por supuesto; Kaspar irá contigo. Ya mismo traigo todito.

Kuarahy se acercó a las mujeres que lo miraban atónitas y las tomó por sus hombros.

—Ustedes permanezcan tranquilas. —Y, dirigiéndose especialmente a su esposa, le imploró—: Cuídate. Descansa; hazle caso a tu madre. Mi vida está en ti; no lo olvides.

Doña Ela lo miró con sus ojos aterrorizados por el miedo ante lo incierto. Temía por sus amigos; sabía que Kuarahy había minimizado la situación, lo conocía muy bien. Temía, por sobre todas las cosas, por el estado de su hija; el mal momento podría adelantar el alumbramiento y no era conveniente. Presentía que no sería una noche más; sin embargo, tratando de recuperar su entereza, ordenó:

—Vete, Rafael, aquí los esperamos. Vayan con Dios y con mi Virgen de Czêstochowa.

—Gracias, Ela.

Rafael partió hacia la casa de Irenka para buscar a Kaspar que allí lo aguardaba para emprender el viaje cuanto antes. Las mujeres se quedaron, una vez más, pidiendo la protección para sus hombres, de pie, como Pedro le había enseñado a cada habitante de Los Lapachos, implorando en sus corazones que Rafael encontrara sanos y salvos a Imanol y Maiora.

3

Estación La Cruz, Corrientes,
sobre la medianoche

El panorama era desolador; a pesar de que se habían organizado con presteza las tareas de ayuda y de rescate desde Paso de los Libres y desde Monte Caseros, no alcanzaban las manos colaboradoras para socorrer a los heridos. En el paraje no disponían de medicamentos ni de los enseres para estos casos tan impensados de accidentes ferroviarios. Era noche cerrada y esto dificultaba las tareas debido a la escasa visibilidad. Olor pútrido, polvo y mugre dominaban el ambiente. Rafael y Kaspar trataban de encontrar alguna autoridad para presentarse y ofrecer su ayuda, además de tratar de conseguir, a toda costa, información sobre sus amigos que venían en el tren. Se acercaron a un oficial:

—Disculpe, usted —improvisó Rafael.

—¿Qué necesita? —respondió cortante el hombre que agitaba sus manos hacia un lado y hacia el otro con sus brazos en alto.

—Soy Rafael Acuña, de Apóstoles; del establecimiento Los Lapachos.

El hombre se volvió y esta vez fijó la vista en Kuarahy. Algo le llamo la atención.

—¿Los Lapachos? ¿La yerbatera?

—Sí —respondió solícito, Rafael—. ¡Puedo serles útil!

—Sí, claro que sí, no damos abasto. Podría usted hablar con los médicos que andan dando vueltas; ofrézcase señor Acuña —sugirió el oficial mientras se disponía a dirigirse hacia otro sitio.

—¡Aguarde! Señor…

—Wozniak.

—Señor Wozniak. ¡Por favor…! —suplicó Rafael—.

Esperábamos a unos amigos que venían en este tren desde Buenos Aires. Ellos son Andorreguy. Imanol y Maiora Andorreguy. ¿Cómo podemos saber de ellos? ¡Por favor! —suplicó otra vez.

El hombre percibió la desazón en el misionero y respondió lo que pudo:

—Señor Acuña… el animal contra el que chocó la locomotora hizo que esta se desestabilizara pero, al volcar, se llevó el vagón de primera clase más tres de la segunda. Este es el panorama que tenemos por delante; hay mucha confusión todavía. —Rafael sintió que la sangre se le helaba; sabía que los Andorreguy viajaban en primera clase. El oficial continuó—: Hay heridos que ya han sido trasladados al Hospital Común de Posadas, pero…

—¿Pero qué? Dígame —apuró, Rafael.

Wozniak lo miró con su rostro desencajado:

—Señor Acuña, desde hace algo más de cinco horas estamos rescatando cadáveres y aún no terminamos. Entre los trasladados hay heridos graves, ¡muy graves! Es difícil la identificación en estos momentos; espero que entienda y, sobre todo, que colabore si es su intención —aclaró, con firmeza, el oficial.

A pesar del dolor y de la desesperación, Rafael entendió el tinte del mensaje y se puso a disposición de los médicos para lo que pudiese ser útil. Ofreció su camioneta para quienes no estuvieran tan maltrechos y pudieran ser trasladados sin asistencia inmediata. Acató las órdenes de los médicos auxiliares que ya, a esa hora, se mostraban exhaustos pero no se detenían. Faltaban manos, agua, elementos de higiene, medicamentos. Uno de ellos le solicitó que trasladase en su camioneta hasta Paso de los Libres a tres personas con algunas heridas leves porque no contaban ya con más ambulancias. Después de dar las indicaciones, el hombre, que en principio había llegado con su chaqueta blanca pero que ahora lucía enrojecida por tanta sangre, se detuvo un momento y lo miró:

—Discúlpeme, soy el doctor Vasylenko.

Rafael, a pesar de la suciedad, la desazón y el cansancio que a esa hora hacían mella en el médico, lo percibió una persona muy joven y con mucha pasión por lo que hacía.

—Rafael Acuña —dijo Kuarahy extendiendo la mano, sin importar la suciedad—, y él es Kaspar. Somos misioneros, de Apóstoles. Amigos nuestros venían en el tren… —dijo, sin perder la oportunidad.

El médico entendió el pesar pero no pudo dar respuestas certeras. El tiempo apremiaba con los heridos que partían en ambulancias hacia distintas localidades; sin embargo, antes de subir para acompañar a un moribundo se dio vuelta y miró a Rafael:

—¡Gracias! En sus venas corre la necesidad de ayudar a la gente, de la forma que sea; eso también cura, señor Acuña.

Cerró las puertas y se perdió en la tolvanera nocturna. Rafael quedó absorto ante aquel jovencito que con tanta presteza se conducía pero, sobre todo, con tanta humanidad… Hizo lo que Vasylenko le había pedido: con Kaspar, subieron en la parte trasera de su camioneta a las personas que el joven médico le había solicitado trasportar hacia Paso de los Libres. Los acomodaron con extremo cuidado sobre dos colchones que Rafael había pedido a Lautaro que aprontara porque sabía que podían ser necesarios. La zona no estaba preparada para estos acontecimientos; ya lo sabía Kuarahy por lo vivido en el incendio que habían sufrido años atrás en el secadero de Los Lapachos. Kaspar les dio de beber a los heridos agua limpia que habían llevado en bidones desde Apóstoles.

—Que beban de a pequeños sorbos, Kaspar, y cúbrelos con las frazadas que nos preparó tu madre —ordenó Kuarahy, mientras terminaba de cerrar la puerta de la caja del vehículo con las trabas. Se dirigió hacia donde estaba Wozniak para informarle que partía hacia Paso de los Libres y que retornaría por si hacía falta más ayuda. Vio que este caminaba hacia la parte trasera de un vagón volcado y lo siguió mientras los quejidos y los lamentos que escuchaba le laceraban el alma pero, al doblar, sintió una puntada desde el estómago que llegó hasta su garganta y que lo inmovilizó hasta casi hacerlo desvanecer: hileras interminables con cadáveres envueltos en bolsas negras se disponían hacia un costado. Eran muchos; demasiados. Quiso llamar al oficial pero no pudo; no le salían las palabras.

—¡Tupá! Mi diosito… ¡Padre! —imploró, nombrando también a Benicio—. ¡No te los lleves! Por la familia que queda acá abajo, permite que Imanol y Maiora no estén allí, entre esos muertos.

La puntada en el estómago se transformó en sudor frío. No sabía qué hacer: si acercarse a ese infierno o ignorarlo y solo hablar con el oficial, sin voltearse. Wozniak lo vio y notó que Rafael lo miraba y que estaba blanco como la leche recién ordeñada; entendió en un segundo lo que le sucedía a ese hombre misionero que había caído del cielo para ayudar.

—¡Señor Acuña! ¿Se siente usted bien? —le preguntó mientras sacaba de su abrigo una pequeña botellita de barro que contenía ginebra—. Tome un sorbo —le aconsejó—, le calentará el cuerpo y el alma. Sé por lo que está pasando, estamos todos iguales, Acuña, pero no podemos perder tiempo ni desesperarnos más de lo que estamos; los cadáveres son cada vez más. ¡No sé en qué terminará esta pesadilla!

Rafael bebió un sorbo largo; era consciente de su desorientación, su sorpresa, su dolor… pensaba en Ela, esa mujer no soportaría más pérdidas; pensaba en Amparo, temía por ella, no quería que sufriera disgustos a tan poco tiempo de dar a luz.

—Sobre uno de los laterales del vagón que está allí volcado, a su izquierda, pegamos la lista de los muertos, señor Acuña. Repítame el apellido de sus amigos. Me fijaré —dijo Wozniak con resignación.

—No, oficial, iré yo. Gracias.

Rafael respiró profundo y enfiló para el sitio señalado. Necesitaba certezas; si los Andorreguy no estaban allí, estarían en un hospital de alguna localidad cercana. Con una mezcla de escalofríos y oleadas de calor comprobó que entre los diez fallecidos que llevaban contabilizados, no se encontraban Imanol ni Maiora. Le volvió el alma al cuerpo; lloró también de felicidad, a pesar de la situación.

—Señor Acuña, no quiero ser bicho de mal agüero, pero hay más cadáveres por reconocer.

—Lo sé, Wozniak, pero déjeme tener esperanza.

No pudo evitar recordar a su suegro: Pedro siempre decía que la

esperanza impulsaba cada paso hacia adelante.

4

Los Lapachos, Apóstoles, Misiones,
madrugada del 16 de junio

Irenka había preparado, unas horas antes, una tisana con hojitas tiernas de naranjas recién brotadas. El ambiente en la casona estaba tenso luego de la partida de Rafael y de Kaspar hacia la localidad de La Cruz, en Corrientes. Sobrevolaba el fantasma de la muerte y esto era inevitable.

Ela y Amparo tomaron el brebaje de Irenka que, según ella, hacía bajar a los ángeles del sueño. De los hombres no tendrían novedades hasta la mañana siguiente. Ela le pidió a su hija que se cubra con una de las mantas tejidas por la abuela Janica que, en época invernal, estaban por doquier en los sillones de la casa llenando de tibieza y de colores los espacios. Amparo tomaba siempre la misma, la que había pertenecido a su padre desde que era niño. Su madre sentía una mezcla de nostalgia y de felicidad al verla aguardando a su hijo con tanta esperanza y emoción. Esa mujercita había pisado los mejores escenarios del mundo y había deslumbrado con su voz y; sin embargo, lo había abandonado todo para volver a su tierra colorada, a sus cultivos de yerba, a su lugar en el mundo, a su amor, Rafael… Pensaba en lo feliz que hubiera sido Pedro de haber estado con ellos esperando su primer nieto, ¿o sería una niña? Pedro o Arami, lo que fuese, ¡sería la criatura más amada y bienvenida del mundo!

«¡¿Por qué te llevaste a mi Pedro tan temprano?!», reclamaba Ela una y otra vez mientras apretaba el rosario que desgranaba en sus manos para pedir por la vida de sus amigos que venían en el tren siniestrado. Al pensar en esto, el terror la invadía de nuevo. Trató de apartar esos pensamientos de su cabeza. Despertó a Amparo que

se había quedado dormida en el sillón y advirtió a Irenka, que velaba también por el feliz regreso de su hijo Kaspar, que acompañara a Amparo hasta su habitación dispuesta en la planta baja para evitar las escaleras. Las mujeres decidieron ir a descansar y tratar de dormir un poco o, al menos, intentarlo.

A pesar de la angustia, todas lograron conciliar el sueño pero, al cabo de unas horas, en medio del silencio nocturno interrumpido solo por los ruidos del secadero, un grito desgarrador de Amparo las despertó. Ela e Irenka bajaron las escaleras a zancadas. Ela pensó que no llegaría más a la habitación de su hija; el corazón le latía de una manera inusitada. A pesar de la desesperación, tuvo la lucidez necesaria para pedirle a Irenka que fuera a la cocina y pusiera agua a calentar porque tenía un mal presentimiento y que luego fuera al secadero a solicitar que alguien fuese al pueblo a buscar al doctor Nunielka. El médico atendía a la familia desde siempre, lo que daba cierta tranquilidad a todos. Ela entró en el cuarto; ver a su hija retorcida en la cama y escuchar sus gritos de dolor fue como recibir infinitas puñaladas. Trató de mantener la calma. Tomó una pequeña toalla que ya habían preparado sobre una de las mesitas de luz por si acaso y la colocó sobre la frente de Amparo, bañada en sudor, luego de acomodar la cabeza de la parturienta encima de un par de almohadones.

—¡Hija querida, tranquilízate! Está mamá contigo —le decía, tratando de brindarle consuelo, pero Amparo parecía estar ausente, sumida en un dolor que traspasaba a su madre. No podía coordinar sus pensamientos, solo se tomaba el vientre y largaba lo que, a Ela, le sonaban como aullidos.

—¡Se adelanta, madre! ¡Se adelanta! —gritó.

—¡Sí, ya viene mi nietecito hermoso! ¡O quizá sea una niña! —decía Ela, intentando distraerla mientras aguardaba a Irenka con el agua caliente y colocaba más toallas bajo el cuerpo de Amparo. Tocó el vientre de su hija, notó que estaba endurecido y también observó una gran dilatación en sus partes íntimas.

—¡Apúrate, Irenka! —gritó con impaciencia al ver la palidez de Amparo quien, a pesar del dolor, ya empezaba a pujar con

movimientos involuntarios.

«¡Mi virgencita de Czêstochowa no nos abandones ahora!», pedía una y otra vez Ela, mientras le tomaba muy fuerte las manos a su hija. Se dio cuenta de que Irenka había salido de la casa para buscar la ayuda necesaria en el secadero, tal como se lo había pedido.

—¡Puja! ¡Vamos, hija! ¡Todos queremos conocer y malcriar a esta bella criatura! ¡Puja, Amparo! —gritó con entusiasmo para animarla ocultando, de este modo, el terror que a toda costa pretendía apoderarse de ella, al ver la palidez de su hija.

«¡No te la lleves, Dios, no te lleves a nadie más de mi familia!», imploró Ela para sí.

—¡No puedo, madre! —exclamó Amparo con un hilo de voz, cuando fue invadida por otra puntada insostenible de dolor.

Irenka entró en la habitación con el agua caliente, sin poder disimular la expresión de pánico pero, al ver la fortaleza de Ela que ayudaba sola a su hija, tomó coraje.

—¡No puedo, madre! ¡No tengo fuerzas! ¿Dónde está Kuarahy? —preguntó Amparo, exhausta.

Al escuchar esto, ambas mujeres se miraron aterrorizadas. Se dieron cuenta, en un segundo, de que Amparo podría entrar en la inconsciencia; no recordaba que Rafael y Kaspar habían salido de urgencia hasta la Estación La Cruz a causa del accidente del tren en el que venían los Andorreguy.

—¡Vamos! —reaccionó Ela—. ¡Puja una vez más, por favor! —Amparo tuvo una nueva contracción, ya casi sin fuerza. Ela, en un acto instintivo, ordenó a Irenka—: ¡Presiona sobre su esófago, Irenka!

—¿¡Qué!? ¡No puedo hacer eso, señora! ¡Le haré daño, ella es tan menuda!

—¡Tírate ahora y pon la parte superior de tu brazo sobre su esófago! ¡Ahora Irenka! Tengo la cabecita del niño, ¡vamos!

La mujer así lo hizo, más en un acto reflejo que pensado.

De pronto, un chillido agudo se escuchó en medio de las sábanas y toallas ensangrentadas. Ela tomaba en sus brazos a una pequeña criatura en medio de lágrimas y emoción.

Nunielka entró en la habitación. Irenka había dejado la puerta abierta de la casa a sabiendas de que llegaría de un momento a otro. Venía con Lautaro, que lo había ido a buscar y quien quería también ayudar a traer al mundo al nieto de Pedro. De inmediato, el doctor puso manos a la obra para ayudar a terminar las labores de parto y, al cabo de unos minutos, Ela puso en el pecho de Amparo una hermosa niña para que le diera ánimos a su madre:

—Querida… aquí tienes a tu hijita. Tómala; ella te dará las fuerzas que necesitas en este momento.

Amparo, con la escasa voluntad que le quedaba, cobijó en su pecho a la recién nacida y rompió en llanto:

—Es Arami, madre… es nuestra amada Arami —dijo exhausta, y mirando a Ela agregó—: Dios me de la mitad de tu fortaleza para ser madre de esta niña.

Ela no pudo hablar; la emoción le ganó después de tanta valentía desconocida y sus lágrimas contenidas brotaron a borbotones.

—Hay una fuerza poderosa, hija, que todas las madres tenemos en momentos límites. Tú también la tendrás, ya verás. Arami traerá bendiciones, lo sé. Ella lleva en su sangre la de tu padre también; Pedro estuvo en esta tierra para enseñarnos a amar lo nuestro, a resistir, a sobrevivir y velar por nuestros sueños. Sí, esta niña también vendrá con alguna misión. ¡Vaya uno a saber cuál! Descansa ahora *m'hija* adorada; ya es el alba.

Ela no quiso ni recordarle que aún no tenían noticias de Rafael ni de Kaspar sobre la vida de Imanol y Maiora Andorreguy. Se puso de pie:

—Amparo, iré a asearme y regreso contigo y con mi amada nietecita.

Antes de retirarse miró a Nunielka, quien le hizo un gesto para que entendiese que todo estaba bien y que se quedara tranquila.

—Solo hará falta que descanse mucho por unos días y que la niña se prenda cuanto antes al pecho de su madre —advirtió el médico en voz alta.

—Así se hará, doctor —respondió Ela con signos, en su rostro,

de marcado abatimiento.

—Y tú también, Ela, debes descansar —le ordenó el médico, tuteándola con el afecto de tantos años que tenía por la familia Vennik y por los Acuña. Él había traído al mundo a Amparo y a Salvador y se sentía bendecido por la amistad de todos.

—Sí, mi querido Nunielka —respondió Ela—. Ahora déjeme disfrutar, entre tanta desgracia, esta bendición que nos llega del cielo —dijo mientras se volteó a mirar la figura de Amparo envolviendo a la pequeña—. Sí, esta niñita viene con una misión bajo sus brazos —volvió a repetir sin pensarlo y se retiró.

5

Rafael conducía exhausto; se sentía transpirado, sucio, impotente y vacío. No tenía respuestas para Ela ni para el resto de la familia acerca de la suerte corrida por sus amigos. Habían trajinado toda la noche con Kaspar en su camioneta yendo y viniendo de una localidad a otra con el afán de colaborar en la asistencia a los heridos. Algo lo había conmovido de ese jovencito Vasylenko, tan decidido. Sentía admiración por él. Decidió, en el regreso, saltar Apóstoles y continuar en viaje hasta el Hospital Común de Posadas. Algo le decía que allí estaban los Andorreguy. Wozniak le había confirmado que a algunos heridos los habían trasladado hasta ese hospital. Horas antes, al regresar desde Paso de los Libres y pasar otra vez por la estación La Cruz, no había querido preguntar más porque andaba circulando el rumor de que toda la noche habían continuado rescatando cadáveres de entre los hierros retorcidos y que ya llegaban a dieciocho los muertos. Solo se detuvo para saludar al oficial que, a esa hora de la madrugada, estaba desencajado. Le dio un apretón de manos y le dijo que debía volver a su casa pero que antes iría hasta Posadas. Wozniak le palmeó el hombro en señal de agradecimiento, sin emitir palabra por la tristeza que lo embargaba ante tanto horror y desolación. Ambos entendieron el lenguaje del silencio y Kuarahy emprendió el regreso.

—¿De dónde saca tanta fuerza, señor Rafael? —le había preguntado Kaspar antes de subir a la camioneta y mientras le tiraba un poco de agua en las manos para que se asease.

—De todo lo que nos enseñó Pedro, Kaspar.

El muchacho comprendió que no debía preguntar más porque esas palabras encerraban todas las respuestas.

Después de más de tres horas de viaje, llegaron al Hospital

Común de Posadas. Les informaron que habían acondicionado un área especialmente para los heridos del accidente de la Estación La Cruz. Tomó envión y fue hacia allí, aunque algo lo retenía; sabía que, si los Andorreguy no se encontraban en ese lugar, era porque estaban entre los muertos que aún quedaban en el paraje del siniestro y sobre los que no había querido preguntar a Wozniak. Volvió a tomar coraje y cuando comenzó a caminar por un pasillo para ver si encontraba a alguien a quien preguntar, pasó delante de una sala con luz mortecina y allí el corazón le dio un respingo: Imanol y Maiora aguardaban sentados con pequeñas vendas en sus cabezas y raspones por todo el cuerpo pero ambos tomados de la mano, como si estuvieran rezando y agradeciendo por estar vivos. Un nudo en su garganta le impidió hablar y lágrimas de felicidad le ganaron de mano.

«¡Mi Tupá!», pensó. «¡Están vivos!».

Cuando los Andorreguy lo vieron, la conmoción fue tan grande que solo atinaron a abrazarlo.

—¡Amigos queridos! —pudo soltar Rafael—. ¡Están vivos! ¡Los hemos buscado tanto! ¡Están vivos! —repitió.

—¡Rafael! —exclamó Maiora, ahogada en llanto—. ¡Fue una pesadilla pero aquí estamos los dos! ¿Ela? ¡¿Ela lo sabe?! ¿Cómo está ella? —preguntó con desesperación—. ¡Pobrecita, no merece más desgracias!

—Ela está bien, Maiora. Ahora hablaré con algún médico para ver si los deja ir —dijo Rafael, aún conmovido por el momento y sin dejar de cobijarlos a los dos con sus fuertes brazos.

—Creo que no habrá inconvenientes. Excepto algunos raspones, estamos bien —dijo Imanol.

Después de algunos trámites de rigor, salieron del hospital con rumbo a Apóstoles. El sol, pasado el mediodía, caía fuerte a pesar del invierno. Rafael se sentía rendido; necesitaba descansar pero era tan grande la alegría de tener sanos y salvos a los amigos de la familia que soportaba el agotamiento con estoicismo. Llegaron a Apóstoles; los Andorreguy no pudieron evitar la emoción cuando recorrieron, otra vez, ese pueblo abarrotado de lapachos rosados.

Los recuerdos de tiempos vividos se agolparon en sus retinas.

—Pedro me escribía cartas —dijo de repente Imanol—; siempre decía que este lugar era de ensueño. Yo le respondía que exageraba —confesó, con una sonrisa— pero, de verdad, tenía razón.

Imanol recordaba con afecto los primeros viajes que había hecho tantos años atrás desde Buenos Aires a Apóstoles por su negocio maderero. En uno de ellos había conocido a Pedro Vennik, «un yerbatero de ley» le habían dicho en el pueblo, con quien trabó una amistad eterna que trascendió a sus familias. Hasta habían estado a punto de ser consuegros pero el destino tenía signado a Rafael Acuña para Amparo y no a su amado hijo, Ignacio, y así lo aceptaron.

Dejaron el pueblo y después de unos pocos kilómetros, divisaron el camino que conducía a Los Lapachos. Los timbós, con sus casi treinta metros de altura y sus copas anchas, se mezclaban con los jacarandás y los lapachos, aunque estos últimos eran los protagonistas de la escena de cuento. Las maderas aromáticas embriagaban a cualquier mortal transportándolo a un mundo de sensaciones únicas e inexplicables. La selva acechaba más allá, los Andorreguy ya lo sabían y eso era lo que hacía más maravilloso aún ese lugar que Pedro tanto había amado. Pronto vislumbrarían los yerbales, el verdadero amor de Pedro. Finalmente, asomó la hermosa casona de estilo colonial español, pintada de blanco, con tejas rojas y amplias galerías en derredor; era como una aparición fantástica, nacida de las entrañas de la tierra, enclavada en medio de un verde fulgurante que la envolvía. Helechos, palmeras y otras especies autóctonas parecían haber hecho un conjuro para provocar semejante hechizo a quienes se encontraban delante de ella.

«Mi hogar», pensó Rafael. *«Mi hogar»*, repitió exhausto.

Ela, Irenka, Lautaro y algunos tareferos que estaban dando vueltas por allí, yendo hacia el secadero o hacia los galpones de almacenamiento, se les adelantaron para darles la bienvenida, con sus sonrisas anchas al ver que los amigos de la familia estaban bien o, mejor dicho, ¡estaban vivos! La noticia sobre el accidente había sembrado pánico en la zona; todos tenían algún familiar o algún

conocido que podía venir a Posadas desde Buenos Aires en ese tren.

—¡Mi virgencita de Czestochowa, gracias por traérmelos de vuelta! —exclamó, en voz alta Ela, con sus manos juntas hacia el cielo.

Rafael, a pesar del agotamiento, advirtió que Amparo no había salido a recibirlos y se inquietó. En medio de los abrazos y de la algarabía buscaba con desesperación a su esposa. Escrutó a Ela quien lo entendió de inmediato pero cuando ella quiso hablar, la figura aún redondeada y frágil de Amparo se asomó por el quicio de la puerta. En sus manos, una espumosa manta blanca envolvía como a un capullo a la criatura que llevaba en sus brazos. Todavía algo debilitada, le brindó a su esposo una sonrisa. Todos enmudecieron ante la escena: Maiora le daba su mano a Ela, Imanol palmeaba la espalda a Kuarahy, Lautaro observaba en silencio con la emoción a flor de piel, Kaspar miraba a su madre para confirmar lo que tenían delante de sus ojos…

—Es nuestra hija, Rafael —dijo Amparo, juntando fuerzas para darle la noticia más esperada por su esposo.

Kuarahy no pudo contener las lágrimas y lloró como un niño. Imanol, al ver que Rafael no podía dar un paso, lo animó:

—¡Vamos, muchacho! ¡Ve abrazar a tu hija!

Rafael caminó hacia su mujer, confundiéndola entre sus pensamientos con un ángel que acababa de darle lo mejor de su vida. Amparo extendió sus brazos y Kuarahy sintió que sus piernas no le respondían cuando, al tomar ese capullo blanco, una carita rosada y pequeña asomó entre las mantas. Rafael lloraba sin consuelo, lloraba de emoción, de alegría, de tristeza pensando en su padre y en Pedro al saber que en sus brazos tenía a la nieta de ambos.

—Es Arami, mi amor… —dijo Amparo—. Tal como tú elegiste.

Rafael extendió uno de sus brazos y cobijó también a su esposa.

—Mi familia… —dijo, aún con su voz entrecortada.

De pronto, como si entendiera que debía despertar de la conmoción, empezó a mirar a todos los que estaban a su alrededor:

—¡Tengo mi familia! ¡Arami es nuestra hija! ¡Hay que festejar!

Un clima de felicidad y alegría cubrió el aire de Los Lapachos. Ela pidió a Irenka que preparara la bandeja de mate y que luego acompañara a los recién llegados a su habitación para que pudieran descansar.

—Ela, amiga mía —dijo Maiora—. Estamos bien, solo sufrimos algunos raspones y en la cabeza algunas lastimaduras pero estamos bien. ¡Compartamos unos mates para festejar semejante acontecimiento!

—Además no debes preocuparte por nosotros, Ela —agregó Imanol—. Perdón —se rectificó—, «abuela Ela».

Todos rieron ante las oportunas palabras de Imanol Andorreguy.

Rafael no salía de su ensoñación pero Irenka tomó cartas en el asunto:

—Señor Rafael, Amparo debe descansar; la niña nació hace horas y ella, haciéndose la muy guapa, ya quiso salir a recibirlo, pero si se entera el doctor Nunielka, ¡no quiero ni pensar el escándalo que nos hace! No fue un nacimiento fácil, señor Rafael. ¡Menos mal que la señora Ela actuó rápido como el rayo, sino…

—¡Irenka! No hables de lo que no pasó —reprimió con cariño, Ela—. Lo importante ahora es que estamos todos juntos y con mi nietecita.

Al decir estas palabras, Ela no pudo evitar quebrarse. Volvía a pensar en su amado esposo y en lo feliz que Pedro hubiera sido ante semejante designio pero la vida era así, ya le había enseñado a ella que para tener paz había que aceptar el destino o, al menos, intentarlo. Se enjugó las lágrimas y propuso que después de unos mates todos descansaran un poco; habían sido dos días agotadores. Luego, agregó:

—Prepararemos con Irenka una cena especial. ¡Estoy feliz de tenerlos en nuestra casa! —dijo a los Andorreguy—. ¡Tenemos tanto que conversar!

—Ela, ve a descansar. El cansancio te cubre el rostro, amiga querida —sugirió Maiora, siempre tan afectuosa.

—Y *usté* dese un baño, señor —dijo Irenka a Rafael con determinación—, que la madre y la niña deben estar lejos de la

mugre.

Todos rieron; el afecto de esa mujer por la familia era inconmensurable. Rafael la miró con picardía:

—¡Tienes razón, Irenka! De la emoción me olvidé de la mugre que traigo encima.

Luego miró a Amparo:

—Regresa a la habitación, mi amor. ¡Estás agotada! Necesitas juntar fuerzas. ¡Come! Y…

—¡Rafael! —lo detuvo Amparo—. Estoy bien; ahora regreso a mi habitación y me meto en cama, ¿de acuerdo?

—¡Ah! —exclamó Imanol—. ¡Qué padre se nos viene!

En la cena saborearon unas riquísimas *chipas guasú*. Esas tartas de choclo y queso eran una especialidad de origen guaraní que Ela había elaborado con mucho amor para agasajar a los huéspedes.

Irenka, su esposo y su hijo Kaspar habían sido invitados a compartir la mesa, ya que era una ocasión especial. Amparo; sin embargo, y por estricta indicación del doctor Nunielka, debía guardar cama con la promesa de no decir ni una palabra al médico acerca de haberlo desobedecido y de haber salido a recibir a Rafael de su regreso de La Cruz.

En la casona de Los Lapachos hacía mucho tiempo que no se vivía un momento de semejante alegría. Ela observaba la exaltación de Rafael ante el nacimiento de su hija Arami y pensaba en la infancia tan triste de ese muchacho, sin haber conocido a su madre, Panambi, envuelto, a veces, en momentos de gran soledad junto a Benicio en el valle del este; pensaba también en cómo ellos se habían transformado en su familia cuando Pedro decidió invitarlos a vivir en Los Lapachos y a trabajar la yerba mate. Benicio había sido el hermano que Pedro no había tenido y Rafael, ahora, era el padre de su nieta.

«La vida va tejiendo los hilos…», concluía para sí mientras contemplaba lo que sucedía a su alrededor.

—Irenka —pidió Kuarahy—, trae el licor de naranjas, por favor. ¡Brindaremos por la familia!

—¿No me digas que te refieres a ese licor que Pedro…?

—¡Sí, Imanol —se adelantó Ela—, a ese mismo! —dijo, haciendo alusión a la bebida que los colonos hacían desde antaño con alcohol común rebajado en agua y al que le daban gusto con cáscaras de naranjas secadas al sol.

—¡Entonces, tendremos asegurado un buen sueño durante la noche! —dijo Imanol y los comensales, felices, brindaron al unísono por la vida, por Imanol y Maiora, que estaban vivos a pesar del accidente, y pidieron consuelo para los que habían perdido seres queridos en la tragedia de La Cruz.

6

La mañana siguiente transcurrió tranquila para la familia en Los Lapachos, excepto por los comentarios que llegaban desde el pueblo. Según se decía, el número de heridos rondaba los cincuenta y se encontraban entre la localidad de Paso de los Libres y Posadas; algunos en estado desesperante. Solo quedaba rezar por ellos y sus familias y agradecer, una vez más, que los Andorreguy estuviesen sanos y salvos, más allá de algunas magulladuras y raspones.

Irenka había preparado el mate en la galería. El sol a esa hora daba de lleno por lo que la tibieza, en ese espacio, era algo que todos aprovechaban en invierno.

Ela pidió a Irenka que dejara dormir un poco más a Amparo:

—Dejémosla descansar porque, ya la conozco, cuando recupere fuerzas, ¡a esa hija mía no la detendrá nadie! —exclamó muy firme.

—¡Cuánto se parece Amparo a su padre! —dijo Maiora mientras se sentaba a tomar los deliciosos mates que los Vennik y los Acuña se jactaban de cebar.

—Si mi Pedro pudiera verla caminar entre los yerbales, Maiora, controlando el crecimiento de las hojas, percibiendo su aroma, tocando su textura, como lo hacía él…

—Pedro la ve, mi querida Ela. Él está en cada rincón de este hermoso lugar en donde vives.

—Así es —asintió Ela— y de esa forma lo tomo. Cebemos unos mates ahora; aprovechemos que los hombres salieron más temprano y conversemos de nuestras cuitas —sugirió—. ¡Tendrás tantas cosas que contarme de la gran ciudad!

—No estoy muy al tanto, Ela. Sé que nuestra primera dama ha partido hacia Europa y que se quedará allí un par de meses.

—Sí, eso escuché por la radio; Evita anda por España. Al parecer la han recibido muy bien. Si no entendí mal, España está sufriendo un bloqueo internacional; además, el pobre país ha quedado

devastado con la sangrienta guerra civil, que si bien terminó hace unos años, ha dejado heridas. ¿Y sabes? Mientras hay un retiro masivo de embajadores, ya que deben cumplir con una resolución de la ONU, desde Argentina se hizo lo inverso, ¿me explico? Se acreditó a un tal Reino y se hacen generosos envíos de cereales para paliar el hambre. ¡Imagínate las muestras de simpatía hacia Eva Duarte!

—¡Me sorprendes, Ela! Sabes más que yo ¡y eso que vivo en el corazón de la gran ciudad!

—Mi querida Maiora, nosotros, los yerbateros, hemos sufrido tanto los embates de la economía de este bendito país que por una cuestión de supervivencia tratamos de aprender y estar informados acerca de los pasos que el gobierno de turno da para saber en qué nos afecta y en qué nos beneficia. ¡Como siempre, es más lo que nos afecta que lo que nos beneficia! —aclaró Ela, con resignación—, y el juego es siempre el mismo: ¡los más poderosos fijan los precios! Haces bien en no informarte tanto, Maiora, para evitar amarguras.

—Eso mismo me dice Imanol. Afortunadamente, a nosotros nos tocó un buen pasar amiga, porque esa es la verdad; no soporto la falsa modestia, pero cuando salgo de Recoleta y veo lo que hay un poco más allá, me da mucha bronca por tanta desigualdad de oportunidades; quisiera volver a nuestra casa y quedarme allí para siempre.

—Sí, entiendo, pero lo que más me llena de rabia, a veces, es ver cómo la gente se desloma trabajando y no puede progresar… Eso me pesa demasiado y es por lo que mi Pedro veló. A propósito de tu casa, dime, ¿cómo está Josefa? Nunca olvidaré la contención que esa mujer le brindó a Amparo mientras vivió con ustedes, Maiora.

—Estoy todo el tiempo con ella, la pobre no da más pero tiene una voluntad de hierro. ¡Ha sido una gran compañía para mí, durante toda mi vida! Estamos prácticamente las dos solas; Imanol pasa el día entero en el aserradero e Ignacio… bueno, ya lo sabes, está en Francia.

Maiora no quiso terminar la frase y decir que su hijo se había ido a vivir a París después de que Amparo había suspendido la boda

inminente un par de años atrás; no quería herir a su amiga por quien tanto afecto sentía.

—Maiora —dijo Ela—, créeme que con Pedro lo sentimos mucho. Sabes cuánto queremos a Ignacio y cuán bienvenido ha sido siempre en nuestra casa pero…

—Querida… —cortó Maiora—, no debes disculparte; este es un tema terminado. Dios sabe cuánto Imanol y yo deseábamos tener a tu hija como nuera. Amamos a Amparo pero ¿crees que no nos dimos cuenta de que ella no amaba a nuestro hijo? Amparo lo intentó, Ela, yo lo sé; la veía poner la voluntad del mundo entero para enamorarse de él, pero era nombrar la yerba mate y sus ojos se le iluminaban y casi al mismo tiempo se le empañaban porque algo había en su corazón que le causaba una nostalgia profunda, hasta que entendí lo que sucedía: el dueño de su corazón no era mi hijo Ignacio, sino Rafael Acuña o «Kuarahy» como ella lo llamaba siempre. ¡Y no hubo más que hacer, amiga! Imanol y yo sufrimos un poco al principio, eso es verdad, porque veíamos a Ignacio con una pena que creímos lo enloquecería pero dime, Ela, ¿crees que él hubiera sido feliz? ¿Crees que culpamos en ese momento a Amparo por la desdicha de nuestro hijo? No, amiga, ni una cosa ni la otra.

Ela sentía un nudo en la garganta mientras la escuchaba hablar.

—Ninguna persona elige de quien enamorarse, Ela, y solo unos pocos, los valientes como tu hija, son capaces de aceptar lo que sienten y luchar por eso a pesar del dolor que puedan causar en otras personas. ¡Y, sobre todo, hacerlo a tiempo!

—Gracias, Maiora, nosotros queremos mucho a Ignacio —repitió.

—Lo sabemos. Fue un momento difícil pero Ignacio lo superó y pudo rehacer su vida a pesar de que decidió hacerlo lejos y eso me ha partido el corazón, debo confesarlo, pero él es feliz ahora con su esposa, Amelie, y eso es lo que cuenta. Amamos a Amparo con el alma, Ela, fue una hija más para nosotros mientras estuvo hospedada en nuestra casa durante su época de estudios en el Teatro Colón y ustedes son nuestros amigos queridos. Juntos hemos sobrevivido a muchas tormentas y aquí estamos, ¡sobreviviendo

también hasta a un accidente ferroviario!

Ambas rieron. Ela tomó la mano de Maiora, ajada ya por los años:

—¡Gracias!

Fue lo único que pudo decir, embargada un poco por la emoción del momento.

—Gracias a ustedes, Ela. Han sido un ejemplo para nosotros. Y tú, mi amiga, ¡un ejemplo de fortaleza! Yo me siento muy sola, a veces, y cuando esto me pasa, pienso mucho en ti y sigo adelante. Ahora dame un mate que, según ustedes, da energía para toda la jornada.

Las mujeres pasaron un largo rato sentadas en la galería, aprovechando la luz del sol, mientras Amparo y la niña descansaban. Rafael había invitado a Imanol a recorrer las nuevas instalaciones del secadero, él podía caminar sin dificultad pero Maiora aún tenía raspones en sus rodillas y esto le impedía moverse con autonomía de un lado a otro.

—¡Cuánto han progresado, Rafael! —dijo Imanol—. Cuánto han hecho y cuánto has sabido tú seguir con la obra de Pedro. ¿Cuál es el secreto?

—Gracias, don Andorreguy; es amor por lo que hacemos, ese es el secreto. El amor que Pedro y mi padre transmitieron a sus familias. Es un amor que nos hace libres de elegir cada día el mismo lugar; amamos este aire, las hojas de yerba mate, el aroma que llega a la casa después del rocío, las estrellas que nos cubren de a manojos por las noches, el silencio nocturno que para nosotros es música, el mate en la galería…

Imanol escuchaba con atención y ante las palabras de Kuarahy no pudo contenerse:

—Nosotros, Rafael, estamos felices por la familia que han formado con Amparo. ¡La pequeña Arami les traerá bendiciones!

—Lo sé, don Imanol, lo sé. No tenemos duda de vuestros deseos.

Rafael percibía cuál era la espina que Imanol tenía y que no largaba.

—Rafael… —insistió Andorreguy—. No guardamos rencor

alguno por lo sucedido con nuestro hijo; Amparo no pudo amarlo, esa es la verdad. Lo intentó; Maiora y yo sabemos que así fue, pero contradecir lo que dicta el corazón es una pelea absurda, un sinsentido; carece de toda lógica. Tarde o temprano el sufrimiento para ambos hubiera sido peor.

—Gracias, don Imanol —respondió Rafael, sorprendido por semejante discernimiento—. Quiero que sepa que ustedes son parte de nuestra familia y que siempre serán bienvenidos en Los Lapachos; no hace falta aclararlo, lo sé, pero necesitaba decírselo.

—¡¿Con todo lo que hiciste para buscarnos luego del accidente en La Cruz, piensas que podemos dudar de eso?! Este es nuestro segundo hogar y así lo hemos sentido siempre. Con respecto a Amparo y a nuestro hijo, ya es historia terminada. Cada uno ha podido formar su familia e Ignacio es feliz con Amelie, creemos que es realmente de ella de quien está enamorado. Gracias a Dios esa mujer llegó más pronto de lo que esperábamos a su vida. Lo único que nos entristece es que están lejos pero hay que aceptar el destino para tener paz, como dice Ela.

Rafael bajó la cabeza.

—Eso me cuesta, don Imanol. Yo aún reclamo a mi padre, aún reclamo a Pedro; ellos eran mi guía, mi familia. ¡No entiendo! —dijo con rebeldía—. Pedro debería estar aquí, con su nieta, al igual que mi padre…

—Rafael —dijo Imanol, apoyando su mano en el hombro de Kuarahy—. Son los designios de Dios, no los cuestiones, hijo.

—¡Pues no los entiendo! —replicó Kuarahy alzando su voz—. Perdí a mi madre durante mi nacimiento; mi padre era mi única familia y Pedro, que nos cobijó aquí, en Los Lapachos, se convirtió en otro padre para mí. Cuando tuvieron el accidente, Imanol, regresaban de un pueblo vecino adonde habían ido ¿sabes para qué? ¡Para ayudar a armar las cooperativas! ¡Para unir a la gente en vez de separarla! Entonces, ¡¿cómo pretendes que entienda los designios de Dios?!

Imanol comprendió el dolor que aún corría en las venas de Rafael e hizo silencio porque en ese momento no encontraba las

palabras que aliviaran su tristeza. El tiempo, quizá, cerraría esa herida. ¡Quién lo podía saber!

«Algo tendrá Dios guardado para ti, que cambiará tu pensamiento, hijo», pensó.

—Volvamos con las mujeres, don Imanol, ¡seguro están mateando! —propuso Kuarahy, tratando de salir de la situación.

—Por supuesto, volvamos. ¡Yo también quiero esos mates con la mejor yerba!

Los dos emprendieron el regreso hacia la casa, atravesando el sendero que los llevaba entre lapachos, algunos jacarandás y las típicas palmeras. Aspiraban, al mismo tiempo, el aroma de las hojas de yerba recién cosechadas que provenía desde el secadero.

La visita de los Andorreguy a Los Lapachos, más allá del susto sufrido por el accidente ferroviario, había traído alegría y buenos recuerdos y así quedaría en la memoria de todos.

SEGUNDA PARTE

1

Ciudad de Apóstoles, Provincia de Misiones,
atardecer del 10 de julio de 1964

Apóstoles estaba de fiesta; había sido declarada ciudad ese mismo día, a través de la sanción de la Ley Provincial nº 200, bajo la presidencia de Illia. Todo el pueblo había colaborado para hacer una cena compartida antes de caer el sol en la avenida principal, surcada de lapachos. Habían invitado a sus vecinos de Colonia Liebig, en Corrientes, pioneros en la formación de cooperativas y de los que tanto habían aprendido Pedro Vennik y Benicio Acuña para llevar ese modelo a otros pueblos. Llevaban sus sillas y también sus manjares, preparados con mucho amor por las familias. Ese momento simbolizaba el resultado del crecimiento y del esfuerzo mancomunado.

Manteles de variados colores se desplegaban a lo largo de dos cuadras de la avenida en doble hilera de tablones. El cielo límpido, ya casi teñido de naranja por la hora, parecía haber sido pintado para la ocasión y pequeñas tiras con luces de colores atravesaban la calle, lo que daba un toque de calidez y de magia al momento. El aroma de diferentes sabores impregnaba el aire y despertaba el hambre en los comensales. Los Vennik y los Acuña habían dado la tarde libre a quienes no estaban afectados a los puestos fijos del secadero en Los Lapachos. Rafael había tratado de convencer a algunos de ellos para que fueran a la fiesta de la flamante «*ciudad*» diciéndoles que él podía, en alguno de los casos, suplirlos pero los trabajadores no habían querido, por ninguna razón, abandonar las tareas del secadero, que no podían interrumpirse. Rafael no había aceptado al principio; no le parecía justo disfrutar él y que los empleados se quedaran trabajando. La fiesta era de ellos también;

sin embargo Lautaro, que todos los días, a pesar de estar retirado ya de las labores específicas del secadero, daba una vuelta, le había dicho que se quedara tranquilo, que esos hombres estaban felices haciendo lo que les gustaba; después de todo, era la cultura del trabajo y de hacer lo que *hace bien al alma*, como les había enseñado don Pedro. Rafael escuchó al más experimentado y entendió. Ellos eran felices así y él debía acompañar a su familia y al progreso del pueblo por el que su suegro tanto había luchado con la ayuda de su padre.

Ela y Amparo habían preparado el infaltable puré de mandioca y las *chipa* para Kuarahy pero Arami, ya transformada en una hermosa mujer de diecisiete años y fiel retrato de su abuela guaraní, Panambi, había aprendido a elaborar los *pierogi*, el plato que tanto polacos como ucranianos se disputaban como propio. Ella tenía bisabuelos provenientes de las dos tierras, así que lo hacía con mucho amor en honor a todos: a los que estaban en la tierra y a los que ya estaban en el cielo. Se había retrasado un poco porque la preparación de los *pierogi* llevaba más tiempo. Irenka se había quedado en la casa para ayudarla a hacer la masa casera. Moldeaban pequeños círculos y los rellenaban con ricota batida con algunos huevos y sal para, luego, ponerlos a hervir. En otro recipiente llevarían la salsa de cebollitas de verdeo salteadas en aceite con la que solían acompañarlos.

Mientras tanto, en la flamante ciudad, Rafael y Amparo conversaban acaloradamente con sus amigos de tantos años, los Staniuk, prestigiosos productores de té que habían venido desde Oberá para compartir la jornada con sus amigos apostoleños.

Ela se ocupaba de sus padres; don Stein ya estaba bastante achacado por los años y por su salud, que no lo ayudaba mucho, pero había atendido durante tanto tiempo la proveeduría del pueblo que se había ganado el afecto de todos y muchos se acercaban a ofrecerle alguna confitura como manifestación de cariño.

Ucranianos, polacos, alemanes, guaraníes y criollos, intercambiaban sus platos tradicionales como muestra de fraternidad; después de todo, habían luchado por un objetivo

común: crecer en esa tierra maravillosa que el Dios de cada uno le había señalado como destino. De pronto, Rafael vio la camioneta de Lautaro que se acercaba al lugar trayendo a Arami y a Irenka pero, al mismo tiempo, vio cómo le brillaban los ojos a Iván, el mayor de los tres hijos de los Staniuk.

—Kuarahy —le dijo Amparo al oído—, ten cuidado con lo que vayas a decir o hacer…

Rafael entendió de inmediato a qué se refería la suave advertencia de Amparo y ambos rieron juntos.

—Nuestra hija es una niña hermosa, Amparo. Mírala. Su cabello oscuro, su gracia al caminar…

—Nuestra hija ya no es una niña, Kuarahy; eso es lo que debes entender.

—La cuidaré mientras tenga vida, Amparo.

—Y también debes confiar en ella.

—¡Claro que confío en ella! Es perfecta, como su madre…

Amparo no pudo evitar reírse ante el comentario de su esposo.

—¡Rafael! Qué exagerado eres, pero te amo igual y, aunque quieras disimular, estás celoso de Iván —le dijo en voz baja para que los Staniuk no escucharan.

—Son amigos, nada más, Amparo —aclaró, con seriedad, Kuarahy.

—Como lo éramos nosotros de pequeños, ¿recuerdas o ya lo olvidaste?

—Me rindo —dijo Rafael levantando sus manos, gesto que causó mucha gracia a Amparo—. Tienes razón, no puedo contigo. Si este muchachito se enamorara de mi Arami de la misma manera en la que yo me enamoré de ti, tiene mi aprobación.

—¡Abuela! —el grito distrajo a todos—. Prueba mis *pierogi* y dame tu bendición —pidió Arami, que traía en sus manos una fuente llena de esas delicias recién hechas.

Ela siempre le enseñaba recetas típicas que había aprendido para que no se perdiera la tradición y como un modo de mantener vivo el amor por los suyos. Cuando la vio venir, notó un nudo en la garganta que no pudo ignorar y se sorprendió; no supo a qué se

debía pero sintió que esa niña, ya convertida en una hermosa mujer, pronto se despegaría de allí. Fueron unos segundos en donde miró también a los padres de su hermosa nieta y los vio tan felices que sintió un escalofrío. Rafael y Amparo miraban a través de los ojos de Arami. Ela veía en su nieta tantas cosas de su abuelo, su amado Pedro, muchas más de las que su propia hija, Amparo, había heredado… pero dejó a un lado estas sensaciones y se levantó para ir a recibirla. Con ese vestido color ocre, el cabello negro y lacio que caía como un manto sobre su espalda y los ojos azules como la noche, no hacía más que atraer la atención de todos los muchachitos del lugar, aunque todo llevaba a pensar que Iván Staniuk sería el elegido.

—¡Querida mía! —exclamó Ela mientras saboreaba esas exquisiteces con exageración para complacer a su nieta—. ¡Ya me has superado!

Todos rieron y aplaudieron las monerías que hacía Arami por los halagos de su abuela.

—Esa jovencita contagia alegría, los felicito por la crianza que han hecho —dijo don Staniuk a los Acuña luego de la escena de abuela y nieta.

—Y además es tan bella —agregó Iván casi imperceptiblemente para todos menos para Rafael que, ante el apretón disimulado de brazo que le hizo su esposa, prefirió callar. En realidad apreciaba mucho al muchacho, era muy trabajador y bien parecido y siempre se había conducido con los mejores modales hacia su hija. Los Acuña viajaban con frecuencia a Oberá para visitar a los Staniuk y lo mismo hacían los obereños. Era una amistad de años. Los Staniuk habían tenido dos hijos más luego de Iván; los Acuña, en cambio, se habían resignado y sabían que solo tendrían a Arami. Amparo había estado muy mal en su alumbramiento y Nunielka le había anticipado que esto podría suceder.

Rafael veía cómo Iván comenzaba, de a poco, a empaparse en la producción del té y cómo ayudaba a su padre cada vez más. Este le encomendaba algunas diligencias para hacer en Colonia Liebig; entonces, al pasar por Apóstoles, Los Lapachos era una parada

obligada y querida por todos. Intercambiaban té que traía el muchacho por yerba mate elaborada que Rafael le enviaba para sus padres.

—Estás hermosa, mi princesa —dijo Ela una vez que Arami se sentó a la mesa para compartir la fiesta, luego de saludar a los abuelos Stein.

—Gracias, abuela. Tú también luces hermosa. Tu cabello dorado es algo que siempre me hubiera gustado tener —confesó Arami con una caricia afectuosa en la cabeza de Ela.

—¡Mi niña! Con tu cabello oscuro y lacio que cae sobre tu espalda eres el fiel retrato de tu abuela Panambi. ¡Ella era muy bella!

—¿Cómo lo sabes? No la conociste.

—Aquel día, hace muchos años, tu abuelo y yo aún no estábamos casados y él fue a visitar a Benicio al valle del este, ahora El Soberbio. Allí se encontró con su amigo del alma, su hermano del corazón, y también con una hermosa guaraní de la que se había enamorado: Panambi. Ella estaba encinta y Benicio flotaba de felicidad pero esa noche se descompuso y Pedro debió auxiliarla en su alumbramiento, demasiado prematuro. Benicio estaba en estado de shock y no pudo ayudarlo; el terror de perder a su flamante y amada esposa lo paralizó. La muchacha entró en agonía por la hemorragia y Pedro… —dijo Ela, tomando una bocanada de aire para interrumpir el asomo repentino de sus lágrimas— no pudo salvarla; no pudo, pero sí salvó a su hijo, un hermoso niño con tu mismo color de ojos: tu padre, Arami. Panambi y Benicio habían decidido ponerle por nombre Kuarahy. Benicio, en forma de agradecimiento, le pidió a tu abuelo que él también bautizara al niño con un nombre, entonces Pedro eligió Rafael. Imagínate el regreso de mi Pedro, desolado y con una tristeza que le comía las entrañas: dejaba a su amigo, solo con su hijo y a ese hijo… sin madre. Creo que fue a partir de allí que tu abuelo lo sintió también como suyo y, aunque él no me lo dijo en ese momento, estoy segura de que juró traerlos algún día a ambos a vivir a Los Lapachos y que serían parte de nuestra familia, como efectivamente lo hizo tiempo

después. Cuando Pedro regresó al día siguiente a Apóstoles y nos vimos en casa de su madre, Janica, tu bisabuela me confesó que su dolor por no haber podido salvar a Panambi era una herida que, creía, no cicatrizaría jamás; me dijo que ella era muy bella, que tenía el cabello negro como el azabache y que su pequeño, en una primera impresión, se le parecía mucho. —Arami miró desde su lugar a su padre, que conversaba acaloradamente con Amparo y con los Staniuk, y no pudo más que admirarlo y amarlo un poco más de lo mucho que ya lo hacía—. Tú, mi preciosa, eres el retrato de su madre, una hermosa guaraní que dio la vida por su hijo y además, como si fuera poco, de Rafael heredaste esos ojos tan azules ¡que tanto escándalo causan!

—Gracias, abuela… —respondió Arami, tan emocionada que no podía decir mucho más.

—Sin embargo —agregó Ela—, lo que te hace más bella aún es que te pareces tanto a tu abuelo Pedro, ¡tanto! Tu modo de pararte frente a la vida, tu espíritu inquieto y solidario, mi niña, sobre todo eso. Tu madre también se le parece mucho, pero tú eres… tú eres… especial.

—Te quiero, abuela; quiero que sepas que te quiero con toda mi alma, desde el lugar en que me encuentre te querré siempre y cada vez más.

Ela sintió otra vez ese escalofrío de un momento antes.

—¿Por qué me dices eso, mi niña?

—Porque…

—¡Arami! ¡Baila con tu padre antes de que alguien te robe! —interrumpió Kuarahy, con una algarabía inusitada.

Ambos salieron a danzar en ronda cuando empezó a sonar la música de la orquesta e invitaron a Amparo también. Ela los percibió felices y quiso guardar esa escena en su corazón. Sabía que su Pedro estaba allí, como también Benicio, mirando cada uno a sus hijos, Amparo y Rafael, y a la hermosa familia que habían formado.

Caía el anochecer y, de a poco, los habitantes de Apóstoles regresaban a sus hogares después de una jornada maravillosa. Estaban felices de ver a su pueblo ahora convertido en ciudad.

Los Staniuk habían emprendido el regreso a Oberá pero antes habían pasado, a pedido de Amparo y Rafael, por Los Lapachos a buscar los tan anhelados paquetes de «la mejor yerba».

El aroma que venía desde el secadero indicaba que todo estaba bien, que todo había seguido su rumbo ese día pero, sobre todo, que estaban de nuevo en su hogar, entre los cultivos de yerba mate. Esa hora era una paleta de colores que se presentaba furiosa ante las retinas de los habitantes de Los Lapachos: verdes en todas sus variedades, rojo, naranja y algún destello violeta surcaban el cielo para dar paso a la noche, llena de manchones blancos a causa de tantas estrellas. Sin saber uno del otro, cada integrante de la familia había pensado lo mismo al tomar el sendero de ingreso: «Este es mi lugar, estos son mis aromas y mis colores…».

—Iré al secadero, Amparo; quisiera ver si alguien necesita algo.

—¡Rafael! —el llamado de Amparo lo detuvo—. Necesito que hablemos.

—¿Qué sucede? —preguntó con extrañeza Kuarahy —. Lo que sea, ¿puede esperar unos minutos a que regrese del secadero?

—Sí, por supuesto.

Rafael tuvo la intención de preguntar si era para preocuparse, teniendo en cuenta la expresión de su esposa, pero vio a Arami salir de la casa, agitada.

—¡Papá! ¿Vas al secadero?

—Sí, hija, allí voy.

—¿Puedo ir contigo?

—A esta hora, Arami…

—¡Por favor!

No podía resistir cualquier pedido de esa niña. Amparo la miró y luego dijo a Rafael con algo de emoción:

—Es como su abuelo Pedro, Kuarahy. Déjala ir o se les aparecerá de sorpresa.

—Está bien, mi yerbatera, pero ten cuidado. Ya sabes a dónde no puedes acercarte —advirtió Rafael, teniendo en cuenta los peligros del secadero. «Después de todo, te has criado entre los yerbales», pensó.

Amparo permaneció unos minutos viendo a padre e hija alejarse hacia el horizonte tomados de la mano como cuando Arami era una pequeñita que apenas comenzaba a dar sus primeros pasos. Trató de pensar cómo haría para decirle a Rafael a su regreso que estaba preocupada porque Arami le había dicho que quería hablar con ellos. Sentía angustia; no imaginaba el porqué de ese pedido pero más la consternaba el percibir que era algo que inquietaba a su hija y eso… la inquietaba a ella. Sabía que si era por Iván Staniuk no habría problemas. Su padre, si bien se mostraba celoso, lo aceptaría porque lo único que quería era verla feliz, además, quería mucho al muchacho y, en parte, sus bromas acerca de él eran para hacer enojar a Arami; juegos que, por otro lado, a su hija divertían mucho. «No, no es algo que tenga que ver con Iván —intuyó—, pero no puedo deducir qué te aqueja, hija», pensó. Los esperaría y, al regreso, hablarían los tres. Ela ya se había ido a descansar. Esto dejaba más tranquila a Amparo; no quería que su madre estuviera presente en esa charla con Arami hasta saber de qué se trataba. Entró en la casa, no sin antes envolverse un poco más con su manta tejida y decidió tomar unos mates hasta que su esposo y su hija regresaran del recorrido nocturno.

Rafael caminaba de la mano con Arami por el sendero que los conducía hacia el secadero. Las voces de los trabajadores que se escuchaban, indicaban que se encontraban en plena actividad. El perfume de la vegetación exuberante, plateada a esa hora por la luz de la luna, se mezclaba con el aroma de la yerba mate que, padre e hija, respiraban profundo para «llenarse los pulmones de vida», como solían decir cada vez que caminaban por ese lugar. A pesar de la alegría de Kuarahy por la compañía de su hija, no pudo evitar decirle:

—No es hora para que vengas, pero admito que me gusta hacer este recorrido contigo.

—¡A mí también, papá! —confesó Arami, alegre y saltarina como siempre.

—Volveremos pronto así tu madre no se preocupa por ti, Arami.

—Está bien, papá. Ingresaron en el secadero.

—Y por favor, ten cuidado. Hay muchos riesgos. Trata de permanecer en este lugar —le ordenó, indicándole un rincón especial del secadero, alejado de los peligros.

—Sí —respondió Arami.

Luego de caminar unos pasos, Rafael se volvió hacia ella:

—Hazme caso —le advirtió.

Los dos se rieron al mismo tiempo sin agregar palabra alguna, no hacía falta.

Kuarahy comenzó la recorrida para enterarse de las novedades del día. Preguntaba a los trabajadores acerca del sapecado y del secado pero solo a los que podía interrumpir, no quería ni debía distraer a quienes manipulaban el fuego y las tamboras en ese momento. A su vez, él también les contaba acerca de la gran fiesta que habían vivido en el pueblo.

—¡Ya no es más pueblo, don Rafael! —corrigió con afecto Heriberto, uno de los trabajadores más antiguos.

—Tienes razón, ¡ahora es la ciudad de Apóstoles! —se rectificó Kuarahy y todos celebraron el comentario pero un alarido congeló a todos.

—¡Kaspar! —gritó, Heriberto—. ¡Ese es Kaspar!

Rafael y quienes estaban de descanso por unos minutos, salieron corriendo hacia el aire libre donde estaban estibadas las toras, nombre con el que llamaban a los troncos de eucaliptus de un tamaño considerable y que servían para encender el fuego en el secadero y que, por lo general, debían levantar de a dos.

Rafael tuvo infinitos pensamientos en un segundo; Kaspar era el único hijo de Irenka y sintió miedo por un instante. Los gritos del muchacho eran incesantes. Cuando llegaron al lugar, vieron que Arami tenía en su regazo la cabeza de Kaspar, que gemía del dolor como un niño. Al levantar una de las toras se había cortado con una astilla bastante grande en la mano, lo que había causado una herida que, a juzgar por lo que se veía, era muy profunda.

Rafael sufrió un impacto muy grande cuando vio a su hija, a la que acababa de tratar unos minutos antes como si fuera una niña, desenvolviéndose en ese momento como una mujer, ayudando,

calmando el dolor ajeno, consolando ante la desgracia y sintió un nudo en la garganta que trató de disimular. Cuando se acercaron, notó con asombro que Arami había roto un pedazo de su vestido y con esa tela le había hecho un torniquete a Kaspar, a la altura del antebrazo.

—Vamos, papá, hay que cargarlo en algún vehículo y llevarlo urgente al Hospital de Posadas.

—¡Arami, llevémoslo con Nunielka, Posadas está lejos! —dijo Rafael mientras se disponían a cargarlo con otros trabajadores para el traslado.

—¡No, papá! —contradijo ella con firmeza—. Su mano no está bien, puede tener una arteria rota. Por favor, llevémoslo a Posadas. No tolerará dos traslados si lo llevamos primero a Nunielka. ¡No me gusta su herida!

Consternado por las palabras y el accionar de su hija, Rafael decidió, en segundos, hacerle caso sin dudar:

—Heriberto, vamos en tu camioneta por favor, Lautaro ya se fue. Busca a alguien más que venga con nosotros para que lo asista contigo mientras yo conduzco —ordenó Kuarahy—, no quiero que manejes de noche, es peligroso y estás cansado. Llevémoslo hasta Posadas y tú, Arami, por favor ve con tu madre y cuéntale lo sucedido. Dile que no se preocupe y que mantenga silencio con Ela. Luego vayan ambas y hablen con Irenka; es su madre y debe saber. Su esposo está de viaje y es mejor que esté acompañada. Cualquier cosa la traen a la casa hasta que regresemos con novedades. Dile también que nos estamos ocupando, Arami.

—Sí, papá, quédate tranquilo. Conduce con cuidado, por favor. Y gracias por confiar en mí. Deben llegar cuando antes a Posadas —insistió.

—Sí, hija —respondió Rafael, algo turbado por la situación y sin negar la conmoción que sentía ante la reacción que había tenido Arami.

Entre Heriberto, Tomás y Rafael acomodaron a Kaspar en la camioneta y partieron raudos hacia el Hospital Común de Posadas.

Arami permaneció en el ingreso del secadero junto a los demás

trabajadores hasta que los perdieron de vista.

—Señorita Acuña, ¿está usted bien? —preguntó alguien.

—Sí, sí. No se preocupen, estoy bien.

—Espero que lo de Kasparcito no sea nada malo —dijo otro de los trabajadores.

—No si llegan a tiempo, Antonio —sentenció Arami, sin pensar.

—¿Qué quiere decir, Arami?

—Olvídalo, Antonio —trató de disimular—. Quise decir que mientras más rápido lleguen al hospital, mejor.

No quiso decir que la herida que había visto era bastante profunda y que, según su opinión y por la sangre perdida, intuía que había alguna arteria rota.

—La llevo hasta la casa, señorita.

—No, está bien. Regreso sola. ¡Gracias!

—Arami, no se enoje, pero don Rafael querría que la llevemos.

Ella entendió al hombre. Después vendría el sermón de su padre.

—Está bien, Antonio; llévame, así hablo cuanto antes con mi madre y luego vamos a casa de Irenka para informarle lo sucedido.

2

Hospital Común de Posadas,
tres horas después

Las puertas del quirófano se abrieron y Rafael, Heriberto y Tomás se levantaron de un brinco de sus asientos.

—¿Cómo está, doctor? —se adelantó Rafael. Había visto a Kaspar somnoliento y casi con pérdida de conciencia antes de ingresar en la sala.

—¿Usted es familiar?

—No, pero considero a Kaspar como parte de la familia.

Dígame, estoy a entera disposición.

—¿Quién le realizó los primeros auxilios, señor…?

—Acuña. Rafael Acuña.

—Señor Acuña, le consulto esto porque de no haber sido por esa primera ayuda, el muchacho hubiera perdido su mano.

Rafael sintió una opresión en el pecho.

—Señor, ¿se encuentra bien?

—Sí, doctor. Fue mi hija…

—¿Su hija es médica?

—¡No! Aún tiene diecisiete años…

—La herida cortante fue bastante profunda y rompió la arteria; de no haber sido por ese torniquete y el rápido traslado, la amputación de la mano hubiera sido la única opción. ¿Desde dónde lo trajeron? —preguntó con curiosidad el médico.

—Somos de Apóstoles; venimos desde Los Lapachos —explicó Heriberto porque Rafael había quedado en silencio recordando la orden de Arami cuando pidió que de inmediato lo trasladaran hasta Posadas. No podía salir de su asombro por la actitud de su hija.

—¿El establecimiento yerbatero?

—Sí, justamente Kaspar se lesionó manipulando las toras —aclaró Heriberto.

—Lo que haya sido, quien lo auxilió le salvó su mano. Felicite a su hija, señor Acuña —le pidió el médico a Rafael.

—Gracias, doctor —respondió Kuarahy, aún afectado por la situación.

—Él se quedará por unos días aquí, en cuidados intensivos. Luego veremos cuándo podrá volver a trabajar.

—Eso es lo de menos, doctor. Que se recupere es lo más importante —afirmó Rafael—. Mañana, con seguridad, vendrá su familia y cualquier cosa que necesiten estaré. Por supuesto, los gastos corren por mi cuenta.

—Regresen ahora, si así lo desean; por esta noche no podrán verlo sino hasta mañana sobre media mañana.

—Sí, así lo haremos.

Los tres hombres dejaron el hospital y emprendieron la vuelta hacia Apóstoles con un sabor amargo por un lado pero, por otro, felices porque Kaspar se repondría y sobre todo, porque había salvado su mano aunque, en realidad, quien lo había hecho era Arami.

Rafael dejó a Heriberto y a Tomás en sus casas y luego se dirigió a Los Lapachos para encontrarse con su esposa. Después iría a casa de Irenka para explicarle la situación y buscar a su hija. Cuando llegó, ya de madrugada, vio las luces encendidas en el interior. Amparo, casi con certeza, estaba despierta esperándolo. Esa mujer era un tesoro; lo sabía desde hacía mucho tiempo pero lo corroboraba todos los días. Ingresó y vio que Arami también estaba junto a su madre. Habían traído a Irenka con ellas para que esté acompañada. Aún no habían podido comunicarse con el padre del muchacho. La rubia mujer dio un respingo cuando vio a Rafael.

—¡Don Rafael! ¡¿Cómo está mi hijo?! ¡Dígame, dígame!

—Tranquilízate, Irenka. Kaspar está fuera de peligro. En la mañana te llevaré a Posadas para que puedas verlo. Créeme, él está bien. Permanecerá unos días en la sala de cuidados intensivos pero se recuperará y gracias a Dios… —Rafael se detuvo y miró a su hija.

—¿Gracias a Dios qué cosa, patrón? ¡Me dijo que estaba fuera de peligro!

—Pudo haber perdido su mano derecha por el tipo de herida.

—¡Mi Dios! —exclamó Irenka, mientras buscaba un lugar donde sentarse y Amparo iba por un vaso con agua.

—Pero gracias a Arami, la salvó —dijo Rafael, sin poder evitar que su voz se entrecortara. Se dirigió hacia su hija a quien abrazó con ternura—: Perdóname, Arami; te traté como a una niña. Necesito que sepas que estoy orgulloso de ti.

—Gracias, papá, por confiar en mí. Hiciste lo que te pedí en el secadero y eso fue lo que salvó la mano de Kaspar.

—¿Cómo lo hiciste? Quiero decir… ¿cómo supiste que era eso lo que debías hacer? —preguntó, algo confundido, Kuarahy.

—No lo sé, papá. Solo lo supe. —De un salto abrazó a su padre, aún sucio y cansado como estaba—. ¡Eres increíble, papá!

—Tú también, hija… tú también. Luego, Rafael miró a Irenka:

—Saldremos temprano para el Hospital de Posadas, así que ahora trata de descansar un poco.

—Gracias a todos —respondió conmovida la mujer—. Ustedes son nuestros ángeles.

—No, Irenka —dijo Amparo—, los ángeles de todos nosotros están en el cielo y ellos son los que nos cuidan —aseguró, refiriéndose a Pedro y a Benicio.

Rafael bajó la cabeza y permaneció en silencio.

3

Había pasado una semana desde el accidente en el secadero. Todo iba tomando su rumbo. Kaspar se recuperaba muy bien. Amparo le había dado unos días libres a Irenka para que cuidara de su hijo. El esposo de la mujer había regresado de su viaje y ambos estaban en Posadas junto con Kaspar. Ela se había enterado de lo sucedido al día siguiente y no había podido creer que no se despertara con todo el movimiento. Atribuía su cansancio a la jornada maravillosa que habían pasado en ocasión de los festejos por la flamante ciudad.

Rafael continuaba yendo y viniendo de un lado a otro; pasaba la mayor parte del tiempo en el secadero mientras duraran los procesos de secado; luego se prepararían para la molienda. Sin embargo, al anochecer de ese día, Amparo lo esperó en la galería cuando lo vio venir por el rojizo sendero. Ella siempre lo hacía, pero Kuarahy percibió que, esta vez, algo necesitaba decirle:

—Rafael, ven, querido; aséate y vuelve a la sala. Nuestra hija quiere hablar con nosotros. ¿Recuerdas que quería hacerlo la noche en que te acompañó al secadero antes de que ocurriera lo de Kaspar?

—Sí, claro que lo recuerdo —respondió Kuarahy con un dejo de preocupación ante tanto misterio—. ¿Dónde está tu madre, Amparo?

—Hoy quiso acompañar a Irenka al hospital.

Rafael sintió alivio. No sabía que era lo que a su hija le urgía tanto y prefería que Ela no estuviese presente; cuidaba a esa mujer como si fuese su propia madre. Al cabo de unos minutos, la familia se reunió en la sala. Se sentaron en los mullidos sillones cubiertos de almohadones que había bordado la abuela Janica tantos años antes y que conservaban con mucho amor. Amparo decidió preparar unos mates con hojitas de menta para endulzar el momento.

—Papá… mamá. Desde hace mucho tiempo necesito hablar con ustedes. Sé que quizá no les resulte fácil de aceptar; tampoco lo es para mí.

—Larga de una vez, Arami. Me estás matando de la intriga, hija —pidió Rafael.

Arami respiró profundo y dijo sin más preámbulos:

—Quiero ser médica.

Amparo quedó paralizada pero Rafael sintió una estocada en el pecho que le sacó el aire.

—Arami… —intentó decir Amparo, con un hilo de voz—, hija… Nosotros vivimos en Misiones y…

—Ya lo sé mamá y también sé que debo irme de aquí para estudiar.

—¡¿Adónde te irías?! —preguntó, temblorosa e incrédula aún.

—A Rosario, mamá, en la provincia de Santa Fe. Allí está la Facultad de Ciencias Médicas y sé que es muy buena.

Rafael, que hasta el momento había permanecido en silencio por la impresión que le habían causado las palabras de Arami, reaccionó:

—¡Rosario! ¡¿Estás loca, Arami, o qué?!

—¡Kuarahy! —dijo Amparo, alzando su voz—. Cuida tus palabras, por favor. Tranquilízate.

—¡¿Tranquilizarme, Amparo?! ¡¿Tú no te das cuenta de lo que nuestra hija nos está diciendo?! Arami, ¿eres consciente de lo que esto significa? —la interpeló.

—Sí, papá.

—¡Hija, tienes casi ochocientos kilómetros!

—Lo sé —respondió Arami, acongojada.

—¡¿Desde cuándo tienes esto en la cabeza?! Piensa bien, por favor. Ayudar a alguien accidentalmente no significa que tu vocación sea ser médica, Arami —dijo Rafael, ofuscado ante la imposibilidad de digerir la noticia que había recibido.

—Papá, ayudar y curar es lo que deseo y lo que quiero hacer durante el resto de mi vida, si ustedes me lo permiten.

Amparo observaba la escena, impávida, tratando de no dejarse

dominar por la angustia pero era muy difícil.

—Por favor, confíen en mí. Sé que no será fácil para nadie, pero es lo que siento y lo que me hará feliz.

—¡Es una locura, Arami! —exclamó Rafael—. Sola… y en esa ciudad con tantos peligros. No, Arami. No irás.

Amparo quedó azorada ante la reacción de Rafael pero ni siquiera ella podía asumir, todavía, lo que su hija había anunciado.

—¡Papá!

—¡Basta! Se terminó la conversación para mí, Arami. No permitiré que estés sola en medio de tantos peligros. No, no lo haré. Y ahora, me iré a descansar; me siento molido.

Amparo se enjugaba las lágrimas con su pañuelo y Arami salió corriendo. Subió de a dos escalones para llegar más rápido a su habitación. Kuarahy salió a la galería; sentía que se asfixiaba. Amparo fue detrás de él. Se detuvo cuando lo vio apoyado sobre la baranda de madera que rodeaba a la casona con su cabeza hacia abajo, vencido.. Tuvo el impulso de abrazarlo. Kuarahy era un buen hombre; cada día se levantaba pensando en su familia y en el progreso de todos los trabajadores del establecimiento. Tenía sentimientos, no era insensible, pero se trataba de su hija, su única hija, a la que amaba con el alma.

—Rafael…

—Déjame solo, Amparo.

Ella notó que las lágrimas ganaban el rostro de su esposo y creyó que moriría de la tristeza.

—Rafael…

Él giró su cabeza para mirarla; Amparo sintió un puñal en su pecho cuando vio esos ojos, tan azules como la noche, empañados de la pena.

—Nuestra hija tiene tus ojos, mi amor. Es el regalo más hermoso que pudimos recibir —dijo, y luego de un breve silencio agregó—: Déjala que sea feliz, Kuarahy, a pesar de nuestra tristeza. Mi padre me lo permitió —reconoció Amparo, bajando su cabeza, recordando en ese momento el rostro de Pedro cada vez que ella subía al tren para volver a Buenos Aires y continuar sus estudios en el Colón.

—A ella —dijo Kuarahy, en voz baja— no le falta nada aquí.

—Lo sé pero…

—¡No entiendo, Amparo! —interrumpió Rafael—. Yo la veo cómo recorre los cultivos, cómo observa las hojas de la yerba para saber si están listas para la cosecha, cómo se mezcla con los empleados y pregunta sus necesidades, cómo se ríe con la gente del pueblo cuando vamos a hacer compras. Hasta pensé que con Iván…

—Kuarahy… todo eso es genuino en ella; lo siente y es feliz pero lo que lleva en su sangre es ayudar de otra manera. Trata de entenderlo aunque cueste demasiado —pidió Amparo, aún conmovida por la noticia.

—Me angustia; mi niña es muy pequeña para irse sola a esa ciudad.

—¡Rafael! ¡Ya no es una niña! Yo me fui a su edad y por favor, entiende que si algo me sostuvo… fue la bendición de mi padre. Haz lo mismo, Rafael, aunque te mueras del dolor. Trata de aceptar, de una buena vez, que los designios de Dios son por alguna razón. Cuando puedas hacerlo, tendrás paz, es así.

—Todavía no entiendo por qué se llevó a nuestros padres, Amparo, ¡y tú me pides que entienda sus designios! Aún hoy me hacen falta. Ahora que tenía mi familia entera conmigo, Arami decide irse. ¡No es justo! —dijo, quebrado del llanto y dejando que Amparo lo abrace con todo su cuerpo.

—Nuestra hija será nuestro orgullo, mi amor, como lo ha sido hasta ahora. Ya verás, Kuarahy.

—Quisiera tener tu entereza, Amparo, pero no puedo. La extrañaré demasiado.

—¡¿Piensas que yo no?! Tengo mi corazón hecho trizas pero la felicidad de mi hija es lo primero y eso es lo que aprendí de mi padre: nosotros, ahora que somos padres, debemos dejar que ella cumpla sus sueños, Rafael.

Kuarahy levantó su mirada:

—Lo intentaré, Amparo; por ella y por ti, porque te amo como desde el primer día cuando te escuché cantar en el valle del este y me di cuenta de que te amaría por el resto de mi vida; lo intentaré

aunque me cueste comprender.

—¡Este es mi hombre! —dijo Amparo con lágrimas en sus ojos —, y del que yo también sigo enamorada como el primer día.

Lo besó en los labios y Rafael sintió que esa mujer era el ancla que detenía su soledad.

—Debemos hablar con mi madre pero lo haremos mañana temprano, Rafael, no es conveniente decirle esto a su regreso del hospital. Ahora nos hará bien dormir un poco, si podemos.

La mañana siguiente fue difícil para todos, excepto para Ela, que no tenía conocimiento de lo acontecido la noche anterior. Había regresado tarde de Posadas y se había quedado a cenar en casa de Irenka para acompañarlos un poco más. Estaban felices porque veían que Kaspar se recuperaba con rapidez y pronto volvería a trabajar a Los Lapachos.

—¡Buen día, familia! —dijo Ela cuando vio, al salir de la cocina, que Amparo bajaba las escaleras junto a Arami. Ella se había levantado más temprano de lo habitual ante la ausencia de Irenka, para preparar los mates que juntos disfrutaban cada mañana.

—Te dije, madre, que no tienes que preocuparte, yo puedo preparar el desayuno —dijo Amparo, besando la frente de Ela.

—Lo he hecho toda mi vida, Amparo, además por estos días no está Irenka. Déjame malcriar a mi familia y tú, Arami, lávate esa cara preciosa porque no se encuentra muy bien.

—Sí, abuela —respondió Arami, cabizbaja.

Rafael apareció ya listo para salir hacia los cultivos. El ambiente era tenso entre ellos, sobre todo cuando Arami regresó del lavabo.

—Kuarahy, te preparé unas tortas fritas —comentó Ela—. El aire aún está frío afuera, así que es mejor que te alimentes antes de salir a la intemperie. ¡Y tú, niña, come porque estás muy delgada! —dijo a Arami, acariciándole la cabeza.

Se sentaron los cuatro y, de pronto, Ela largó:

—Ahora les pido que me digan qué sucede o si me perdí de algo, porque esas caras no son las que veo cada mañana; por lo menos, no son las que a mí me gustan.

Amparo miró a Rafael y este miró a Arami a los ojos por primera

vez desde que habían llegado a la sala.

—Madre —tomó la iniciativa Amparo—, anoche Arami nos comentó acerca de una decisión que ha tomado.

Rafael permanecía en silencio y apretaba con todas sus fuerzas el mate que tenía entre sus manos. Ela tomó un poco de agua fresca que había llevado en una jarra a la mesa y luego preguntó con calma, cuando observó que su hija no podía continuar y que Rafael tampoco emitía palabra alguna:

—¿Qué decisión, Amparo? ¿Arami? —preguntó luego a su nieta.

—Quiero ser médica, abuela.

Ela quedó congelada; entendió, en segundos, lo que eso significaba y también comprendió, de repente, el semblante de Rafael, sobre todo.

—Y para eso debo irme a vivir a Rosario, en la provincia de Santa Fe —agregó Arami, de una vez.

—Ahora entiendo —dijo Ela contemplando a todos—. Y dime, ¿desde cuándo sientes eso, hija?

—Desde siempre, abuela. Quizá no tan claro desde el principio, pero siempre sentí que quiero ayudar, que quiero acompañar a las personas que no están bien. No lo sé…

—Comprendo, Arami. Creo que deben hablarlo ustedes tres y… con serenidad —aclaró, mirando de soslayo a Kuarahy.

—Ya está hablado, Ela —respondió, sin expresión, Rafael—.

En unos meses viajaré con ella a Rosario para encontrar un hospedaje seguro e iniciar los trámites del ingreso en la Facultad de Ciencias Médicas.

Arami quedó paralizada ante el comentario de su padre y Amparo sintió un nudo en su garganta.

—¡Papá! ¡Gracias! ¡Gracias, mamá! —no podía articular las palabras de la emoción.

Rafael asintió con su cabeza, inexpresivo:

—Si me disculpan, debo ir al galpón; quiero ver cómo sigue el embolsado para estacionar la yerba. No creo que regrese para almorzar.

Amparo entendió el momento por el que atravesaba su esposo y

se levantó para alcanzarlo en la galería.

—¡Amparo, hija, ven aquí! —La retuvo Ela—. Hay tormentas que deben atravesarse en soledad.

—Mamá… no quiero que sufra.

—Jamás queremos que sufran nuestros seres queridos, Amparo, pero…

—¡Ya lo sé, mamá! —interrumpió Amparo—. Son los designios de Dios y hay que aceptarlos para tener paz…

Ela sonrió, a pesar de la angustia que sentía por la inminente ausencia de su única nieta, y abrazó a su hija.

—Y tú ven con tu abuela, mi bella guaraní —dijo a Arami que seguía sentada a la mesa con el rostro bañado por las lágrimas.

Las tres se abrazaron.

—Las mujeres de Los Lapachos somos fuertes y tú, mi Arami —dijo mirando a su nieta con sosiego—, dale tiempo a tu padre: él ha perdido demasiadas cosas.

Llegó noviembre y Rafael, Amparo y Arami partieron en la camioneta hasta Rosario. Rafael no había querido que su hija fuera en tren así podían acompañarla con su madre, al menos en este primer viaje. Ela se quedó en Los Lapachos por cualquier imprevisto y, además, sintió que sufriría menos, aunque a esto no lo había comentado. Abrazó a cada uno antes de que subieran al vehículo.

—Conduce con cuidado, Rafael.

Kuarahy estaba esperando esa indicación. Sabía que Ela se ponía nerviosa cada vez que alguien de la familia viajaba; era inevitable pensar en el accidente de Pedro y de Benicio, tantos años atrás.

—Claro, Ela, llevo a mi familia. No te preocupes. Nos veremos en unos días.

—¡Rafael! —lo llamó Ela, haciéndolo volver hacia la galería mientras Amparo y Arami aguardaban en la camioneta.

—Será difícil… hasta, a veces, insoportable su ausencia, pero solo mírale la cara a tu hija y eso bastará para que resistas.

Kuarahy la miró, en silencio, y luego giró para observar el rostro de Arami detrás del vidrio; rebozaba de felicidad, no lo podía disimular.

—Gracias, Ela. Sí, aunque el dolor de su ausencia sea insoportable debo acompañarla en su decisión.

—Recuerda que mi amado Pedro hizo lo mismo con tu esposa. La dejó tomar sus decisiones y eso la hizo más fuerte, Rafael; tanto que después de muchos años dejó todo por volver contigo… y nada ni nadie la pudo detener.

—No lo olvidaré en mi vida, doña Ela, pero es que Arami es tan…

—¿Tan niña ibas a decir? —interrumpió Ela—. No, Kuarahy, nuestra Arami no es una niña; ya no lo es. Y, por favor, no niegues lo que viste con tus propios ojos en el secadero. Kaspar salvó su mano gracias a ella.

Kuarahy sintió como si un baldazo de agua fría le cayera encima.

—Tienes razón, Ela; eso es cierto. Debo admitir que me sentí orgulloso de ella. La hubieras visto, dando las indicaciones, cómo consolaba a Kaspar, cómo lo había socorrido antes de que nosotros llegásemos.

—¡Entonces acepta, Rafael! No hay nada en este mundo que no suceda por alguna razón, aunque tardemos en darnos cuenta. Ella tendrá su ángel guardián que le sostendrá la mano en cada momento —dijo Ela, sin evitar emocionarse un poco al pensar en Pedro —. Y tú, tú también tendrás tus ángeles guardianes que te darán consuelo —agregó, refiriéndose a los padres de Rafael—, solo hay que aceptar… —dijo con ternura mientras apoyaba su mano en la mejilla de Kuarahy.

—Tal vez, Ela. Tal vez…

4

Seis años después,
Navidad de 1970

Habían dispuesto las mesas al aire libre, frente a la casa. El calor de los últimos días les aseguraba una noche tórrida. Todos los trabajadores de Los Lapachos compartirían la Navidad como lo hacían desde que Pedro había fundado el establecimiento. Vendrían con sus familias y pasarían juntos esa noche especial. Amparo y Rafael habían ido a Apóstoles para hacer las compras de último momento. Por la tarde llegarían los Staniuk para compartir con ellos unos días y sobre todo porque Iván quería ver a la futura médica. Arami, recién llegada de Rosario, ya había dicho a sus padres que quería luces de colores colgando de todos los árboles.

—¡No pierde la alegría, mi nieta! Ella es la vida misma —dijo Ela a Irenka mientras observaban desde la ventana de la cocina, cómo Arami le indicaba a Kaspar dónde colocar las luces.

—¡Y pensar que pronto será doctorcita! —dijo Irenka, con emoción.

—Ya lo es, Irenka. Desde el primer día que tomó la decisión —aseguró Ela.

—Tiene razón, doña Ela. ¡La felicidad le salta por los poros!, pero a don Rafael…

—Le cuesta, Irenka. A pesar de que han pasado ya algunos años, no se acostumbra a su ausencia. La extraña y contra eso…

—Entiendo, pero ya volverá en poco tiempo, doña Ela.

—Intuyo que eso es lo que tiene en vilo a Kuarahy.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Irenka, con ingenuidad.

—No veo a mi nieta en Los Lapachos, Irenka. Esa niña ama este lugar pero su vocación es muy fuerte… no lo sé, es un

presentimiento y cuando los tengo… —dijo recordando en silencio el escalofrío que sintió en la fiesta de Apóstoles aquella vez al ver a Arami, aún sin saber que se iría.

—Mejor cerremos el pico, doña Ela. Allí llegaron Amparo y Rafael.

Ela los observó y notó, por el semblante de Kuarahy, que algo lo preocupaba. Se limpió las manos y salió al encuentro de ambos para ayudarlos con la mercadería que les había encargado.

—¿Cómo está el pueblo?

—La ciudad, mamá —corrigió Amparo, con afecto—. ¡Apóstoles es ciudad!

—Tienes razón, ¿cómo está la ciudad? —volvió a preguntar con graciosa ironía.

—Bien, mamá. Sabes que en estas fechas todo cobra un color especial. Ah, fuimos a ver a los abuelos —dijo Amparo refiriéndose a los padres de Ela— y les dije que los iríamos a buscar para la cena.

—Gracias, Amparo. Prepararemos mantas para ellos; puede refrescar, aunque no hay indicios de eso.

Rafael se les adelantó para dejar las bolsas en la cocina.

—¿Qué le sucede, Amparo? Está extraño.

—Está preocupado aunque no lo diga. Leyó algunos ejemplares de *El Litoral* de Santa Fe que trajo Arami, más las noticias que se escuchan en la ciudad sobre nuestro país y…

—¿Y qué, hija? —interrumpió Ela con inquietud.

—Creo que más allá de la situación política y económica que estamos atravesando, él teme por Arami. Y a eso no lo puede manejar ni disimular; sé que está preocupado y a decir verdad, yo también, mamá. Rosario atraviesa una situación complicada; según dicen, el presidente Levingston no quiere seguir con las políticas diagramadas por quienes lo designaron y pareciera que sigue las suyas propias; al menos eso se comenta en Apóstoles.

—¿Pero no ha decretado ya aumentos salariales? —preguntó Ela, algo confundida.

—Sí, lo ha hecho, pero parece que esto ha generado una espiral

inflacionaria bastante grande y una fuga de capitales extranjeros por esa política nacionalista. Lo concreto es que hay un descontento social notable, mamá, y eso ha desembocado en huelgas generales y esto sí que nos ha afectado de lleno, ya lo sabes… no hay servicios, no hay transporte, lo cual es un verdadero inconveniente para nosotros. ¡Debemos transportar la yerba como sea! ¡Y ni hablar del Rosariazo el año pasado en contra de Onganía! ¿Lo recuerdas?

—Sí, ¿cómo no recordarlo? Fue lo que comenzó con la protesta de los estudiantes universitarios correntinos ante el anuncio del aumento de un 500% en los precios del comedor, ¿no? Eso se comentó mucho aquí, Amparo. Los padres que tienen sus hijos estudiando en Corrientes estaban bastante preocupados por la situación; además, hubo un estudiante fallecido. Uno correntino, creo.

—Así es, mamá, entre otras cosas se originó con eso. Los estudiantes rosarinos protestaron contra esa represión que hubo en Corrientes contra estudiantes de la Facultad de Medicina, ¡nada menos!, y eso causó que el Gobierno Militar declarara Rosario «zona de emergencia». Rafael temió demasiado por Arami; ambos lo hicimos, madre. Al menos yo aún encuentro consuelo pensando que ella eligió Rosario y no Corrientes para estudiar Medicina, teniendo en cuenta semejantes sucesos… pero cada vez que escuchábamos sobre las manifestaciones callejeras, las huelgas, el adolescente de quince años asesinado y sobre eso de que las fuerzas de seguridad habían atacado al médico que lo asistía, era inevitable pensar en nuestra hija. Arami es intrépida y hasta ahora no hemos encontrado algo a lo que le tema, pero esto mismo puede llevarla a…

—¡Hija, mejor ni lo pienses! Ya pasarán estos tiempos turbulentos, mientras tanto, acompaña a Kuarahy; tiene motivos para estar preocupado pero es por el inmenso amor que siente por su hija, por los tareferos, por todos los trabajadores de Los Lapachos.

—Sí, sé que pasarán, pero las huelgas nos impiden hacer nuestro trabajo, llegar con nuestra yerba a otros lugares. Rafael no quiere saber nada con cesantear trabajadores, con detener la producción.

Sé que muere de la furia por dentro aunque no me lo diga.

—Siempre fue así nuestro trabajo, Amparo. ¡Si no era por una cosa era por otra! Tu padre tenía largas conversaciones por carta con Imanol, que desde Buenos Aires le contaba las novedades. Las leía solo, sentado en el sillón de la galería.

—No lo recuerdo, mamá. ¿Por qué?

—Porque no quería que tú ni tu hermano lo vieran preocupado. Esperaba que ustedes se fueran a descansar o que no estuvieran en la casa. Las últimas cartas traían solo malos augurios. Tu abuela Janica se sentaba a su lado y yo los observaba conversar desde la ventana de la cocina. Verlos era como escuchar una música serena… ¡esa mujer tenía siempre las palabras justas!

—Extraño mucho a mi abuela, mamá. Estoy segura de que ahora ayudaría a mi Kuarahy mejor que yo a pasar estos miedos y preocupaciones.

—Seguramente, hija, pero hay que seguir adelante y ahora debemos pensar en la Navidad y en que, gracias a Dios, estamos todos juntos para celebrar esta noche. ¡Hasta vendrá tu hermano con una novia!

—¡¿No me digas?!

—Sí, eso parece. Y adivina…

—¿Qué, mamá?

—Según él, ¡es una bella descendiente de guaraníes! Irupé…

—¡Eso sí que alegrará a Kuarahy!

El comentario de Amparo hizo reír a su madre. Ambas entraron en la casa tomadas del brazo y dejaron a Irenka la mercadería que faltaba.

—¿Dónde anda mi nieta? —preguntó Ela.

—Ay, doña Ela —dijo Irenka con cara fruncida—, anda entre los cultivos. Me dijo que quería caminar sola un rato y se fue.

—Algo se trae esa gurisa —respondió Amparo.

—Sabe que vienen los Staniuk esta noche y, por ende, Iván. Quizá… —dijo Ela, con picardía.

—No, mamá —intervino tajante, Amparo—. Seré sincera contigo: no creo que Arami esté enamorada de Iván. Lo quiere

mucho pero…

—¿Qué es lo que no cierra, hija?

—No lo sé, madre… está extraña. Esto, por ejemplo, de irse sola a caminar sin su padre. Siempre es lo primero que ha hecho todos estos años en que ha estado fuera: llegar e irse a caminar con Rafael por entre los cultivos. Me emociona porque es lo que hacía yo con mi padre —recordó Amparo, un poco nostálgica.

—Es verdad, sí, pero pensemos que necesita impregnarse del aroma más exquisito del mundo —dijo Ela llevándose una mano al pecho—: «El aroma a yerba mate» —corearon las dos, riendo como cuando Amparo era una niña.

—Gracias, mamá. Te amo con todo mi corazón.

—Y yo a ti. ¡Vamos, vamos! Debemos dejar todo listo para pasar una hermosa Navidad esta noche, a pesar de los problemas.

Las dos se abocaron a los quehaceres de la casa y a los detalles de último momento con mucha alegría, pero en el corazón de Amparo persistía ese presentimiento: a Arami no la inquietaba Iván; era algo con su padre y esa niña estaba juntando fuerzas para hablar con él. Amaba hacer ese recorrido con Kuarahy y esta vez se había ido sola. Sí, sin dudas era algo con él… La esperaría a que regrese y hablaría con ella o esperaría a tener la oportunidad.

La noche en Los Lapachos se tiñó de alegría y de buenos deseos de unos hacia otros. Brindaron con exquisitas bebidas pero el momento más esperado fue cuando, a partir de la medianoche, se inició la ronda de mates.

Amparo no había podido conversar con Arami porque entre los preparativos y los invitados, que comenzaron a llegar, el tiempo se había escurrido como agua. La había observado cómo actuaba con Iván y todo le decía que quería con el alma a ese muchacho pero que no lo amaba; era la misma de siempre con él, alegre y divertida, inquieta y afectuosa, mas ese era su límite: lo percibía y estaba convencida de eso. ¿Qué era entonces lo que la aquejaba? Algo escondía.

Cuando terminó la celebración de la Nochebuena todos se fueron a descansar colmados de felicidad. Para Ela, ver a los

tareferos, a los trabajadores del secadero y a otros yerbateros amigos levantar sus copas y brindar por un futuro mejor, era la prueba viviente de que su Pedro estaba allí también, invitando a todos a no bajar los brazos a pesar de la adversidad. Contemplaba de soslayo a Rafael y sabía que más allá de la sonrisa que prodigaba a su familia, él sentía la ausencia de Benicio. Esa ausencia aún dolía.

—La noche está sofocante, Amparo, quédate unos minutos conmigo en la galería y miremos las estrellas como cuando éramos más jóvenes —propuso Kuarahy.

Esos astros irradiaban un resplandor plateado que rodeaba a Los Lapachos como un halo. Amparo se sentó junto a su esposo y Kuarahy la cobijó con sus brazos.

—¿Has notado algo extraño en Arami? —preguntó Amparo, en voz baja, aunque su hija ya se había retirado a su habitación, molida por el cansancio.

—¿Extraño? No. ¿Qué sucede, Amparo?

—No lo sé, quizá esté equivocada en mi percepción pero hoy quiso caminar sola. Me llamó la atención; siempre anda con gente a su alrededor y, si eres tú quien la acompaña, ¡mejor!

—Ya no puedo más de la preocupación por esa niña viviendo en Rosario, con semejante momento social que está atravesando ese lugar.

—Lo estamos atravesando todos, Rafael… ¡Y ya no es una niña nuestra Arami! Cuántas veces te lo tendré que decir…

—Lo sé, pero cada vez que me entero de las represiones, los muertos, las huelgas, las bombas, se me anuda el estómago.

—¿Y piensas que a mí no? ¡No existe un segundo de mi vida en que no desee que regrese pronto con nosotros!

—Falta muy poco.

Amparo notó que la voz de Rafael se cortó; cuando lo miró, a pesar de la penumbra blanca, vio el brillo de sus ojos inundados de emoción.

—Mi Kuarahy… Eso es lo que más amo de ti; te esfuerzas en demostrar rudeza pero tu ternura derrumba todos los muros.

Rafael tomó la mano de Amparo.

—Amo a esa mujercita más que a mi vida, Amparo. ¡Más que a mi vida!

Ambos quedaron en silencio, disfrutando de ese momento de comunión.

5

Dos años después
Diciembre de 1972

El calor ya agobiaba al alba; la jornada se anunciaba extenuante. Eran comunes esas temperaturas tan elevadas en diciembre pero ese día pasaban el límite de lo soportable. Rafael y Amparo estaban sentados en la galería tratando de buscar alguna brisa fresca pero era en vano.

—¿Qué es lo que te preocupa, Kuarahy? —preguntó Amparo mientras esperaba que Rafael le devolviese el mate—. Y no me des por respuesta un «nada», porque desde que regresaste de viaje la semana pasada estás muy pensativo. Ni siquiera la llegada de Arami, ayer, te ha sacado de tus cavilaciones.

—Es cierto. ¡Me conoces, mi *guaina*! Ando preocupado. Estuve reunido con pequeños productores de localidades cercanas y en todos hay un desánimo bastante grande, Amparo. Ya sabes… lo de siempre: los grandes asfixian a los chicos. Hay molinos que les compran la hoja verde pero les pagan en cuotas y a plazos larguísimos; luego, como no puede ser de otra manera, son ellos los que regulan el mercado, ¿y quiénes salen perdiendo? Los más pequeños, los productores que se rompen la espalda trabajando. Nosotros tenemos molino propio, Amparo, pero a ellos se les hace difícil subsistir.

—¡Por eso mi padre luchó tanto para formar las cooperativas!

—¡Exacto! Quienes ya las han formado tienen todos los eslabones de la cadena, ¿me entiendes? Pero quienes no han podido lograrlo aún, por diferentes circunstancias, la están pasando mal.

—Quizá lo que mi padre no vio es que siempre hay inescrupulosos —opinó Amparo, acariciando el cabello oscuro de

Rafael.

—No, Amparo; tu padre lo vio todo. Tal vez a ti no te lo decía porque siempre quiso que estuvieras tranquila y aislada de algunos problemas, dejándote que vivieras tu sueño allá, en el Colón y en el mundo entero, pero él lo vio todo... Mi padre lo admiraba; siempre me decía que cuando escuchaba hablar a Pedro ante los yerbateros tenía la impresión de estar escuchando el alma de la yerba, como decían sus ancestros guaraníes. Ese accidente arruinó todo…

—Rafael, no puedes estar todo el tiempo recordando eso —advirtió, Amparo—. Si mi padre y el tuyo decidieron hacer lo que hicieron fue porque así lo quisieron los dos; fueron firmes en sus convicciones. Gracias a ellos hoy tenemos lo que tenemos y yo estoy orgullosa de ambos. Está bien que estemos preocupados por los pequeños productores; pues bien, veamos la manera de ayudar tal como ellos nos enseñaron pero sácate el accidente de la cabeza, Kuarahy, porque no te hará bien; ni a ti, ni a nuestra familia.

Rafael miró a su esposa con asombro:

—Eres increíblemente parecida a tu padre, Amparo. ¿Qué sería de mí si no estuvieras a mi lado?

Le tomó la mano muy fuerte y agregó con determinación:

—Ayudaremos a esa gente; lucharemos con ellos. Los acompañaré en cada viaje que hagan hasta Buenos Aires para hablar con quien haya que hablar. Los Lapachos no los dejará solos. Eso es lo que nos enseñó Pedro con su ejemplo… eso es lo que haremos y ahora mismo, en la reunión que tenemos en Apóstoles, se lo comunicaré.

—¿Te dije que te amo, Rafael Acuña?

—Y yo a ti, Amparo Vennik. La madre más hermosa que pude elegir para mi niña.

—¡Tu niña tiene 25 años, Rafael, y ya es médica! Y además te recuerdo que vino para quedarse hasta fin de año con nosotros, así que cambia tu cara y ve a despertarla para decirle que la estás esperando con el mate en la galería.

—¡No solo la despertaré, sino que le daré el abrazo más fuerte que le hayan dado! —exclamó Rafael, feliz por tener Arami en Los

Lapachos.

La mañana trascurrió como todos los días: mate, trabajadores que iban de un lado a otro, el aroma de la yerba mate que inundaba los alrededores de la casona, los ruidos característicos de las máquinas en pleno funcionamiento, Irenka que hacía los quehaceres cotidianos, Ela que disfrutaba, por esos días, de su nieta y Amparo que iba a cada rato hacia el secadero tratando de cubrir a Rafael, que había partido hacia la reunión en Apóstoles.

—¡Doña Amparo! —dijo Tomás cuando salía del galpón en donde estaban estacionadas cientos de bolsas de arpillera con la yerba canchada.

—¿Cómo está, Tomás?

—Usted verá, doña Amparo. ¿Cómo podríamos estar sino felices? Mire hacia adentro —le indicó mientras señalaba con su brazo el interior del molino en donde estaban estacionadas cientos de bolsas de arpillera esperando su turno para ingresar y salir convertidas en paquetes.

—Ya lo creo, Tomás; teniendo en cuenta la situación por la que estamos atravesando es una bendición poder tener molino propio y repleto de yerba mate.

—¡Ese fue su padre, señora Amparo! —dijo Lautaro, que justo había llegado al final de la conversación.

—¡Lautaro! ¡Qué alegría verlo por aquí!

Quería mucho a ese hombre ya entrado en años. Recordaba como la cuidaba de pequeña cuando ella acompañaba a su padre al secadero.

—Y sí, ya soy un viejo retirado, pero mi amor por la yerba mate es más fuerte y ¡aquí me tiene! Vengo a cebarles mate a estos muchachitos para que aprendan la técnica.

Amparo y Tomás no pudieron disimular la gracia que les causó el comentario. Querían con el alma a ese tarefero que no podía desprenderse de la yerba mate y tanto enseñaba a todos con su experiencia.

—Gracias a su padre, doña Amparo, hoy estamos todavía en pie, soportando los embates de la situación política, económica, social…

Él pensó antes que muchos sobre las ventajas de tener un molino propio. No sé cómo lo logró, pero aquí está su molino. Bueno —se retractó—, sí sé cómo lo logró: con un esfuerzo de otro planeta, un amor infinito a los suyos y sobre todo… con su perseverancia, Amparo. ¡Ay mi Diosito, qué perseverancia tenía ese Pedro! No lo abatieron ni el incendio del secadero ni el granizo que nos llevó aquella vez toda la cosecha…

Amparo lo miraba embelesada; oír hablar de su padre le llenaba el alma…

—No recuerdo lo del granizo, Lautaro, pero sí el incendio del secadero, aunque yo no estaba aquí.

—Usted era muy pequeña, doñita. Se perdió todo aquella vez; la primera brotación, que es la más importante, quedó aniquilada. ¿Se imagina la situación? ¿Esperar la cosecha y que de un sopetón esas piedras se lleven todo? Pero ahí estaba don Pedro, con los ojos inflamados por el llanto y diciéndonos a todos: *«Mañana empezaremos de nuevo».*

Amparo sintió un nudo en la garganta. Su padre, aún desde el cielo, seguía enviándole enseñanzas a través de otras personas, a través de los recuerdos.

—Pero Amparito —le dijo con respeto el hombre—, no hubo catástrofe peor para el señor Pedro, que su ausencia…

Amparo no pudo evitar las lágrimas.

—No se ponga mal, doña Amparo, se lo digo con mucho respeto y con mucho amor. Ese hombre fue un ejemplo; sufría cada vez que usted se marchaba a estudiar a la gran ciudad pero cuando alguno de nosotros tratábamos de consolarlo mientras parábamos un rato a descansar y a tomar unos mates, él nos decía: *«Mi consuelo es saber que ella está cumpliendo su sueño»*.

—Gracias, Lautaro —respondió Amparo, con el corazón apretado por lo que acababa de escuchar sobre su padre.

—¡Y don Rafael no se queda atrás! —agregó el hombre—. El día del incendio del secadero, Pedro había viajado y fue él quien tuvo que sacar a todos cargándolos sobre su espalda. ¡Qué fuerza tenía ese muchacho! De pronto, cuando terminó de sacarlos uno por uno,

se desplomó en el suelo. Benicio casi se muere del miedo, Amparo, cuando vio a su hijo tendido. ¡Imagínese! ¡Su único hijo!, pero gracias al *tatita*, Rafael se recuperó muy rápido.

—Me has hecho revivir grandes momentos de nuestras vidas, Lautaro. ¡Gracias!

—Por nada, doña Amparo, y a propósito, ¿dónde anda la doctorcita? No ha venido a visitarnos todavía.

—Ya vendrá, algo la habrá retenido en la casa. Ya sabes cómo es; ¡quiere ayudar a todo el mundo! Viene por pocos días y pretende hacer de todo.

—Pero, si no me equivoco, en poco tiempo Arami ya vendrá para quedarse en Misiones, supongo.

—Sí, es lo que estimamos nosotros también, Lautaro, solo que no hemos tenido el tiempo de conversar sobre el tema aún.

—Mándela a dar una vuelta por aquí. Hemos criado a esa muchacha y queremos que venga a visitarnos —pidió con afecto.

—¡Lo haré! Ahora debo irme. Rafael, seguramente, ya está de regreso. Veremos qué novedades trae.

6

La noche llegó y una lluvia fresca trajo un poco de alivio a los habitantes de Los Lapachos. Compartieron la cena entre las noticias que había traído Rafael, los comentarios de Lautaro que Amparo narraba con emoción y las anécdotas de Arami acerca de sus vicisitudes en el Hospital El Centenario, hospital escuela de la Facultad de Ciencias Médicas.

Ela había preparado la *chipa guasú*; sabía que la combinación de huevos, queso y choclo era la debilidad de su nieta. Cada vez que venía de Rosario, la esperaba con su plato preferido. Ya pronto la tendría allí de vuelta y no sufriría más con esas crueles despedidas.

Después de la cena, Ela y Arami se retiraron a descansar; Rafael y Amparo prefirieron sentarse un rato en la galería ya que la lluvia había cesado.

—No habrá estrellas esta noche —dijo Amparo.

—Yo creo que sí asomarán. Sabes que aquí llueve y de pronto aparece la luna, gigante.

—Rafael… —interrumpió Amparo—. Necesito decirte que hoy me sentí orgullosa de ti.

—¿Por qué lo dices?

—Lautaro me habló del incendio que sufrimos hace muchos años en el secadero, ¿lo recuerdas?

—¿Cómo podría olvidarlo? Pero ¿tú sí?

—No, claro que no; sin embargo me contó lo que hiciste y eso me llenó de orgullo. Mi padre no estaba ese día y salvaste a muchas personas cargándolas una a una.

Kuarahy bajó su cabeza por pudor; iba a agradecer a su esposa el comentario cuando la voz de Arami los sorprendió:

—Papá… mamá.

La flamante médica salía de la casa con su camisón largo y su manta cubriéndole los hombros.

—¡Arami! ¿Qué sucede? —preguntó Rafael, con curiosidad.

—Siéntate, Arami —la invitó Amparo—, con tu padre estamos esperando que asomen las estrellas. Únete a nosotros.

—Hoy pasé una noche maravillosa; quiero que sepan que amo este lugar.

—Lo sabemos, Arami; este es tu lugar, parte de esto será tuyo algún día. Lo heredarás, además, cargado con mucho, mucho amor.

—No tengo dudas, papá. Cada vez que siento miedo o tristeza, solo pienso en Los Lapachos y de inmediato el corazón me da un vuelco; sin embargo…

—¡¿Qué ocurre?! —interrumpió sin dar tregua, Rafael.

—Déjala que hable, Kuarahy —pidió Amparo mirando a los ojos a su esposo.

Arami suspiró profundo, como si hubiese querido tomar fuerzas junto con el aire:

—Papá, mamá… me anoté como voluntaria.

—¡¿Voluntaria?! —dijeron ambos, al mismo tiempo.

—Sí.

Arami trataba de decirles lo que sentía pero no quería herirlos; sabía lo que eso significaría para ellos.

—¡Explícate mejor, Arami! —pidió tajante, Rafael.

—Papá, no hay mucho más por explicar. Me ofrecí como voluntaria para trabajar como médica en lugares donde lo necesitan, donde…

—¡¿Qué quieres decir, Arami?! —preguntó Rafael, con un tono que rompió el hechizo de las estrellas por salir—. ¿Vendrás al hospital de Posadas? ¡Supongo! —se adelantó Rafael, que estaba sorprendido por el planteo de Arami.

—No, papá. Mamá… pasada la Navidad, en dos semanas, me iré a San Justo, en la provincia de Santa Fe —largó, mientras sus padres quedaban boquiabiertos.

—¡Qué dices! A… ¡¿San Justo?! —preguntó Rafael, que bien había entendido pero que no podía asimilar—. ¡¿En Santa Fe?! Dinos, por favor, qué se te cruzó por la cabeza, hija. ¡Hazme el favor porque no puedo entender!

—Arami… —trató de interceder Amparo—. Sabemos de tu vocación, es evidente y estamos orgullosos de ti, pero ¿por qué tan lejos? Tienes un hospital aquí que seguro te necesita. Estarías más cerca de nosotros, de tus abuelos, de tu tierra, en fin… ¡de tu casa, de tu hogar!

—Mamá —la cortó Arami—, no se trata de estar más lejos o más cerca. Por favor, véanlo de esta manera; se trata de lo que yo siento, de lo que yo necesito hacer. Quiero estar en donde realmente haga falta. En San Justo faltan médicos, es una zona rural donde la gente ni siquiera se hace los controles mínimos porque está trabajando de sol a sombra cada día, como ustedes aquí, pero escasean los recursos. Yo quiero ir allá, sé que hago falta. Además…

—¿Además qué? —preguntó sobresaltado Rafael.

—Además es lo que realmente me hace feliz. No quiero estar mi vida entera atendiendo en un consultorio, papá. Quiero recorrer, ayudar. Estar… Eso quiero, estar en el lugar donde sé que haré falta. Hace mucho me di cuenta de que es esto lo que quiero y se lo quise decir pero no tuve el valor.

Amparo recordó cuando una de las Navidades pasadas su hija le había dicho que quería hablar con ellos pero luego, por una razón o por otra, no lo habían hecho. Ante semejante planteo, Amparo y Rafael permanecieron en silencio. Se quedaron como si de repente les hubieran quitado el aire de los pulmones.

—Amparo, niña.

—No soy una niña, papá. ¡El año entrante cumpliré veintiséis!

—Tienes razón; no eres una niña pero ¡sigues siendo mi hija! —recordó, con autoridad—. ¿Dónde te hospedarás? ¿Dónde trabajarás? ¿Cómo llegarás hasta ese lugar?

—Tranquilízate, papá. Está todo previsto; tengo cómo llegar, me iré en micro desde Posadas.

—¡¿Sabes que tienes casi novecientos kilómetros?!

—Lo sé, papá, pero me esperan y, sobre todo, me necesitan en el hospital de San Justo. Hay localidades cercanas a la ciudad que carecen de servicios sanitarios integrales y solo cuentan con salas de primeros auxilios; hacen falta voluntarios, médicos clínicos que

quieran ir hasta esas zonas rurales.

—¿Por qué tomaste esta decisión sola, Arami? —preguntó angustiado, Rafael.

—Papá, discúlpame, pero si te lo consultaba, ¿qué me hubieras dicho? Hace dos años, cuando vine para Navidad, descubrí que era esto lo que quería hacer. Ya en aquel momento tuve la intención de contarles, aunque no sabía cuál sería mi destino, pero sentía que debía ayudar en otro lado, donde hiciera falta. Quise hablarlo con ustedes pero no tuve el valor. No quería hacerles daño; no quiero que sufran.

Kuarahy levantó su mirada y la observó:

—Arami, ¿por qué nos haces esto? ¡Te hemos esperado años! Aceptamos que quisieras estudiar lejos y en un lugar que nos tuvo consternados todo el tiempo con tu madre y ahora nos dices que quieres irte aún más lejos. Este es tu hogar, ¿acaso no eras feliz cada vez que regresabas?

—Papá, por favor, te pido que me perdones pero necesito que entiendas, que entiendan —se corrigió mirando a su madre—. Siento que debo ir donde hago falta. Hace un par de semanas, al caminar por un pasillo de la Facultad, pasé delante de una cartelera informativa y justo se desprendió un papel; tuve la intención de dejarlo allí tirado pero me volví para ponerlo otra vez en su lugar y entonces leí lo que se solicitaba. Ya casi vencía el plazo para presentarse y… no lo dudé. Yo sé que ustedes anhelan que yo vuelva a Misiones, lo sé, pero…

Arami no pudo continuar, le ganó el llanto. Al verla, Kuarahy reaccionó:

—No llores. No puedo escuchar tu llanto, hija; me parte el corazón.

—Perdónenme —repitió Arami.

—No pidas más perdón —dijo Rafael—. En todo caso, perdónanos a tu madre y a mí, sobre todo a mí, por no entender tu decisión.

—Papá —dijo Arami entre sollozos—, no necesito que la entiendas, sino que la aceptes, por mi felicidad.

—Irás, si es lo quieres y lo que sientes —dijo ceñudo, Rafael.

—Papá —repitió Arami cuando vio que Kuarahy se levantó para entrar en la casa.

—¡Déjalo, Arami! —la detuvo Amparo, tomándole un brazo—. Necesita estar solo. Te ama demasiado.

Tenía sus mejillas húmedas; no podía disimular que había sufrido una estocada, casi de muerte. Pensaba en su madre, en cómo le diría que en pocos días volverían a perder a Arami ¡y vaya uno a saber por cuánto tiempo! «Quisiera entender qué nos quiere decir el destino con todas sus jugadas», pensó.

—Madre, dame tu bendición —pidió Arami mientras se acurrucaba como una niña en el regazo de Amparo.

—La tienes, y tienes la de toda tu familia, Arami. Mañana hablaremos con la abuela y estoy segura de que ella lo entenderá y aceptará también.

—Pero papá…

—Tu padre te ama más que a su propia vida y vete a dormir con ese pensamiento. Mañana será otro día… solo respóndeme algo.

—Sí, mamá.

—No amas a Iván, ¿verdad?

—No. Lo quiero con todo mi corazón, pero no lo suficiente como para mirarlo y sentir admiración por él.

Amparo se quedó sin respuesta; tenía delante de ella una mujer a la que, sin dudas, debía dejar partir.

TERCERA PARTE

1

Ciudad de San Justo, provincia de Santa Fe
Últimos días de diciembre de 1972
Hospital de San Justo

—Bienvenida, señorita…

—Acuña.

—Usted es...

—Soy médica; vengo a través de la Facultad de Ciencias Médicas de Rosario, aunque soy misionera.

—¡Se nota en su acento! Tome asiento, por favor —le pidió una mujer regordeta de aspecto bonachón ofreciéndole unas simples butacas de hierro que estaban en la austera sala—. La estábamos esperando —afirmó.

Arami dedujo que era una enfermera y, al parecer, con mucha experiencia.

—Perdón, no me presenté. Mi nombre es Ludovica; soy jefa de Enfermería. Nos llamó la atención su caso, ¿por qué nos eligió? Por lo general los médicos recién recibidos se vuelven a sus pagos —dijo con simpleza la mujer.

—Sí, lo sé, Ludovica, pero cuando vi ese anuncio sentí que este era mi destino.

—Lo dices muy segura, jovencita. Eres una mujer con coraje. Tendrás que cuidarte mucho. ¿En tu casa, qué opinaron? —preguntó Ludovica, quien ya empezaba a caerle bien a Arami; tenía ese aspecto de mujer madraza y protectora a pesar de su rudeza al hablar.

—No fue fácil para mis padres, aunque ellos siempre me dejaron cumplir mis sueños; me permitieron estudiar en Rosario, lo cual significó atravesar tensas situaciones pero luego, cuando les dije

que me había propuesto para este voluntariado, temí por un momento que la noticia, y sobre todo mi decisión, les hiciera demasiado daño. ¡Ellos jamás se lo esperaron!

—¿Tienes hermanos?

—No.

—Entiendo…

—Mis padres son yerbateros, como lo fueron mis abuelos también…

—Voy entendiendo —repitió la enfermera—. Y tú debías ser yerbatera o, al menos, eso esperaban de ti… ¿o me equivoco? —dijo, con astucia.

—Lo soy, Ludovica, lo soy, pero curar y ayudar a otros para mí está primero y eso fue lo que les dije a mis padres.

—Eres fuerte; se nota, aunque un poco flacucha —agregó y esto hizo reír a Arami al recordar los potajes que le hacía su abuela por su delgadez—. Aquí hay que sobrevivir. Tenemos la mitad de todo lo que se te ocurra; hay que dar soluciones y atender a gente que no tiene medios para llegar a nosotros como tampoco tienen, en algunos casos, educación para entender que hay que cuidar la salud, que es lo más preciado que tenemos, ¿me entiendes, hija? A veces el desamparo hace más tozudas a las personas pero hay que comprender que, en muchas ocasiones, es su escudo de protección.

Arami la escuchaba y trataba de asimilar todo lo que esa mujer le decía. Ya estaba entendiendo que no sería fácil pero, a pesar de todo, estaba feliz.

—En un rato te recibirá el doctor; ten paciencia. Él será quien te guíe en este camino, jovencita, y a quien tendrás que hacer caso.

Ambas rieron.

—Es de tus pagos —agregó la mujer.

—¡¿De mis pagos?!

—Bueno, de por ahí cerca. Es correntino, creo, el doctor.

Arami acomodó un poco su vestido y aguardó con ansia que abriera la puerta.

—Deja de mirar esa puerta; el doctor se fue a atender una urgencia a la zona rural.

—Está bien, pero él… ¿él no es el director?

—¡Sí, lo es! Pero aquí no hay cargos que valgan cuando hay que salvar vidas. No tenemos el personal que quisiéramos, no nos eligen como destino, no damos abasto; por eso mismo viste ese anuncio en tu Facultad. ¡Si no fuera por este doctor!

—Entiendo —solo pudo decir Arami.

Quiso buscar en su bolso un pañuelo para enjugar la transpiración de su frente.

—También tendrás que acostumbrarte al calor.

—Estoy acostumbrada. ¡Mi tierra es un infierno en esta época!

—Se nos viene un verano sin precedentes —agregó la enfermera —. Esta fue siempre una zona calurosa pero desde hace unos días, de verdad, no se soporta.

Arami buscó también un espejo para retocar su cabello pero el ruido repentino de la puerta vaivén la asustó y una voz grave y determinada la sorprendió:

—¡Ludovica! ¡Pasamos a cirugía! Está malherido; se cortó varios dedos con el disco de una sembradora y perdió mucha sangre. Ocúpate del personal, por favor.

Arami alzó su mirada y por un momento sintió que un torbellino de ímpetu y decisión arrasaba el lugar. Notó que Ludovica ya había desaparecido de la sala. Tuvo la sensación de que sobraba y al mismo tiempo de que hacía falta pero no podía hacer nada, no conocía más que a esa enfermera con quien había entablado conversación. Aguardó, sentada, sin tener noción del tiempo. Tampoco sabía a dónde ir, aún no le habían asignado el alojamiento en donde se hospedaría durante su estadía en San Justo. Moría de ganas de traspasar esa puerta del quirófano en donde ese doctor, que había entrado como loco, permanecía encerrado. Una enfermera salió e indicó a alguien, por teléfono, que por favor pidiera dadores de sangre.

Arami no pudo contenerse al escuchar parte de la conversación:

—¿Perdone usted, qué sangre necesitan? —le preguntó antes de que la mujer ingrese, otra vez, en el quirófano.

—Una de las más complicadas, muchacha; A negativo.

—¡Pues es mi sangre! —exclamó Arami dando un respingo—. Por favor, déjeme ayudar, ¡es mi sangre! Reúno las condiciones; dígaselo al doctor. Si de verdad está grave, no hay tiempo que perder.

La enfermera la miró y entendió que realmente esa jovencita quería ayudar.

—Está bien, venga conmigo.

Al cabo de unas horas, la situación se había normalizado. El herido había salido de peligro. Arami estaba en un sillón, en una sala contigua.

—Arami —dijo Ludovica—, es importante que tome mucha agua y no haga esfuerzos hoy, así se recupera más rápido.

—Lo sé, soy médica.

—¡Tiene razón! Usted será un buen componente del equipo —dijo la mujer— aunque aquí, como ya le dije, tendrá que ser fuerte. Así que si extraña su casa, su familia, su yerba mate… deberá pegar la vuelta cuanto antes. A eso se lo dirá también el doctor. ¡Esta tierra no es para débiles!

—Gracias, Ludovica.

Arami ya presentía que tenía una amiga en aquella mujer que se escondía detrás de una hosquedad aparente.

—Descanse un poco. Ya viene el doctor a verla y, con seguridad, también querrá darle las gracias. ¡Usted estaba en el momento justo con su sangre!

—¡Ludovica! —la llamó Arami cuando vio que la enfermera se dirigía a la puerta para dejar la sala—. Dime cómo se llama él. ¡No sé su nombre!

—Deberá aprenderlo entonces, él es el director del hospital. Se llama Gabriel Vasylenko; en realidad, tiene un nombre más raro pero nos dijo que lo llamemos Gabriel.

—Gracias, Ludovica.

La enfermera se volvió otra vez hacia Arami, antes de salir:

—No espere a una persona muy simpática ni conversadora. El doctor es un poco parco pero es un alma del señor.

—Gracias pero, de verdad, no me importa eso sino que sea

educado, por lo menos…

Esto causó gracia a la enfermera.

—¡El doctor Vasylenko es un caballero! Además yo estoy convencida de que su parquedad es aparente, lo sé. Es muy buena persona, ya lo conocerá. Sufrió mucho cuando…

El ruido de la puerta interrumpió la conversación de las mujeres:

—¿Se encuentra usted bien, señorita…?

—Arami, doctor. Arami Acuña.

—Ella es la voluntaria, doctor Gabriel; llegó hoy temprano —dijo Ludovica.

—¡¿Usted es la médica que esperábamos?! —preguntó con asombro Vasylenko.

—Sí, doctor.

—Tuvo la mejor bienvenida, entonces, ¡donando su sangre! Muchas gracias y discúlpeme pero con la urgencia que tuvimos ni siquiera pregunté quién era. La espero mañana a primera hora para empezar a trabajar. Hay mucho que hacer y recorrer aquí. Cualquier duda recurra a Ludovica; ella le indicará todo. Me refiero a si necesita saber algo sobre la ciudad, ella sabrá orientarla mejor que yo. Perdóneme, hay pacientes que me están esperando; luego hablamos.

Arami quedó desconcertada; pensó que él le daría una mejor recepción, que la felicitaría por su decisión de ser voluntaria y de acompañarlos, pero nada fue como lo esperaba. Lo percibió una persona que representaba más edad de la que, probablemente, tuviera. Quizá tanto trabajo, y en condiciones difíciles, lo había vencido un poco.

—Cuando usted se sienta repuesta, Arami, le indicaré cómo llegar al hospedaje donde se alojará.

—Gracias, Ludovica. Tenías razón —reconoció Arami—, quizá esperé otro recibimiento de parte del doctor pero después de todo, es mi trabajo, no tiene que actuar de otra manera.

—Doctora… él es una buena persona, créame, pero a veces la vida nos endurece. Nada más que eso.

—Me da la impresión de que es más joven de lo que aparenta —

confesó Arami, mostrándole a la enfermera que ya confiaba en ella e intuyendo que serían buenas amigas.

—Tiene algo más de cincuenta el doctor, tampoco es tan jovencito…

—¡Como mi padre!

Ludovica se rio.

—¡Además, no sabes lo bien parecido que es! Yo heredé el color azul de sus ojos. Él es descendiente de guaraníes pero su abuela materna era descendiente de polacos y fue de ella de quien heredó ese color.

—El doctor Vasylenko no se queda atrás —dijo Ludovica—. ¿Vio los ojos verdes tan extraños que tiene?

—Sí, los vi, y también parecen mezclados con dorado. Sin duda es de por aquellos lados como me dijiste; por su apellido deduzco que quizá descienda de ucranianos. Y, aunque tiene algunas canas, su cabello es bastante claro.

—Es muy observadora, doctora —dijo, de soslayo, Ludovica, ocultando lo que hubiera querido decir pero no se atrevió.

—¿No me dijiste que era de mis pagos o de aquellos lados?

—Sí, pero le aconsejo que no le hable del tema.

El semblante de Ludovica había cambiado, no tenía el humor de unos minutos antes.

—También me estabas diciendo que el doctor había sufrido mucho cuando justo entró en la sala.

—Otro día hablaremos de eso. Ahora, mejor póngase bien y luego se hospeda; mañana tendrá un día pesado. ¡Aquí no hay descanso, ya lo verá! —le advirtió Ludovica. Esa jovencita le había caído bien, era un torbellino de alegría, se notaba. Quizá eso hacía falta; quizá eso le hiciera falta a su doctor Gabriel, a quien quería y admiraba.

2

La mañana, ya se vislumbraba, sería calurosa. Arami recorrió el largo ingreso del hospital con gran entusiasmo para emprender su primer día de trabajo en San Justo a pesar de que, por momentos, la nostalgia por su tierra la embargaba; sobre todo, por el hecho de no poder estar, por primera vez en tantos años, para recibir el año nuevo con su familia. Trató de tener buenos pensamientos, como le decía siempre su abuela Ela, porque eso la ayudaría en momentos difíciles. Los amaba y, aunque los extrañaba con locura, estaba feliz. Apenas había llegado ya había donado sangre; eso era lo que quería: ayudar, y así tal cual se lo había manifestado a su padre, ella quería estar en donde la necesitasen y él había aceptado. Por eso los amaba, porque a pesar de todo, Amparo y Rafael siempre la acompañaban y le brindaban un amor inmenso.

«Papá, cuando regrese a Apóstoles en un par de meses, te contaré que estoy feliz y te agradeceré que, aunque te dolió un poco mi decisión, me permitiste venir. Les diré también a mamá y a la abuela que las amo con el alma», pensó mientras abría la puerta del hospital.

—¡Buenos días! Hoy tiene mejor cara. ¿Pudo descansar? —preguntó Ludovica.

—Sí, aunque me dormí muy tarde; ayer fueron muchas emociones juntas. Estoy feliz de estar aquí, Ludovica.

—¡Se le nota, doctora! Usted es de esas personas que irradia alegría sin proponérselo.

—Gracias, pero tengo mis bemoles también —confesó Arami—. Sé que extrañaré a mi familia más de la cuenta. Son fechas especiales. Por primera vez no compartiré las fiestas con ellos y…

—¡Vamos! ¡Vamos! No se me ponga así; además los tiene siempre con usted cada vez que toma un mate, ¿o me equivoco?

Arami se rio, ella tenía razón:

—¡Es así, Ludovica!

—Buenos días a ambas —dijo Vasylenko.

—Buenos días, doctor —respondieron a la vez.

—Debemos ir a la zona rural, doctora.

Arami notó que ni siquiera recordaba su nombre.

—Como usted diga.

—Ludovica, prepara lo de siempre para que me lleve; con estos calores, seguro encuentro a alguien con algún golpe de calor. ¡Están expuestos al sol por horas! Iremos hasta Cayastacito hoy; es probable que nos esperen pacientes en la salita y si no, recorreremos un poco. Conozco a algunos que les cuesta dejar sus casas solitarias en medio del campo… ¡Ay, Dios! —exclamó Vasylenko, con resignación.

Arami lo escuchaba con atención y Ludovica miraba cómo la joven médica lo observaba con admiración.

—Entonces hoy no regresará temprano, doctor

—No lo sé, no creo Ludovica, pero que los otros médicos atiendan; ellos ya saben que cuando no estoy deben cubrirme.

Llevo a la doctora así va conociendo y aprendiendo.

Arami escuchaba; sería todo un desafío compartir la jornada con ese hombre de escasas palabras pero, a pesar de todo, no podía negar que la vocación que él tenía era evidente y ella se sintió identificada. Salieron por la parte trasera del hospital para buscar una vieja camioneta con la que el doctor Vasylenko recorría la zona rural. Había cincuenta kilómetros hasta Cayastacito. Arami pensaba sobre qué conversarían con ese hombre tan parco, pero dejó que las cosas sucedieran por sí solas. Haría silencio hasta que él arrojara la primera palabra; sin embargo, su promesa duró poco al pasar, después de hacer apenas una cuadra, por un bosque de eucaliptus.

—¡Gabriel! ¡Mire esos árboles! ¡Son un regalo de la naturaleza!

Vasylenko la miró sorprendido, más allá del susto que le había causado la súbita exclamación de Arami. No podía creer que esa jovencita se asombrara tanto por simples eucaliptus y además, que lo hubiera llamado por su nombre con tanta naturalidad.

—¡¿Los árboles?! Ese es un bosque de eucaliptus que tenemos en

San Justo. Lo toman como esparcimiento.

—¿Cómo *lo toman*? —dijo Arami—. ¿Usted no viene doctor? ¿No viene con su familia? —largó, sin pensar—. Por lo poco que vi hasta ahora, aquí no hay mucho verde. ¡Es hermoso! Vendré a conocerlo.

—Yo no tengo familia, doctora, y de verdad le digo; tampoco he venido. Son muy lindos, sí, pero no deja de ser un simple montón de eucaliptus. Sinceramente me sorprende que le agrade de esa forma, diría yo, «exagerada».

Arami quedó en silencio. «¿No tiene familia? ¿Nunca vino a este bosque?», pensó, pero de inmediato volvió en sí y dijo lo que sentía, como siempre lo hacía:

—Está bien, Gabriel; para usted es un montón de árboles… para mí, es el único rincón de este lugar tan desolado que me trasportó por unos minutos a mi tierra colorada, tan llena verde en todas sus tonalidades, y a mi casa, Los Lapachos, donde los árboles nos abrazan cuando salimos a tomar mate a la galería con yerba cosechada por mi familia.

Vasylenko quedó extasiado por unos minutos; no podía creer lo que acababa de escuchar y tampoco lo que estaba viendo: los ojos azules de esa muchacha de veintipico años brillaban de la emoción; sensación que él desconocía. Salió de ese momento de trance, no se lo podía permitir, y trató de continuar:

—Discúlpeme; no quise ofenderla doctora, son diferentes puntos de vista. De todas maneras, cuando se haga de amigos vendrá con ellos; todos vienen. Hay médicos jóvenes como usted en el hospital que comparten muchos momentos, ya se integrará.

«Pero estoy trabajando con usted, no con ellos», pensó Arami.

—A Ludovica también le gusta ir con su esposo y sus nietos. Sé que toman mate en las tardes, cuando pueden, buscando algo de fresco, en el verano sobre todo —agregó Vasylenko.

—¿Con quién pasará las fiestas, Gabriel? Mañana es víspera de año nuevo.

—Suelo no festejar, doctora. La mayoría de las veces me quedo en el hospital, en la guardia. Me quedo yo así los otros pueden salir.

«¿Por qué me dice Gabriel y no doctor? Su apellido… Acuña…

me revolotea en la cabeza pero no sé la razón», pensaba Vasylenko mientras conducía.

—Desconozco cuál es el motivo y tampoco quiero saberlo, pero usted se queda porque quiere, Gabriel; tiene el mismo derecho que los demás a pasar con quien decida esa noche tan especial.

Esa muchachita estaba llegando lejos. Lo descubría demasiado rápido y a él no le interesaba que lo hiciera, así que decidió poner fin a esa incómoda conversación.

—Prepárese doctora, estamos llegando a Cayastacito.

Arami entendió que él no iba a soltar más de la cuenta y, después de todo, tampoco correspondía; ella era solo una médica voluntaria con poca experiencia y él un médico de cincuenta y tantos, no más de cincuenta y dos, cincuenta y tres años según sus cálculos, con mucha trayectoria y director del hospital de San Justo. Se dispuso, entonces, a aprender y a ayudar en todo lo que pudiera en esa salida.

—¿Conoce Cayastacito? —preguntó Vasylenko, cambiando el rumbo de la conversación.

—No.

—Es un poblado muy pequeño, solo hay algunos cientos de habitantes pero hay que atenderlos, hay que venir. Ellos andan por los campos y suelen postergar. Hay carencias, doctora, pero para muchos, para los que están más arriba, es mejor hacer oídos sordos.

—Su vocación le brota por los poros, Gabriel. —Arami no pudo contenerse y largó lo que pensaba, otra vez.

Entraron en la pequeña comuna y pasaron toda la jornada en la salita precaria y poco iluminada, atendiendo a niños y a trabajadores rurales que pedían algo de alivio para sus malestares.

Regresaron a la tardecita e ingresaron en el hospital; Vasylenko debía dejar algunas instrucciones para el día siguiente. Ludovica los aguardaba para informar al doctor sobre los trajines del día y para preguntarle a su nueva amiga cómo había sido convivir muchas horas con él. Todos renegaban cuando les tocaba acompañarlo; no podían lidiar con su mal genio pero, a pesar de todo, era un continuo aprendizaje trabajar con el director.

«Pobre mi doctor. Si supieran… lo comprenderían», pensó la enfermera. Ludovica notó que Arami estaba exhausta pero se la veía plena, a pesar del calor agobiante que había pasado y del trabajo incesante.

—Se la ve muy bien, doctora. ¿Le gustó la experiencia?

—¡Por supuesto! Jamás pensé que podía llegar hasta esos lugares —exclamó la misionera.

—Lo que no le gusta a la doctora es atender niños enfermos —soltó Vasylenko.

Arami sintió que le lanzaban un balde de agua fría desde el techo.

—¡Doctor! ¿Por qué dice eso?

—La observé; sufre demasiado cuando ve niños dolientes.

Ludovica también se sorprendió. Esa jovencita había llamado la atención del doctor más de la cuenta pero no hizo comentario alguno y en cambio optó por otro tema de conversación:

—Mañana por la noche, Arami, casi todo el pueblo se junta en el Club Tiro Federal. Se hace el baile de bienvenida al año nuevo, también hay otros, los de la Fiesta del Trigo y los del Carnaval; son todos muy divertidos pero el del Tiro Federal es especial: van las familias, los jóvenes… ¡y hasta los médicos del hospital! —dijo muy entusiasmada, Ludovica.

—No todos, yo me quedo aquí —afirmó Vasylenko mientras buscaba su maletín para salir del lugar.

—¡Vamos, doctor, una vez al menos acompáñenos! Le hará bien; además podríamos aprovechar, ya que iremos todos los que no estamos de guardia, y tomarlo como una bienvenida a la doctora Arami. Es una noche especial y ella estará lejos de su familia.

—Fue la doctora Arami quien eligió estar lejos de su familia en esa noche tan especial —repitió, con ironía, Vasylenko.

Arami miró a la enfermera y no hicieron falta más comentarios al respecto.

—¿Salimos juntas, Ludovica? —propuso la médica, incólume.

—Sí, doctora, y descanse; repóngase. Mañana será una noche larga y, sobre todo, ¡muy divertida!

Las dos mujeres salieron del hospital. Vasylenko se quedó unos minutos revisando documentos pero no resistió la tentación de observar a través de la pequeña ventana cómo ambas se alejaban tomadas del brazo, dejando atrás un intenso primer día de trabajo para esa jovencita. Se detuvo en esa trenza larga y pesada color azabache que caía sobre la espalda de Arami como una serpiente. Con rapidez salió de esos minutos extraños y ajenos a él para continuar con lo que estaba haciendo.

La noche de fin del año

Arami se miró delante del espejo. A pocos días de su arribo a San Justo, ya se notaba en su rostro un cansancio marcado pero estaba feliz; no estaba arrepentida. A pesar de la parquedad y de la ironía con la que a veces se dirigía a ella Vasylenko, sabía que aprendería mucho con él; percibía que lo envolvía una cáscara, pero de esas que si se rompen se hacen trizas como si fueran de cristal.

«Bah, quédate solo, doctor», pensó mientras dejaba deslizar sobre su cuerpo un hermoso vestido de color rosa viejo y de género liviano que dejaba sus hombros al descubierto. «Tú te pierdes la fiesta». Tomó un chal que su abuela le había tejido para que se llevara con ella. Al tenerlo en sus manos, sintió una nostalgia profunda por su familia, por su tierra, pero ellos sabían que estaba haciendo lo que la hacía feliz y ese era el consuelo para todos. «Ya los veré en poco tiempo y les diré que los amo con todo mi corazón», se dijo mientras volvía a dejar el chal sobre su cama. Hacía demasiado calor esa noche, así que tal vez no fuera necesario. Escuchó la bocina del taxi que la aguardaba afuera. Ludovica la esperaba en el club con toda su familia. La había invitado a compartir su mesa. A pesar de que se conocían desde hacía muy pocos días, esa mujer le había demostrado un inmenso afecto y no la hacía sentir tan sola. También irían sus otros compañeros, algunos con sus familias, otros solos, pero todos dispuestos a festejar excepto…

«Basta, que haga lo que le venga en gana», pensó con

determinación refiriéndose a Vasylenko.

Se conducía hacia el club cuando, al pasar frente al hospital, divisó una luz casi mortecina en la pequeña ventana del consultorio del director:

—¡Deténgase, por favor! —se sorprendió a ella misma pidiéndole al chofer—. Debo bajar unos minutos.

—¿Se siente usted bien, señorita?

—Estoy perfecta, no se preocupe. Aguárdeme.

El hombre no comprendía la situación. Creyó, apenas escuchó el pedido de Arami, que la joven no se sentía bien pero la vio tan determinada que esto lo confundió; sin embargo, se dispuso a esperarla tal como ella se lo había pedido.

Arami ingresó en el hospital y saludó deseando, al mismo tiempo, un feliz año nuevo a quienes estaban de guardia.

—¡Muchas gracias, doctora Arami! ¡Está usted muy bella! —escuchó que alguien le dijo a su paso.

—¿Necesita algo, doctora? —preguntó otra enfermera.

—María, ¿sabes si el doctor está en su consultorio? Olvidé algo importante esta tarde cuando volvimos de Cayastacito.

Ella sabía que allí estaba pero no quería ser tan evidente.

—Sí, doctora. ¡¿Dónde va estar ese hombre sino, en la noche de año nuevo?!

Arami golpeó la puerta y, cuando escuchó la orden de poder ingresar, la abrió con tanto ímpetu que sorprendió, casi al borde del susto, a Vasylenko.

—¡Doctora! ¿Qué hace aquí? ¿No debería estar en el club? —le preguntó con asombro aunque lo que realmente hubiera querido decirle era que estaba muy bella con ese vestido y más aún con el cabello suelto derramado sobre su espalda.

—Sí, allá voy.

Tomó aire. Vasylenko la observaba con indiferencia.

—¿No irá usted a la fiesta, Gabriel? —largó sin rodeos.

—Señorita Arami, le agradezco, pero ya les dije hoy que no.

—Hay un taxi afuera, doctor. Venga y diviértase un poco con nosotros.

—¿Qué le hace pensar que necesito divertirme, doctora?

—Lo que usted no cuenta, Gabriel.

Esto dejó paralizado a Vasylenko. ¿¡Quién era esa muchachita que se atrevía a decirle semejante cosa!? Quería pedirle que se retirara pero no le salían las palabras.

—Escúcheme, doctor: si le sirve de algo, mi padre siempre dice que lo que nos guardamos a nuestro pesar, se nos vuelve veneno. Cuando él se enamoró de mi madre, jamás se atrevió a decirle que la amaba hasta que casi la pierde, doctor. Usted no los conoce, y quizá esto que le digo ni siquiera le importe pero créame que le estoy diciendo la verdad. Ellos me enseñaron que haga caso a mis sentimientos, a pesar de lo que cueste.

Vasylenko quería pedirle que se retirara porque se sentía frágil y con la guardia baja, pero no podía.

—Cuando sentí que debía irme de mi casa —continuó Arami—, de mi hermoso y amado lugar, no sabía cómo decírselo a mis padres pero lo hice, siguiendo sus propios consejos y ejemplo. Y acá estoy, haciendo lo que me hace feliz.

—Quizá, doctora —dijo al fin Vasylenko—, usted tiene motivos para actuar de ese modo, para reírse todo el tiempo como lo hace, para…

—Gabriel —lo interrumpió Arami—, usted no conoce a mi familia. No tiene idea por todo lo que ha pasado. Si usted hubiera conocido a mi abuelo Pedro, a quien yo tampoco pude conocer, quizá entendería por qué siempre pongo alegría sobre tristeza…

Vasylenko comenzó a sentir hasta algo de vergüenza. Esa mujercita a la que prácticamente doblaba en edad, le estaba dando una lección que lo dejaba sin palabras.

—Vaya a la fiesta, Arami. Usted es joven y muy trabajadora; no debe perder esta ocasión de divertirse, no hay muchas por aquí. Yo estoy bien; le agradezco su preocupación, de verdad le digo.

«Me llamó por mi nombre», pensó Arami.

—Lo esperamos, Gabriel. Lo esperamos todos porque lo aprecian y yo, lo apreciaré con el tiempo, al igual que ellos.

Este comentario llamó la atención del médico pero lo dejó pasar.

—Usted es nuestro director y tiene derecho a divertirse igual que nosotros, debe desear a su equipo un hermoso año y, sobre todo, dejar que la gente le brinde afecto, Gabriel…

—Hasta mañana, Arami —cortó el médico al sentirse, otra vez, descubierto.

—Hasta mañana —respondió ella pero antes de cerrar la puerta se volvió a mirarlo—: Recuerde, Gabriel, que lo que nos guardamos a nuestro pesar, se nos vuelve veneno.

Él la miró desde su escritorio. Arami sintió que un par de flechas verdes con destellos dorados la atravesaban y se dio cuenta de que podía desestabilizarse. Era necesario dejar ese lugar.

Los acordes de la orquesta daban mucha alegría a la noche. Las mesas estaban vestidas con mucho color y las luces que colgaban atravesando el salón de un lado a otro, inundaban de un brillo especial el ambiente.

Arami, Ludovica y su familia, y el resto de los médicos que habían ido a compartir ese momento, levantaron juntos sus copas para brindar por un año bueno. Los nietos pequeños de Ludovica correteaban alrededor de Arami ya que los había hecho jugar desde que los había visto.

—¡Por la salud de todos! —dijo Ludovica, haciendo honor a su trabajo.

Los demás médicos la acompañaron con un fuerte «¡salud!». Levantaron sus copas al unísono hacia arriba y cuando Arami bajó su mirada, vio delante de ella los ojos verdes de Vasylenko que la miraban con fiereza. Su conmoción interna la sobresaltó por unos segundos.

—¡Doctor! —dijeron varios a la vez—. ¡Qué alegría nos da que haya venido!

—¡Brinde con nosotros! —le pidió Ludovica, mientras le alcanzaba una copa.

Arami observó que no tenía su delantal puesto y llevaba una camisa blanca de tela liviana. Si bien su cabello era entrecano, se notaba que era de un rubio oscuro. Su piel cobriza le recordaba el color de la de su padre. Ludovica le había contado que era

correntino, quizá tuviera en su familia alguna influencia guaraní, pero él ni siquiera había tocado ese tema como punto de conversación entre ambos; quizá no le interesaba, y a ella no le había parecido prudente seguir indagando.

—¡Les deseo un hermoso año a todos! —dijo con solemnidad el director del hospital, haciendo lo que Arami le había pedido momentos antes para con su equipo de trabajo y sin quitarle la mirada de encima. Ella sintió sus mejillas efervescentes pero trató de disimular.

—Es una fiesta muy divertida, doctor, ¡aunque no tanto como la que hacemos en Los Lapachos!

Todos rieron ante los dichos de la misionera y luego se dispersaron para tratar de llegar al espacio destinado para bailar. Arami se sentó junto a Ludovica con rapidez, como si buscara refugio. Tuvo la ilusión, por unos segundos, de que Vasylenko la invitara a bailar.

«Qué estúpida, pensar semejante cosa», se dijo cuando vio que él se había sentado en la misma mesa invitado por el esposo de Ludovica y se disponía a conversar con este como si Arami ni existiese. En ese momento sintió una mano en su hombro; era José, uno de los médicos que había ingresado un par de años antes que ella en el hospital.

—¡Vamos Arami, vamos a divertirnos un poco!

Al principio dudó pero, después de todo, nada la retenía allí. Se levantó y se fueron juntos. Bailaron tanto que Arami dejó de observar al doctor Gabriel, que se mantenía indiferente. Decidió no mirar más hacia ese lado aunque, admitía, le costaba y esto, debía reconocerlo, la inquietaba bastante. Era la primera vez que le pasaba eso con un hombre.

—¿Es extraño que haya venido el doctor Vasylenko, José? Digo esto por la expresión de todos al verlo llegar —preguntó, como al pasar.

—¡Jamás viene, Arami! Es una persona demasiado introvertida pero lo admiramos muchísimo; no está detrás de su escritorio dando órdenes. Y si lo hace, es para agilizar las cosas. Luego, es él quien

sale primero a atender a la gente. De verdad, creo que lleva su vocación hasta en las venas; aprenderás mucho con él. ¡Ya lo conocerás! —le advirtió José—, aunque mucho más, no lo creo.

Sin darse cuenta, las horas pasaron volando para Arami en medio de brindis, rondas, compañerismo y alegría, esperanzados todos en un mejor año, en que las cosas cambiasen para los médicos del hospital, que recibieran un poco más de ayuda para paliar tanta penuria en las zonas cercanas y asistir así mejor a los más necesitados. Cuando se volvió para mirar la mesa en la que estaba Vasylenko ya no lo vio y esto, aunque intentó negarlo, le molestó sobremanera pero pensó en que se había divertido y había conocido un poco más a sus compañeros. Eran buena gente.

3

Los días que siguieron a la noche de fin de año fueron bastante ajetreados. Vasylenko recorría incansable la zona rural y las localidades vecinas. Arami lo acompañaba; ella era la voluntaria y por eso debía hacerlo. Ludovica observaba cómo trabajaban juntos; parecía que llevaban años haciéndolo. Veía cómo el doctor también le consultaba a Arami algunas cuestiones, algo que jamás había hecho con los otros médicos, al menos con los más jóvenes. Ella amaba lo que hacía y todo lo coronaba con su hermosa sonrisa.

«Tarde o temprano, lo hará reír a mi doctor», pensó Ludovica.

Al anochecer, Arami se preparaba para retirarse del hospital. Estaba muy cansada, eran evidentes en su rostro las ojeras aunque, más que el cansancio, la había vencido la tristeza al visitar a los Benavídez. El padre y su pequeño hijo de no más de ocho años vivían solos en una pequeña y precaria casita en medio del campo. Faustino Benavídez era el puestero en La Guadalupe, una estancia vecina a San Justo. Hacía poco tiempo que había comenzado a trabajar allí. La madre del pequeño había muerto por falta de salud y de atención, después del alumbramiento. El hombre se había esforzado a más no poder para mantener lo poco que tenían y para cuidar al pequeño Eliseo que ya, a tan corta edad, ayudaba a su padre en los quehaceres cotidianos. Faustino lo llevaba a la escuela a caballo, muy temprano, excepto los días de lluvia en los que no podían salir por el barrial y el estado de los caminos. Hacía un par de meses que Vasylenko no los veía en la salita del poblado para algún control así que ese día, junto con Arami, decidió ir hasta la humilde casa de los Benavidez. Padre e hijo los recibieron con tanta alegría que Arami se emocionó casi hasta las lágrimas. Vasylenko la presentó y de inmediato, ella y Eliseo se conectaron hasta con sus miradas. Ese niño tenía mucha alegría y fortaleza a pesar de la condición en la que había vivido durante su corta vida. Ahora

estaban un poco mejor; las cosas cambiarían. Les ofrecieron algo de pan y mate cocido, que Arami aceptó gustosa porque tenía mucha sed. El calor era agobiante. Los médicos revisaron el estado de ambos; dentro de todo estaban bien, más allá de un fuerte resfrío que tenía el niño. Eliseo le pidió a Arami que lo acompañe porque quería mostrarle cuál era su guarida secreta, detrás de la casa, en donde se escondía de los soldados o de los indios, según el juego que eligiera. Ella lo escuchaba con fascinación; cómo podía ser que un niño en medio de la nada pudiera tener la ilusión de jugar de esa manera, aun habiendo perdido a su madre. ¡Cuánto aprendería de él! Sin dudas, había sido un día colmado de emociones.

—Arami, ¿se siente usted bien? —preguntó Vasylenko mientras observaba que ella se ponía una campera sobre sus hombros antes de salir del hospital—. No hace tanto frío, ¿no tendrá fiebre? Permítame…

Con su mano izquierda tocó la frente de Arami. Ella temió que se confundiera la fiebre con el arrebol que sintió de inmediato ante el contacto de ese hombre con su piel.

—No, no tiene fiebre.

—Es cansancio, doctor Gabriel. Solo eso.

—Permítame llevarla, Arami, por favor. Permítamelo.

Arami no pudo negarse; por un lado, ya no le quedaban fuerzas para caminar pero, por otro, se sintió rendida ante el gentil pedido del director.

—Está bien, acepto, doctor. Gracias…

—Tómese el día mañana —le sugirió mientras conducía—, está extenuada. Lleva un tiempo acostumbrarse a este trajín; demasiado rápido lo ha hecho usted pero debe cuidarse, no queremos perder a nuestra voluntaria.

«No quiero perder a mi voluntaria».

—No se preocupe, Gabriel, estoy bien; me acostaré enseguida y mañana estaré mejor. ¡Ya vio, no tengo ni fiebre!

—¿Entonces? ¿Qué la aqueja, doctora? Porque algo le sucede…

«¿Cómo lo sabe?», se preguntó Arami.

—Es… ese niño. Eliseo…

—¡Ah! ¡El niño Benavidez! ¡Debí suponerlo! Usted tiene una debilidad especial por los niños, la semana pasada la observé cuando fuimos a Cayastacito, ¿recuerda?

—¡Tiene una alegría que contagia!

«Como la suya», pensó Vasylenko.

—Sí, es cierto —asintió el médico—, y además tantas carencias: le falta su madre, le falta una vida más digna… ¡A veces no entiendo el destino que les toca a algunas personas!

Arami lo escuchaba con atención. Ese era, casi con certeza, el hombre al que todos admiraban en el hospital. Sabía que debajo de esa corteza existía una persona sensible que sufría con las injusticias. Llegaron hasta el hospedaje; el médico apagó el motor de la camioneta:

—Aguarde, Arami. Déjeme que le abra la puerta y la acompañe hasta el ingreso.

—No hace falta, Gabriel, ya demasiada gentileza tuvo al traerme hasta aquí.

—Por favor.

Arami comenzó a darse cuenta de que ya no podía sostenerle la mirada, los ojos de ese hombre brillaban hasta en la oscuridad pero trató de no demostrar nada, temía confundir admiración con amor.

«¡Qué locuras estoy pensando! ¡Por Dios!».

—Está bien, Gabriel. Gracias.

Pero en un segundo él extendió su brazo hacia el hombro de ella, gesto que la sobresaltó haciéndola dar un respingo hacia atrás.

—¡Arami! ¡No se asuste! Solo pretendo acomodar su campera que se le fue hacia atrás.

«¡Qué vergüenza! ¿Cómo salgo de esto?», se preguntó ella.

—Perdón, doctor, fue un gesto involuntario.

—No me tenga miedo, Arami. Soy un poco parco pero inofensivo.

Esto causó mucha gracia a la misionera y largó una risa que sonó a campanas para Vasylenko.

—¿Nunca se les terminan las carcajadas, doctora?

—No, tengo hasta para regalar, aun a personas como usted.

Vasylenko se quedó mirándola y esta vez sintió definitivamente que esa «jovencita», como la llamaba, se le había metido en su vida, en esa vida que no quería compartir con nadie. Ya era tarde, no podía luchar contra eso. ¿Cómo podía ser? Se había cruzado con muchas mujeres en su difícil camino, pero jamás alguien había causado en él ese sentimiento tan inexplicable. Tenía exactamente la mitad de años que él, pero era tan determinada, tan segura de sí misma, tan valiente y sensible, de sonrisa cantarina y… con los ojos más bellos que había visto en su vida.

—¿Qué mira, Gabriel? —largó Arami, sin pensar.

«Baje esa mirada, doctor, o le diré que creo que me enamoré de usted».

—¡Perdón! No quise incomodarla.

—¿Quiere decirme algo?

«Arami, quiero decirte que creo que estoy enamorado de ti».

—Sí, quiero decirle que se tome un té caliente con una aspirina y vaya a la cama a dormir.

Arami no pudo más que soltar, otra vez, una carcajada.

—¿De qué se ríe ahora, doctora?

—Fue gracioso, Gabriel, por un momento pensé… —se detuvo —. Nos vemos, doctor.

—Le dije que puede tomarse el día si no se siente bien.

—No, no lo haré.

—Entonces, mañana no viajará conmigo; pensaba pedirle que me acompañe al Hospital Iturraspe de Santa Fe para que conozca el trabajo que están realizando unos colegas pero prefiero que se quede en San Justo. Esta vez es una orden que no estoy dispuesto a negociar.

—Está bien, trato hecho —respondió Arami—. Así lo haré, me quedaré en el hospital.

Vasylenko se bajó, le abrió la puerta y la acompañó hasta el ingreso.

—Mañana no nos veremos sino hasta el atardecer —dijo el médico—. Me hubiera gustado regresar sobre el mediodía, porque pasará por San Justo un querido amigo con su familia. Él es

odontólogo y regresa desde Buenos Aires a Formosa. Me hubiera gustado acordar para verlos pero no quise porque, seguramente, no creo que pueda terminar temprano en el Iturraspe. ¡Ya lo veré la próxima!

—Está bien, doctor, ¿hay algo que quiera encargarme o decirme? Es probable que cuando yo llegue en la mañana, usted ya se haya ido —dijo Arami.

«Que creo que estoy enamorado de ti», repitió él en silencio.

—No, no se preocupe, Arami, ya le dejé los recados a Ludovica. Hasta mañana —dijo sin atreverse siquiera a darle un beso en la mejilla que Arami, debió admitir, se quedó esperando.

—Hasta mañana, doctor Gabriel. ¡Doctor! —lo llamó Arami cuando él ya estaba por arrancar la camioneta—. ¿Cómo es su verdadero nombre? Me dijo Ludovica que usted tiene un nombre raro y por eso quiere que lo llamen solo Gabriel.

—Veo que se han hecho muy buenas amigas en poco tiempo con Ludovica. ¿Qué más le dijo? —preguntó intrigado.

—Solo eso, doctor.

Arami se dio cuenta de que algo ocultaba por el modo de reaccionar y de que Ludovica sabía qué era. Quizá esa mujer le había brindado la confianza necesaria para que él le contara lo que, ya tenía la certeza, no le daba paz.

—Havryil. —A ella le sonó tan bello que se quedó mirándolo—. Es la forma ucraniana de Gabriel, Arami, y ese es mi verdadero nombre. Mi familia es descendiente de ucranianos.

—Es hermoso… —dijo Arami, sin poder ocultar la fascinación inexplicable que sintió al escucharlo.

—Es difícil de pronunciar, por eso prefiero que me llamen Gabriel.

—Yo lo supe, doctor, apenas escuché su apellido. Mi bisabuelo, Teodoro Vennik, vino de Ucrania y se enamoró de Apóstoles. Allí se quedó y formó su hermosa familia, ¡la mía! Le enseñó el idioma ucraniano a mi abuelo Pedro, este a mi madre y ella a mí.

—Mis padres viven en Corrientes, aún los tengo a los dos y son mi única familia.

«¿La única?», se preguntó Arami, pero trató de volver de inmediato a la conversación:

—Lo seguiré llamando Gabriel, pero no se sorprenda si alguna vez lo llamo Havryil.

Al escucharla, Vasylenko se quedó contemplándola desde su camioneta como si Arami, al pronunciar su nombre, le hubiera provocado un sueño hipnótico.

—¿Doctor? ¿Se siente bien? ¿Qué le sucede? —preguntó desde la puerta.

«Estoy enamorado de ti, eso me sucede y no quería que pase, no me lo puedo permitir».

—Nada, doctora, estoy muy cansado. Nos veremos a mi regreso, si Dios quiere. Hasta mañana.

—Hasta mañana, doctor.

Arami abrazó su almohada y le contó que se sentía inquieta y convulsionada. Quiso cerrar los ojos y olvidar la efímera cercanía que había tenido con el doctor Gabriel, o «Havryil».

¡Qué hermoso sonaba su nombre en ucraniano, qué hermoso lo pronunciaba él, cuánto lo admiraba, cuánto la intrigaba y cuánto deseaba compartir esos momentos a solas, en silencio, en la oscuridad de la noche, descubriendo lo que él guardaba detrás de esa fría apariencia!

—¡Que alguien me diga qué me sucede! —reclamó sin darse cuenta en voz alta. Trató de calmarse y de conciliar el sueño. Sería un día difícil el siguiente, estarían sin el director para resolver los problemas que se presentasen.

«Dios se encarga de los hechos que nos dan las respuestas», le decía siempre su abuela Ela y así, pensando en esas palabras, se quedó dormida.

4

La mañana del miércoles 10 de enero de 1973

—¡Buenos días, Ludovica!

—¡Buenos días, Arami! ¿Cómo está? Espero haya podido descansar.

—Sí, pude hacerlo. Hubiera querido viajar con el doctor pero…

—Él ya me dijo anoche que usted no lo acompañaría, que prefería que se quedara; la notó muy exhausta.

—Sí, le dije que no era necesario, pero se negó.

—La cuida demasiado, doctora…

Arami notó la sonrisa pícara de la enfermera:

—¡Ludovica! Te conozco desde hace poco tiempo pero podría decir que lo suficiente como para darme cuenta de que me estas queriendo decir otra cosa.

—Pues tiene razón, doctora —asintió la mujer.

—Para tu información, te diré que siento una admiración profunda por el doctor Vasylenko. Aprendo mucho de él, es para mí un constante ejemplo de tenacidad, de hacer honor a la profesión que elegimos, de…

—¿Entonces por qué le brillan los ojos, doctora?

—¡Ludovica! ¡¿Qué dices?!

—La verdad. Me parece que lo admira demasiado; fíjese bien, doctora, no se vaya a estar confundiendo, ¡mire si el amor viene disfrazado! ¡De admiración, digo!

—¡Ludovica, basta! —ordenó Arami, sonrojada y sin poder disimular una mueca de sonrisa por la actitud de la enfermera. Era evidente que hasta sus ojos manifestaban lo que ella no podía acomodar en palabras.

—Doctora… no luche con eso —le dijo la buena mujer—. Si lo

siente, dígaselo usted.

—Pero ¿¡qué dices!? —exclamó Arami, aún más ruborizada.

—Arami, tome coraje y dele algún indicio. A él le pasa lo mismo, estoy segura, pero créame, doctora, no se atreverá a decirle algo. Él no lo hará y se amargarán los dos por no haber hablado y por luchar contra los designios ya marcados.

Arami la miró con ternura. Esa mujer le recordaba tanto a su abuela a quien, en ese momento, necesitaba con desesperación.

—Vamos, doctora, arranque con ese mate del que hace tanta propaganda y nos pongamos a trabajar. Sus ojos ya no brillan de amor, sino por lágrimas que quieren salir y eso no sería conveniente, me contagiará a mí también.

—Gracias por ser mi amiga, Ludovica; soy afortunada. Pensaré mucho en lo que me acabas de decir. Quizá, quién sabe, algún día pueda hacerte caso y me atreva a dar esos «indicios» al doctor.

Ambas se abrazaron y Arami sintió que la distancia con su familia se acortaba un poco, gracias a esa enfermera que la reconfortaba.

—Ludovica… ¿algún día me dirás cuál es el pesar del doctor Gabriel? Yo estoy segura de que hay algo que no quiere contarme. Sé que no es tan duro como parece, tan parco y de pocas palabras como pretende demostrar.

—No, doctora, eso es algo que debe hacer él pero piense que quizá no quiera sufrir. Es solo eso…

—Pensaré en todo lo que me dijiste, Ludovica; lo prometo.

—¡Así me gusta! —dijo la mujer apoyando su mano en el hombro de Arami. ¡Aproveche que hoy se fue todo el día a Santa Fe, así usted puede ordenar un poco sus pensamientos!

—¡Sí, eso haré! Aunque tal vez regrese antes; me comentó el doctor que sobre el mediodía pasa de regreso a Formosa un amigo suyo con su familia y que tenía muchas ganas de verlo.

—¡Ah, sí, el doctor Montes, el odontólogo! Son muy amigos. Cada vez que viajan desde Formosa a Buenos Aires o viceversa, le avisa al doctor, pero en este último tiempo anda tan ocupado yendo de un lado a otro, que nunca puede frenar un poco para

encontrarse. Y mire hoy, justito está en el Hospital Iturraspe, no creo que se venga al mediodía por eso. Bien valdría la pena, lo aprecia muchísimo a Montes, pero usted ya se dio cuenta; su trabajo está primero, siempre. Una excusa más para no demostrar los sentimientos aunque el pobre doctor no se dé cuenta…

Arami la escuchó con atención y no quiso agregar nada al respecto.

—Será mejor que empecemos a trabajar, ya llegarán los pacientes —dijo, mientras se ponía su delantal.

—Hoy será una jornada agobiante, no puede hacer tanto calor, tan temprano —se quejó Ludovica.

—Es cierto, ya no se soporta y eso que estoy acostumbrada a las altas temperaturas.

—Se ven nubes allá —dijo la enfermera, mientras abría las hojas de la ventana del consultorio—. Dios quiera que llueva un poco y traiga alivio.

Durante la mañana, Arami había atendido a un sinfín de personas y había ayudado a otros médicos que la habían requerido. Las horas en el hospital pasaban volando pero esto la ayudaba a no pensar en Vasylenko, aunque le costaba hacerlo. «Creo que ya me acostumbré a usted, doctor», se sorprendió pensando.

Pasado el mediodía, el calor era insoportable.

—Mire hacia el norte, doctora; se avecina una tormenta —dijo Ludovica mientras Arami dejaba un papel que había improvisado como abanico para ir hacia la ventana.

—Sí, así parece, pero esa tiene «fea pinta», diría mi padre.

Ludovica, ¿hoy a qué hora sales?

—A las dos de la tarde pero pedí autorización para salir unos minutos antes porque mi esposo está enfermo; nada grave pero usted vio, los hombres para tomar los remedios son olvidadizos así que quiero estar justo a la hora que le tocan.

—Mejor que llegues antes a tu casa, Ludovica, porque esta tormenta no me parece nada linda.

—¿Usted no se irá, doctora?

—No, aún no termina mi turno pero además, y esto por favor no

se lo digas al doctor, iré a ver a los Benavídez. Extraño a Eliseo y quisiera ver cómo sigue; la última vez que fuimos, más allá de su buen ánimo, tenía un resfrío importante. Pobrecito, su padre lo cuida pero le falta la mamá y es pequeño…

—Arami, tenga cuidado, la tormenta está realmente fea. Nunca vi algo así en San Justo.

—No te preocupes, Ludovica, son muy poquitos kilómetros, un poco más de las afueras de la ciudad. Voy y regreso en breve. Pediré una de las camionetas.

—¡¿Usted sabe manejar, doctora?!

—Mi padre me enseñó. ¡Si tuvieras que recorrer los caminos misioneros, Ludovica!

—¡Es muy corajuda! Si se entera el doctor…

—Cuando él regrese, yo ya estaré de vuelta. Además, queda José por cualquier cosa. Yo le avisaré a él también en donde estoy.

—Doctora… es mejor que ya vaya saliendo así llega a lo de Benavídez y se queda bajo techo —dijo la enfermera con su rostro pálido cuando volvió a mirar por la ventana.

Arami se acercó otra vez y vio con extrañeza el color oscuro del cielo. La humedad era excesiva y la presión, demasiado baja.

—Te llevaré hasta tu casa y desde allí me voy.

—No, doctora, quédese tranquila, mejor váyase usted ya mismo. No quisiera que la agarre esta tormenta.

—¡Pero vamos para el mismo lado!

—Lo sé pero vaya, yo saldré en unos minutos; debo dejar unas anotaciones para el doctor José. Vivo muy cerca, a tres, casi cuatro cuadras, en el Boulevard Roque Sáenz Peña. Puedo caminar. ¡Usted, mejor, salga ahora mismo!

—Está bien. Nos vemos y cuida de tu esposo.

—Sí, eso haré, doctora.

Arami salió por la parte trasera del hospital. Llevó un abrigo, por si acaso, y su maletín. La transpiración la sacaba de quicio. Era la primera vez que no podía soportar semejante calor. Le gustaba cada vez menos el tinte que iba tomando el cielo. Subió a la camioneta, se dio cuenta de que se había olvidado de decirle a José

hacia dónde iba pero regresaría en unas horas, quizá Ludovica le dijese si lo veía antes de irse. Salió con rumbo hacia el norte; en su interior sabía que hubiera sido conveniente quedarse pero sentía que debía ir a la casa de Eliseo. Tenía el tiempo necesario para llegar y dejar la camioneta bajo techo. Al girar para tomar la Ruta 11 miró hacia el sur, hacia donde estaba la capital de la provincia, hacia donde estaba Havryil… Divisó también, a lo lejos, el bosque de eucaliptus. «Cómo me gustaría tomar mates en medio de ese verde con usted, doctor Gabriel. Conversaríamos por horas, lo sé», pensó, pero se concentró en el camino sin dejar de mirar el oscuro panorama que tenía por delante. Avanzó y en pocos minutos tomó por el sendero de ingreso de la estancia La Guadalupe, bordeado de fresnos y paraísos. Recorrió los mil metros, aproximadamente, que separaban la casita de los Benavidez del casco de la estancia. Al llegar vio que el hombre andaba de un lado a otro como loco tratando de esperar, lo mejor preparado posible, la tormenta. A su lado estaba el niño, que lo ayudaba como si tuviera la fuerza de un muchacho.

—¡Doctora! ¡¿Qué hace aquí?! —preguntó sin siquiera saludar debido a la sorpresa—. ¡Vuélvase! Esto no es bueno y por lo que veo vino sola. ¿Por qué no vino el doctor?

—Buenas tardes, Faustino. El doctor está en Santa Fe, en el Hospital Iturraspe. Él, en realidad, no sabe que estoy aquí pero yo sentí la necesidad de ver a Eliseo, de saber cómo sigue de ese resfrío tan fuerte que tenía.

—Entre, doctora, le prepararé unos mates. Estacione la camioneta bajo esas chapas.

—Está bien, acepto, Faustino, pero tomo dos o tres, veo a Eliseo y regreso.

—Doctora, pensándolo mejor, si usted se queda con el niño, yo puedo ir hasta los corrales y dejar todo listo, además debo guardar herramientas y llevar algunos trastos al galpón pero no quiero molestarla.

—¡Faustino! ¡Es un placer para mí quedarme con Eliseo, tenemos mucho de qué conversar! —exclamó mirando al niño que

vino de inmediato a abrazarla.

—Gracias, doctora. Le cebo un mate y me voy *disparao* así vuelvo y *usté* puede irse rápido.

—No, Faustino. Olvídese de los mates para mí, los tomamos cuando vuelva. Haga lo suyo nomás, está muy fea la tormenta.

—Gracias, doctora —respondió Faustino y salió con premura hacia los corrales que se divisaban a lo lejos.

—¡Doctora Arami, la espero en mi guarida! —dijo Eliseo con alegría inusitada por la sorpresiva visita de su amiga mientras abría la puerta para irse a la parte trasera de la vivienda sin dar tiempo a la doctora para que dijera algo.

Arami observó a Faustino alejarse en su caballo. «Pobre hombre, cuánto esfuerzo. Todo sea por el niño que la vida le dejó a cargo». Algo más hacia la izquierda de Benavídez le llamó la atención: los caballos que estaban en un lote corrían alocados alrededor del alambrado.

«Algo se viene y ustedes lo presienten», afirmó Arami.

Mientras tanto, en el Hospital de San Justo

Ludovica salió un rato después de que Arami partiera hacia La Guadalupe.

«¡Pucha! —se dijo—. Me olvidé de decirle a Josecito dónde estaba la doctora». Comenzó a caminar; se cruzó con Lili, la hija de su vecina, que trabajaba en la Municipalidad:

—¡Hola, Lili! ¡Qué calor! ¿Qué andas haciendo en la calle?

—El Intendente despidió al personal diez minutos antes. El calor no nos dejaba ni respirar ahí adentro; además, el nuevo empleado le dijo: *«Yo tengo sangre afrocubana y esto que se viene se parece a una tormenta del Caribe»*. Imagínate, Ludovica, ¡escuchar eso en el chaco santafesino! Todos nos reímos un poco en la oficina, pero igual Alberini nos largó. De verdad, prefiero estar en casa con mis hijos.

—Por supuesto, Lili, yo también voy para mi casa. Será mejor apurarse, comenzó a lloviznar. Saluda a tu madre de mi parte.

—Lo haré cuando llegue, Ludovica. Ella está en mi casa ahora.

Ambas siguieron su camino. A Ludovica le faltaban pocas cuadras así que apuró el paso porque cada vez llovía más fuerte. Buscó en su cartera un pañuelo para secar la traspiración que no cesaba, pero al levantar la vista le pareció que en el cielo había papelitos que brillaban. «¡¿Qué es eso?!», se dijo. Casi se desvanece del susto cuando, unos metros delante de ella, una chapa se incrustó en el jardincito delantero de una casa.

—¡Chapas! —dijo en voz alta.

«No son papelitos brillantes, ¡¿están volando chapas?!», se preguntó.

Una hora antes, en el Hospital Iturraspe, Santa Fe

—De veras, Gabriel, nos gustaría invitarlo a cenar —dijo el director del Iturraspe—. Pero entendemos lo que nos dice.

Vasylenko había estado observando el color del cielo hacia el lado de San Justo a través de una de las ventanas que daba al norte y lo que había visto era muy extraño. Pensó, a la vez, que quizá llegase a tiempo para ver a Montes en su pasada por San Justo, hacía mucho tiempo que no lo veía; siempre tenía algo por hacer y dejaba pasar la oportunidad de saludar a su querido amigo y a su hermosa familia. Esta vez lo haría y le daría ese abrazo guardado.

«Lo que nos guardamos a nuestro pesar, se nos vuelve veneno», le había dicho Arami.

«Arami… Arami», la recordó sin poder evitarlo. «Quizá tengas razón. Está decidido: volveré más temprano a San Justo, también por ti, porque no me gusta lo que se les avecina y necesito estar a tu lado para protegerte, mi jovencita».

—Gracias, doctor —respondió—. La próxima vez me quedo, pero no me gusta nada el color del cielo que se ve hacia San Justo; quisiera estar en el hospital. Usted me entiende —dijo Vasylenko.

—Por supuesto, doctor; nuestra profesión es así. Nos veremos pronto.

Vasylenko dejó el Iturraspe y tomó la Ruta 11.

«No te dejaré sola, Arami, en esta tormenta y a ti, amigo Montes,

te daré el abrazo que te debo», pensó mientras conducía.

Estancia La Guadalupe

Arami perdió de vista a Faustino. Se distrajo con los caballos que no paraban de trotar enloquecidos. Su padre le había enseñado que eso sucede antes de una pedrea. El cielo parecía derrumbarse hasta que el estruendo de un rayo la aterrorizó por completo. Era noche en pleno día. El horizonte se cubrió de refusilos repentinos y los truenos la aturdieron.

—¡El niño! —gritó en medio de la desesperación. Se alejó de la ventana para salir de la casa cuando, en un segundo, los vidrios saltaron en mil pedazos. Arami quedó paralizada del terror.

—¡¿Qué es esto?! ¡Mi virgencita de Czêstochowa, no nos abandones! ¡Eliseo! —alzó la voz, tratando de abrir la puerta como podía por la fuerza del viento que ya no era normal—. ¡¿Eliseo, dónde estás?! ¡Eliseo! —volvió a gritar con todas sus fuerzas. Recordó que el niño le había hablado sobre su guarida detrás de la casa y hacia allí fue.

Al doblar, creyó estar enloqueciendo: vio que un animal, posiblemente una vaca, volaba por los aires sobre el casco de la estancia. A pesar de la desorientación y de la desesperación, llegó como pudo a la parte trasera de la vivienda y no vio al niño; creyó morir.

—¡Eliseo! —repitió, casi sin voz esta vez—. Por favor, ¿dónde estás? —preguntó ahogada en llanto por el miedo y el terror ante ese monstruo que se avecinaba.

—¡Doctora Arami! ¡Aquí, aquí, en el cajón!

Al darse vuelta, sostenida ya de una columna de hierro, vio una caja de madera bastante grande, de esas que se usaban para guardar herramientas de gran tamaño. Era la guarida que Eliseo veía en su imaginación. Los vidrios de otra ventana estallaron y se esparcieron como polvillo por el aire y un ruido parecido al de un tren en marcha inundó el ambiente. Arami no tenía certeza de qué se trataba, pero era criminal y de una violencia sin precedentes.

Lloraba del terror.

—¡Abuelo Pedro, no me dejes! —imploró al cielo sin darse cuenta. En ese momento, vio la caja y al niño escondido dentro y, en un segundo, notó que estaba al reparo de una pared. Tuvo una premonición y con una fuerza descomunal empujó la caja y la corrió unos metros hasta llegar debajo del quicio de la puerta que salía al patio. Eliseo lloraba llamando a su papá y ella quedó impresionada cuando vio que la pared sobre la que había estado guarecida la caja se desplomaba, soltando sus ladrillos como si alguien los fuera moliendo a martillazos. Tuvo la intención de acurrucarse junto a Eliseo y abrazarlo con todas sus fuerzas pero se detuvo unos segundos cuando vio, con horror, que un tractor salido de algún lugar de la estancia pasó volando sobre ellos y fue a parar a lo lejos y tras esa visón infernal vino la de un embudo negro que vio sobrevolar por la ciudad de San justo. En ese instante, sintió un golpe en la cabeza y cayó desplomada al suelo.

El estruendo de un rayo paralizó a Ludovica, que ya se había dado cuenta de que no llegaría a su casa. Trató de guarecerse, pero era correr en medio de gente alocada que buscaba refugio como ella. Ya ni siquiera se podía distinguir lo que volaba porque, simplemente, volaba de todo.

«¡Dios mío! ¡¿Qué es esto?», se dijo llorando del terror. Las fuerzas solo le dieron para sentarse en el escalón de la puerta de una casa, acurrucada como cuando era una niña y temía a los rayos en una tormenta. Explosiones, oscuridad, estruendos, personas errantes con hierros atravesados en sus estómagos buscando morir en paz… Todo se desplomaba delante de sus ojos. Comenzó a llover muy fuerte.

«¡Dios mío, qué es esto!», se decía una y otra vez, ya casi sin aliento… abatida por el miedo, por la impresión, por la incredulidad ante un viento satánico que todo hacía volar por el aire, que todo demolía. Desorbitada, vio cómo un automóvil se incrustó de lleno en un edificio de departamentos y fue en ese instante que perdió el conocimiento.

5

Vasylenko conducía a toda velocidad por la Ruta 11. Ya no tenía dudas, en San Justo estaba ocurriendo algo extraño y… feo; el cielo estaba totalmente oscuro y llovía torrencialmente, pero lo que más le llamó la atención eran los restos de cosas desparramados por doquier. Le urgía llegar al hospital; quería estar allí, quería estar con los suyos, necesitaba ver a Arami. Eran algo más de las dos de la tarde cuando ingresó en la ciudad y, al ver el panorama desolador, detuvo su vehículo porque sintió que no tenía fuerzas ni en sus brazos.

—¡Qué es esto! ¡¿Dios mío, qué es esto?! —gritó dentro del habitáculo, agitado e impresionado.

Tomó aire y dio arranque otra vez para llegar al hospital cuanto antes. No podía creer lo que veía; no era una visión de este mundo: cuerpos mutilados, personas que caminaban como adormiladas por la zona del boulevard, sangrantes, sucias, mojadas por la lluvia que caía incesante, árboles arrancados de cuajo como si fueran simples ramas; sin embargo, la turbación fue más grande cuando vio tres camiones anudados como una bola de hierro sobre una casa a la que habían hecho añicos.

«¡Qué esto, Dios; despiértame de esta pesadilla!».

—¡Arami! ¡Arami! —gritó de repente—. ¡Dios, no me la quites; esta vez no me la quites! —rogó con desesperación. Llegó, como pudo y a paso de hormiga, al hospital. Bajó de su camioneta corriendo y vio que, al menos, el edificio estaba en pie.

—¡Doctor! ¡Es una tragedia! ¡No dejan de entrar heridos, muertos, mutilados! ¿Qué esto, doctor? ¡No lo vi en mi vida! —dijo José, sin siquiera saludar de la desesperación.

—¡Tranquilízate! No tengo idea, jamás vi algo así. Concentrémonos ahora en los heridos que se puedan salvar. ¡¿Dónde está Arami?! —preguntó al darse cuenta de que no la había

visto.

—No lo sé; salió más temprano, me dijeron. Una media hora antes de que viniera la tormenta, pero no sé dónde está.

—¡¿Cómo que no lo sabes?! —gritó con furia Vasylenko—. ¿Y Ludovica? Ella debe saber dónde está.

—Ludovica tampoco está en el hospital, doctor. Hoy se fue antes para atender a su esposo enfermo, pero sé que no están juntas.

—Perdóname, José, no quise gritarte.

—Lo sé, estamos todos muy mal… y asustados, doctor, hay gente herida que está delirando, como si hubiera visto al mismo diablo.

—¡Por favor, debemos encontrarlas! Necesito aquí a la doctora Arami.

«Te necesito, Arami, te necesito para siempre. Por favor, ¿dónde estás?».

No daban abasto las camas, los médicos, los voluntarios. Era necesario pedir auxilio y comenzar a derivar, en principio, al Hospital Iturraspe y al Piloto de Santa Fe.

—Hay que comunicarse con Cruz Roja para pedir refuerzos y dadores de sangre y de plasma. No hay energía eléctrica, es necesario que ubiquemos a los radioaficionados. Ellos nos ayudarán con el pedido de auxilio a toda la provincia; quizá alguien ya haya emitido alguna información de este desastre —dijo en los breves minutos en que Vasylenko pudo reunir al personal médico y de enfermería—. Uno de ustedes hará de puente con ellos para pedir los refuerzos que necesitemos y para que nosotros podamos ir pasando la información de los heridos y de los… fallecidos. No sé si daremos abasto con nuestro grupo electrógeno.

Una enfermera rompió en llanto después de informarle al director que la parte trasera del hospital estaba plagada de cadáveres y que muchos tenían los mismos apellidos. Eran familias enteras destruidas por ese monstruo que nadie podía explicar. Vasylenko trató de calmarla porque de ella también dependían muchas vidas, luego preguntó a medio mundo si sabía dónde había ido Arami, pero nadie le supo responder.

«Arami, ¿dónde estás? ¿A dónde te fuiste?».

—Doctor, falta una camioneta del estacionamiento —le advirtió José—, présteme la suya para salir a recolectar más heridos por favor. Ya no hay más ambulancias y estamos usando los autos particulares.

—Llévatela, José. Lleva a alguien por las dudas para que te asista en el lugar; hay gente que no resistirá hasta el hospital.

Mientras decía esto, y al escuchar el comentario de José, tuvo el presentimiento que había sido Arami quien se había llevado la camioneta que faltaba.

«¿¡Adónde te fuiste que no hayas podido ir caminando, Arami!? ¿Dónde estás?». Al cabo de una hora, mientras recorría el pasillo se cruzó con una enfermera que traía un niño en brazos.

—¡Gracias al cielo es solo una fractura en la pierna, doctor! Estará bien; lo llevo a cirugía, allí lo están esperando —dijo la mujer al pasar.

—¡Eliseo! —gritó Vasylenko sin percatarse de su reacción después de ver a la enfermera con ese niño en brazos.

«¡Eso es; estás en La Guadalupe! Sí, fuiste por Eliseo porque pensaste que el niño estaría asustado», iba deduciendo mientras se subía en la camioneta que José acababa de dejar en la puerta del hospital.

—¡Sí, estoy seguro de que allí fuiste, mi misionera! —dijo en voz alta.

Al cabo de unos minutos, ingresó por el camino que lo llevaba a la estancia y sintió que su estómago se anudaba ante el siniestro espectáculo que tenía delante de sus ojos: las hileras de fresnos no estaban; habían sido arrancados y ni siquiera estaban tirados allí, habían volado quién sabe adónde, animales descuartizados, galpones que ya no estaban en pie. Azorado, continuó hasta que un bulto le entorpeció el camino y creyó desvanecerse de la impresión cuando se dio cuenta de que era el cadáver de Faustino que yacía inerte en medio del horror. Se bajó y fue hacia él; ¡era un montón de huesos fracturados! Comenzó a girar sobre sí mismo, como si estuviera perdido, hasta caer de rodillas al lado de esos huesos

triturados.

—¡Arami! —la llamó con todas sus fuerzas—. ¡¿Dónde estás?! —gritó ahogado en llanto por la impotencia y por el miedo de no saber a qué se estaban enfrentando—. ¡El niño! —dijo de repente—. ¡Sé que estás protegiendo al niño!

Una fuerza inexplicable lo llevó otra vez a subirse a su camioneta y a conducir a toda velocidad hasta llegar a la casa del puestero. Quedó paralizado cuando vio que solo era una pila de escombros, excepto una parte de la pared trasera. Se bajó y fue corriendo hacia allí.

—¡Arami! ¡Eliseo! —gritaba sin parar un segundo. De pronto, escuchó el llanto casi inaudible del niño. Se dio cuenta de que la vocecita venía desde una caja grande de madera y atinó a ir hacia el lugar para rescatarlo pero tropezó con una columna de hierro y cayó, entonces vio que el cuerpo de Arami estaba tirado con su cabeza ensangrentada y sucia por el polvo de los escombros.

—¡Arami! —gritó aterrorizado—. ¡Arami!

—¡Doctor! —llamaba el niño desde dentro de la caja—. ¡La doctora Arami está muerta por mi culpa! Ella corrió esta caja conmigo adentro y me puso a salvo pero esa columna se le vino encima, doctor. ¡Yo la vi cuando cayó! —decía el niño, sin parar de llorar.

Vasylenko reaccionó y vio que lo que el niño llamaba columna era una viga de hierro; eso explicaba la sangre en la cabeza de Arami. Le tomó el pulso, era muy débil pero aún estaba con vida.

—¡No voy a perderte, Arami! ¡No voy a perderte! —gritaba mientras trataba de cargarla—. ¡Eliseo, debes ser fuerte y tratar de salir tú solo del cajón!

—¡No! ¡Tengo miedo! ¡Quiero a mi papá!

Cuando Vasylenko escuchó esto, creyó morir de la pena pero no le dijo nada acerca de Faustino.

—¡¿Quieres que muera la doctora, Eliseo?! ¡Ella te salvó la vida, ahora sálvasela a ella! —dijo sin rodeos—. Trata de salir por tus propios medios mientras la cargo en la camioneta y la llevamos cuanto antes al hospital —dijo el médico con determinación.

Ante estas palabras, el niño salió sano y salvo de su escondite y se aferró a Vasylenko.

—¡No me deje solo, doctor! ¡No me deje solo!

—¡Claro que no te dejaré, Eliseo! ¡Vamos, hay que llevar urgente a la doctora!

Desvió el camino de ingreso para que Eliseo no viera el cuerpo de su padre. «No nos desampares, Dios mío, no nos desampares», imploró.

El panorama era cada vez más desolador. Por el camino veían almas en pena. Gemidos de dolor, gente que caminaba llamando a sus familiares, lastimados, a medio vestir algunos, sucios, cansados, perdidos. Casas que ya no estaban, negocios que habían desaparecido. Cuando llegaron al hospital la escena que tenían delante de sus ojos parecía sacada del infierno. Vio que empezaban a llevarse los cuerpos hacia la policía, donde habían improvisado una morgue. Trató de evitar que el niño viera todo eso pero fue imposible; todo en derredor era muerte y oscuridad.

—¡Por favor! ¡Ayúdenme! —gritó desesperado—. ¡La doctora Arami está muy mal! ¡Ayúdenme! —repitió, casi al borde de las lágrimas.

José se dio cuenta del estado de gravedad de su compañera y buscó ayuda de inmediato, pero también notó la conmoción que tenía el director a quien un niño se le había prendido de una de sus piernas.

—Cálmese, doctor, ya tenemos a Arami —le dijo mientras la colocaban en una tabla improvisada como camilla. María tomó al niño de la mano.

—No lo suelte, María —le pidió Vasylenko—. ¡Vamos, José! ¡Probablemente esté con sangrado cerebral, hay que entrar en quirófano o se nos va!

Al cabo de unas horas el gobernador de la provincia, el General Sánchez Almeyra, había tomado conocimiento de la tragedia y San Justo fue declarada zona de emergencia. Las tropas del regimiento 121 de Guadalupe llegaron desde Santa Fe para brindar auxilio. Ellos recolectaban heridos y cadáveres de la franja del terror: el

Boulevard Roque Sáenz Peña.

La Ruta 11 era una columna interminable de vehículos que llevaban heridos hacia la capital de la provincia y traían medicamentos y sueros antigangrenosos para San Justo. Eran infinitos los cortes de los heridos con chapas que habían volado kilómetros. La Cruz Roja de Rosario también había enviado médicos y enfermeras.

Vasylenko se quitó el barbijo agotado, transpirado, exhausto:

—Hicimos todo lo que pudimos —le dijo a José—. Ahora la vida de Arami depende de Dios.

Abatido, salió del quirófano. Arami estaba inconsciente y, humanamente, no había más por hacer.

—Doctor, ¿se siente usted bien? —preguntó María—. Está muy pálido, descanse un poco.

—¿¡Descansar!? ¡¿Qué me pides, María?! Lo único que ingresan son personas malheridas o cadáveres mutilados, ¿¡y pretendes que descanse!?

María no respondió; se dio cuenta del agobio extremo del director del hospital que, a pesar de la desesperación, continuaba organizando las maniobras de salvataje, atendiendo, operando, recibiendo a los heridos y ¡despidiendo a los muertos! Lo vio alejarse por el pasillo, cabizbajo, cuando José lo detuvo, lo tomó de los brazos y algo comenzó a decirle. María los observó; eso era una mala noticia. Vio cómo Vasylenko daba un golpe de puño a la pared y se deslizaba hacia el piso, llorando como un niño.

La enfermera se dirigió a ellos, angustiada.

—¿Qué sucede, José? ¿Qué le dijiste al doctor? Doctor Vasylenko, ¡¿puedo ayudarlo?!

Pero José la tomó del brazo y con un gesto le pidió que lo dejara llorar y la alejó.

—María, acabo de decirle que su amigo, el odontólogo Montes, que justo pasaba por aquí a la hora del tornado de regreso a su casa en Formosa…

José, no pudo continuar. Se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Qué ocurrió, José? ¡Dime!

José respiró profundo para poder seguir:

—Él venía con su esposa y sus tres hijos por la Ruta 11, pero al llegar al paso a nivel del ferrocarril parece que el auto se detuvo o quizá él lo detuvo a un costado a esperar un rato por la fuerza del viento. Por lo que me dijeron, los vidrios del auto estallaron y el coche comenzó a volar alocadamente. La única que se despertó fue su esposa en medio de una manzana convertida en escombros; el resto… —José bajó la cabeza, con su voz entrecortada—, el resto ya estaba sin vida —dijo, con sus ojos empañados.

María lloraba sin consuelo al ver a su director devastado por la noticia.

—El doctor Vasylenko venía a encontrarlos, María. Eran muy amigos pero… no llegó. Dejémoslo solo un momento. Lo necesita.

—¿Cómo está la doctora, José?

—Solo nos queda confiar en Dios, María. Entró en quirófano con sangrado cerebral como predijo el doctor. Está con respirador y…

—¿Y qué, José?

—Es probable que no despierte —dijo el médico sin poder ocultar las lágrimas ante el destino desgarrador de su alegre compañera—. ¡Con eso también está cargando el doctor, María! ¿Dónde dejaste al niño? —preguntó de repente, al recordar a Eliseo.

—Él está bien, lo tengo en la sala conmigo. Pobrecito, llama a su papá y a la doctora Arami.

—¡Que alguien nos ampare y nos saque de esta tragedia! —imploró José.

—Doctor… Ludovica no aparece —dijo María, con sus ojos inflamados—. Salió para su casa; ella vive en la zona del Boulevard Roque Sáenz Peña. Allí… no quedó nada —dijo la enfermera rompiendo en llanto.

—Ludovica estará bien, María. Ya aparecerá. Verás que la tendremos aquí muy pronto.

—Doctor, si ella estuviera bien, ya hubiera venido. ¡La conocemos!

María tenía razón. Nada había quedado en pie en esa franja maldita y Ludovica había tomado ese rumbo…

—Por favor —pidió de pronto Vasylenko, que se había incorporado—, es necesario que nos comuniquemos con la familia de Arami. Ellos deben saber el estado de gravedad de su hija. Háganlo cuanto antes. Es un viaje largo desde Misiones y….

Vasylenko cortó la conversación cuando vio que alguien traía a Ludovica en una tabla improvisada. Vio con espanto que la mujer estaba intacta y despierta pero con sus ojos desorbitados, mirando vaya uno a saber qué punto del universo.

—¡Ludovica! Aquí estamos; te cuidaremos —le dijo Vasylenko con una actitud amorosa que conmocionó al resto. Estaba quebrado. Esa mujer era su gran compañera de todos los días desde hacía tantos años; sin embargo, Ludovica ni siquiera desvió sus ojos; miraba al vacío.

—La encontraron acurrucada en la puerta de una casa, doctor. Estaba intacta. Seguramente ha presenciado el horror; no ha emitido palabra, no nos mira…

—Estarás bien, mi reina. Estarás bien. Todos te cuidaremos —le prometió en voz baja otra vez Vasylenko, aterrorizado por lo que pudiera haber pasado con la familia de Ludovica. Con premura, indicó que la acomodaran en algún lugar disponible de los que habían improvisado.

El día era noche y la esperanza estaba lejana…

6

Los Lapachos, Misiones

Ya no se escuchaba otra noticia por las radios de todo el país que la del tornado en San Justo. Se hablaba de muertos, de muchos muertos; se hablaba de una furia satánica que se había desatado sobre la ciudad santafesina.

Rafael y Amparo, aturdidos y conmocionados por el comunicado que les acababa de dar la Policía de Posadas, partieron en medio de la desesperación hacia San Justo. Tenían muchas horas por delante, pero no pensaron en eso y trataron de disimular, delante de Ela, la gravedad del somero informe médico que habían recibido para atenuarle la impresión; aunque era imposible.

—Mi nieta es como su abuelo. Luchará consciente o inconscientemente. Se aferrará a la vida. Lo sé —les dijo antes de que partieran con rumbo a la ciudad del desastre.

Amparo pidió a Lautaro que tratara de localizar a Salvador para que viniera a Los Lapachos a quedarse unos días con Ela. No quería que ella estuviera sola; estar con su hijo la sostendría.

Debían estar preparados para lo peor. Al pensar en esto, Amparo no pudo contener las lágrimas. ¡Si algo le pasaba a su amada Arami, ella moriría! Sin embargo miró a Rafael y sintió que debía estar fuerte para sostener a ese hombre que estaba roto en pedazos. Tenía los ojos más tristes del mundo. Su mirada azul era la mirada de Arami y esto la devastaba.

7

San Justo, Santa Fe,
sobre las tres de la mañana

La llovizna y la oscuridad no dejaban ver con nitidez el paisaje. Solo las luces de las sirenas de los bomberos, de las ambulancias y de la policía permitían vislumbrar los contornos del horror. El ruido de las topadoras y de los camiones volcadores era lo único que se escuchaba en medio de esa visión infernal.

Rafael aminoró la marcha, incrédulo ante lo que veía a su alrededor; quería expresar algo pero no le salían las palabras. Amparo apretaba hasta el dolor el pequeño rosario de nácar que su madre le había dado antes de partir, sin poder entender en su cabeza humana lo que estaba viendo. Un soldado que sostenía un fusil FAL le indicó que se detuviera:

—No puede ingresar, señor.

Amparo observó cómo Rafael salió del letargo provocado por la desazón.

—¡¿Qué me dice usted?!

—Que no puede pasar, señor. Solo pasan vehículos particulares que trasladen heridos y…

—¡Córrete o te pasaré por encima!

—¡Rafael! —dijo Amparo, tratando de calmar a su esposo. Veía también el cansancio atroz en ese jovencito que en medio del dolor estaba cumpliendo con su deber.

—¡Hace diez horas que vengo manejando! Mi hija se está muriendo en el hospital ¡¿y tú me dices que no puedo pasar?!

Amparo no pudo contener el llanto cuando escuchó las palabras de Rafael. No podía ser verdad, alguien debía despertarla de esa pesadilla.

Por un milagro, el muchacho desistió de su guardia y puso su mano en el brazo de Rafael, como si quisiera transmitirle algo de las pocas fuerzas que le quedaban:

—Vaya con Dios, señor.

Amparo vio como Rafael bajaba su cabeza, destruido, poniendo su mano sobre la del soldado en señal de agradecimiento; luego tomó una botella de agua limpia que traían y se la ofreció al muchacho, que no tendría más de veinte años.

—Gracias, señora. Hace horas que no bebo.

Hospital de San Justo

—Doctor, ¡despierte!

Vasylenko sintió que alguien lo tocaba en su hombro. Se había quedado dormido con la cabeza sobre un escritorio, vencido, agotado hasta el límite de lo soportable.

—¡Por qué me dejaste dormir, José! ¡No podemos dormirnos! Esto es un caos, ¿cómo pudiste?

—Cálmese, doctor. Usted no da más, ninguno de los catorce médicos damos más. —Quiso decir trece, por la ausencia de Arami, pero evitó nombrarla—. Tampoco las enfermeras pero, humanamente, es lo que podemos hacer. Usted debía descansar un poco, doctor; nada más que eso. Lo vine a despertar porque… —se detuvo para pensar cómo decir lo que tenía que decir— los padres de la doctora están aquí.

Vasylenko se puso de pie de un respingo:

—¿Cómo dices? ¡¿Ya están aquí?! Recíbelos en algún lugar cómodo y…

—Doctor, ya no nos queda lugar cómodo en el hospital.

—Tienes razón; que me aguarden en el pasillo de la Terapia. Yo me lavaré un poco y enseguida los atiendo, José. ¡Pobre gente, deben estar rendidos! Semejante viaje y sabiendo que… José se dio cuenta de que Vasylenko no podía asumir el estado de Arami.

—Doctor, tenga fe.

—José, tú eres médico y sabes muy bien que solo un milagro

puede salvarla. —Al decir esto, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Cuántas cosas aprenderemos de esta tragedia —dijo José, apoyando su mano en el hombro del médico. Lo dejó solo para que se acomodase un poco, pero sobre todo para que pensara cómo abordar a los Acuña.

Amparo y Rafael aguardaban en el pasillo, sentados en un banco de madera y tomados de la mano. Cuando Vasylenko los vio quiso huir pero no era lo que correspondía. ¡Ellos irradiaban tanta fuerza en medio del dolor! Sin dudas, Arami era el fruto de un amor inconmensurable, se notaba. En su interior, él estaba acongojado como ellos, tuvo que admitir que si perdía a Arami él también moriría. Tuvo que admitir, y ya no había vuelta atrás, que estaba enamorado de esa mujercita que ahora luchaba por su vida. Se acercó; ellos se pusieron de pie. Arami era el fiel reflejo físico de su padre. Al ver a Rafael sintió algo muy extraño, percepción que también tuvo Kuarahy, aunque permaneció callado.

—Buenas noches, soy el doctor Vasylenko. Imagino lo exhaustos que estarán. ¡Viajar desde Apóstoles!

—Soy Rafael Acuña, doctor, y ella es…

—La señora Amparo —cortó el médico—. Arami siempre nos ha hablado de ustedes.

Observó otra vez a Rafael. Sin lugar a dudas, Arami tenía sus ojos. De pronto, algo lo transportó veintitantos años atrás.

—¡Claro! Usted es… ¡No lo puedo creer! Usted es quien nos ayudó en el accidente de la Estación La Cruz, en Corrientes. Sí, usted colaboró como nadie, señor Acuña. ¡¿Recuerda?!

Rafael comprendió la sensación de un momento antes. Quien tenía delante de él había sido ese jovencito que con tanto ahínco había trabajado aquella noche del fatal accidente ferroviario. Le habían llamado la atención la humanidad del médico y la pasión con la que trabajaba.

Vasylenko, aún con las marcas del dolor en el rostro por lo que estaban viviendo en San Justo desde las dos de la tarde, dijo con un nudo en la garganta:

—Yo le dije aquella noche, señor Acuña, que en sus venas corre

la necesidad de ayudar a la gente. ¡Cómo olvidarlo! Usted quería llevar a los heridos adonde fuese, ¡nos quería ayudar! ¡Ahora comprendo a quién se parece Arami! Su hija es como usted, Rafael.

Amparo, con sus ojos desfigurados de tanto llorar, acarició la espalda de Kuarahy, entendiendo que ese momento era de una crueldad inimaginable para él.

—¿Cómo puede ser que el destino nos una en esta situación, doctor? —preguntó Rafael, desencajado—. Nos conocimos en una tragedia y desde allí lo admiré profundamente y ahora… ahora es mi hija la que nos vuelve a unir. ¿Sabe que ella nació esa misma madrugada del accidente? Cuando regresé a mi casa, mi esposa ya había dado a luz.

Vasylenko lo miró y su expresión fue de asombro, aunque Rafael no se percató de ello:

—¡¿Arami nació esa misma noche?!

—Sí, durante la madrugada.

—La misma noche en que yo… —se detuvo, y cuando iba a continuar Rafael lo interrumpió, ansioso.

—Doctor, ya conocemos mínimamente la situación con mi esposa; ahora, por favor, díganos la verdad por dura que sea.

Vasylenko no podía disimular la tristeza. Trató de mantenerse lógico pero sentía que la angustia lo carcomía por dentro como un ácido. Ver a esos padres tan desarmados, encontrarse con ese hombre después de tanto tiempo, enterarse de que era el padre de Arami y, sobre todo, enterarse de que ella había nacido en esa noche, ¡justo esa noche!, no le allanaba el camino pero debía hacerlo:

—Arami sufrió un golpe en la cabeza. La operamos; había un sangrado cerebral. Se encuentra con respirador y, obviamente, está inconsciente.

—¿Eso es lo que le llaman, creo, coma inducido, doctor?— preguntó Amparo, con su voz debilitada y temblorosa.

—No, señora Acuña. Ella está realmente grave; su estado no es inducido. Solo quisiera que sepan algo: Arami está así porque se arriesgó para salvar a un niño, Eliseo. Corrió una caja en la que el

pequeño se había escondido para ponerlo al resguardo pero una viga la alcanzó y la golpeó. Ella salvó al niño… ella fue —dijo el médico, bajando su cabeza para que no lo vieran a punto de llorar.

—¿Quién la encontró, doctor? —preguntó Kuarahy.

—Yo fui a buscarla —dijo Vasylenko—. Me imaginé que podía estar con Eliseo. Ama a esa criatura, se encariñó al saber que es huérfano de madre y…

No pudo seguir hablando.

—¿Y qué doctor? —apuró Amparo.

—Yo vi el cuerpo de su padre —dijo Vasylenko, desorientado y ahogando el dolor—. ¡Nunca vi algo igual en mis años de médico! ¡Esto es un monstruo que nos aniquiló! Eliseo no lo sabe aún… no tengo el coraje de decírselo. ¡No lo tengo! ¡No tiene a nadie! Perdónenme, ustedes están con lo de Arami y yo…

—Por favor, doctor. Esto es una tragedia para todos —dijo Amparo.

—Hay algo más que debo decirles. —Rafael y Amparo se tomaron de la mano y esto no pasó desapercibido a Vasylenko—: Arami…

—¡Diga, doctor, por favor! —imploró Kuarahy.

—Arami está con respirador pero… tememos que no despierte.

Amparo se apoyó sobre Kuarahy, sintiendo que el suelo desaparecía. «Mi niña», dijo para sí.

—Doctor…

—Dígame, Rafael.

—¿Hay esperanza? —preguntó Kuarahy, ya con sus ojos bañados en lágrimas.

Vasylenko lo miró. Su corazón estaba hecho trizas pero no podía mentir:

—Solo un milagro puede salvarla, Rafael.

Los vio alejarse por el pasillo del hospital hasta que se sentaron en un banco que quedaba libre y allí se acurrucaron como dos niños aterrados ante lo inminente. Eran dos almas en pena, dos padres hechos añicos y él, él era un cobarde que no se había animado a decirle a Arami que la amaba. ¡Cuánto le había ocultado para no

mostrarse débil! Arami había sido una fuerza arrolladora desde que había llegado al hospital, una sonrisa cantarina que lo acompañaba todo el día… y él, un imbécil que se había dejado llevar por la soberbia de no aceptar los sentimientos.

—Doctor Vasylenko —lo llamó María—, lo necesitan en cirugía, hay más heridos.

—Sí, María, ya voy. Por favor, sé que está con muchas cosas encima pero ofrézcales aunque sea un vaso con agua a los padres de la doctora Arami —le pidió mirando hacia donde estaban Amparo y Rafael—. Ya les di la noticia y no dan más de la tristeza.

—¡Ay, doctor! Permítame decirle que usted… usted tampoco da más de la tristeza.

Las palabras de la enfermera dieron en el blanco. No respondió; no hacía falta.

8

Los días pasaban y distintos países se hacían eco de lo sucedido. A través de las tapas de los diarios se podía ver cómo el tornado que había arrasado San Justo ocupaba las primeras planas.

Al sábado siguiente de la tragedia ya habían sido vacunadas miles de personas y se habían fumigado basurales para evitar la propagación de enfermedades. Con ayuda de los vecinos y voluntarios de otras localidades se continuaban removiendo escombros y también… encontrando cadáveres. Llevaban contabilizados algo más de cincuenta.

Vasylenko dio un golpe de puño a la pared cuando José le comunicó que una familia entera había sido aplastada por su propia casa cuando camiones con acoplados le habían caído encima.

—¡Yo los vi! ¡Vi esos camiones sobre la casa! Si me hubiera detenido, quizá…

—Doctor, no les dio tiempo ni a reaccionar. No hubiera podido hacer nada. Los cuerpos están deshechos —dijo José, con resignación.

—¿Cómo está Ludovica? —preguntó Vasylenko—. ¿Dónde está? No la he visto.

—Vino una hermana desde Santa Fe y se la llevó por un tiempo. Como usted ya sabe, perdió a su esposo; la casa se le vino encima. A él lo encontraron debajo de la cama. ¡Pobre hombre, habrá buscado refugio! Gracias a Dios, Ludovica no llegó a tiempo porque si no, quizá hubiera corrido la misma suerte. Le llevará un tiempo reponerse. Psicológicamente, es una situación delicada, doctor; ella vio pasar a este monstruo delante de sus narices. Recuerde que la encontraron en la puerta de una casa, en pleno Boulevard Roque Sáenz Peña.

—¡¿Cómo se sale de esto, José?! No se pueden perder tantas vidas así, de golpe. ¡¿Cómo pueden quedar deshechas tantas

familias al mismo tiempo?! No tenemos noción de los días, de las horas, de la magnitud de esta bestia feroz que nos azotó. ¿Qué nos pasó, José? ¿Podremos salir de este caos? Pienso en Eliseo, solo en el mundo; en Ludovica, que Dios quiera pueda salir de este trance… en mi amigo Montes y su familia, en…

No podía nombrar a Arami, no soportaba el dolor de perderla.

—¿La doctora Arami? —preguntó José, con la convicción de que acertaba.

—Sí. José, yo…

—No diga nada, doctor, sabemos lo que le pasa aunque usted lo haya negado; es imposible ocultarlo.

—Ya es tarde, José. Debí hablar con ella antes, debí dejar que me acompañara al Iturraspe, pero la obligué a que se quedara aquí. ¡Yo dejé que le sucediera esto! —dijo Vasylenko tomándose la cabeza con las dos manos, carcomido por la culpa y el dolor—. Y ahora ¡ya es tarde! Ella ni siquiera puede respirar por sí sola, no me puede ver, no me puede oír… —dijo el médico, rendido…

—¿Por qué no va a su casa, doctor? Tómese un día, necesita dormir. ¿Cuánto hace que no descansa?

—José, ustedes han trabajado a mi lado; no sería justo. Yo estaré bien; ahora saldré unos minutos a tomar aire y regreso enseguida. Antes dime, ¿dónde están los padres de Arami?

—María los recibió en su casa —respondió José—. Me dijo que se le partió el corazón cuando los vio después de que usted les dio la noticia. Les ofreció hospedarlos. Además los Acuña se encariñaron con Eliseo, que también está en la casa; me contó que mientras ella atiende enfermos, ellos lo llevan a las hamacas. Salen muy poco del hospital; quieren estar con Arami.

—Son un ejemplo. En medio del dolor, tratan de aliviar el de ese niño…

Al cabo de unos minutos, Vasylenko salió al pequeño jardín del hospital. Caía la tarde y al menos allí corría algo de brisa. Se llevó una sorpresa cuando vio que los Acuña estaban con Eliseo. Era admirable la fortaleza de esos misioneros. Buscó evadirse; se sentía culpable, triste, destruido, pero Rafael alcanzó a verlo y fue a su

encuentro, dejando a Amparo con el niño.

—¡Doctor! ¡¿Sucede algo con mi hija?!

—No, Rafael, ella sigue igual. Salí unos minutos a tomar aire.

Se sentó en un banco que estaba debajo de un árbol.

—¿Se siente usted bien?

—No, Rafael.

—Disculpe, doctor, lo dejaré solo.

Kuarahy intuyó que el médico quería estar en soledad.

—¡Acuña! —lo llamó Vasylenko—. Siéntese, por favor. Yo necesito decirle algo.

Kuarahy se acercó en silencio, se sentó y se dispuso a escuchar, algo confundido por la actitud del médico.

—Cuando recordé dónde lo había visto, Rafael, se me vinieron muchas cosas a la cabeza. Entendí que la pasión de Arami por lo que hace y, por sobre todas las cosas, su vocación por ayudar, las ha heredado de usted. Aquella noche del 47, en La Cruz, su ayuda fue valiosa, Rafael.

—Gracias, doctor.

—Dígame Gabriel, por favor.

—Está bien, Gabriel, pero ya me comentó esto, no sé qué le resta decirnos que lo tiene tan atribulado. Es evidente.

Vio como el médico apoyaba la cabeza en sus brazos, mirando hacia el suelo… vencido.

—Usted me dijo que esa madrugada había nacido Arami.

—Así es. Cuando regresé a casa por la mañana, mi esposa me esperaba con ella en brazos. Había sido un parto difícil en el que yo no había podido estar pero cuando le vi esa carita… ¡ya sonriente con pocas horas de vida!

Kuarahy no pudo evitar las lágrimas al hablar de su hija, pero trató de componerse por su esposa que, a pesar de la situación, contenía al pequeño.

—Rafael —dijo apesadumbrado el médico—, en ese tren que descarriló venía mi prometida desde Buenos Aires. Nos íbamos a casar, ¿sabe?

Kuarahy sintió que la piel se le congelaba:

—¡Pero usted!... ¡Usted no dijo nada esa noche, doctor!

—Yo no sabía que ella viajaba en ese tren, Acuña; venía a darme una sorpresa. Cuando usted se fue a Posadas a llevar heridos, me llamó Wozniak porque una mujer que estaba agonizando repetía mi nombre, una y otra vez. Yo no entendía; pensé primero en mi familia pero ninguno de ellos había viajado. Estaba desconcertado; no obstante, me acerqué al lugar.

Vasylenko se detuvo, no pudo continuar. Rafael puso su mano en el hombro del médico.

—Cuando la vi… —siguió— solo alcanzó a decirme que quería darme una sorpresa y había tomado, sin advertirme, el tren hacia Posadas; se bajaría en Corrientes. Luego… cerró sus ojos. Yo quise morirme con ella, Rafael; quise hacerlo pero no pude. Durante tantos años sentí que estaba muerto en vida, ¿me entiende? Me juré que jamás volvería a amar a nadie; el resentimiento me ganó la batalla aquella noche cuando el destino me hizo esta burla macabra e incomprensible hasta que…

—¿Hasta qué, Gabriel? ¡Siga!

—Hasta que Arami llegó a mi vida —dijo Vasylenko, sin vueltas —. Y ahora entiendo que ella ya había llegado, no en diciembre cuando se incorporó a este hospital, sino la misma noche en que perdí a quien sería mi futura esposa.

Rafael lo escuchaba absorto. Trataba de hilvanar todo lo que largaba Vasylenko. A pesar de la confusión, comprendía el dolor de un hombre que, a la vez, le estaba diciendo que amaba a su hija. ¡Tantas cosas se le venían a su cabeza!

—Me hubiese gustado estar en ese momento con usted para acompañarlo, doctor; lo siento mucho. Mire, yo pienso que hay heridas que no cierran y uno tampoco puede por sí solo cerrarlas, dicen que es el tiempo el que se ocupa pero yo no lo creo. Amparo y yo perdimos a nuestros padres en un accidente cuando eran jóvenes aún. Ellos eran Pedro, mi suegro, y Benicio, mi padre. Juntos eran el espíritu de Los Lapachos, el alma de la yerba mate. Mi padre era mi única familia. Por generosidad de los Vennik y por la amistad que tenía Pedro con él, nos recibieron en su lugar y nos regalaron

años hermosos; me regalaron a Ela, la madre de Amparo, la madre que no tuve, a la abuela Janica, la madre de Pedro, sabia como ella sola; me regalaron la posibilidad de formar una familia con Amparo. Yo he renegado hasta el día de hoy por esas muertes que no acepto y ahora… ahora nos pasa esto con Arami, ¡mi única hija, doctor! Ella es la luz de mis ojos, la razón de mis días, no sé cómo explicar lo que esa gurisa es para mí. Cuando me dijo que quería ser médica yo no lo podía creer porque me acompañaba todos los días a recorrer los cultivos, al secadero, a los galpones… ¡lleva la yerba mate en sus venas! Tuve que aceptarlo, pero cuando me dijo que se iba a Rosario me enojé. Podría haber ido a Corrientes, que está más cerca, pero ella tan decidida y convencida me ganó la pulseada, como siempre. Después, creí morir cuando nos dijo que se había anotado como voluntaria para venir a San Justo. ¡Imagínese! Ya estaba toda la familia esperándola en Los Lapachos pensando que se quedaría para siempre con nosotros pero entendí que era lo que amaba y la dejé venir. Ahora me doy cuenta de que debí acompañarla más y no oponerme tanto a sus decisiones. Ahora quisiera decirle que estamos orgullosos de ella y de todo lo que ha hecho pero… —Rafael no pudo continuar, lloraba como un niño. De pronto miró a Vasylenko—: Si no lo entendí mal, ¿usted quiso decirme que ama a mi hija?

Vasylenko asintió con su cabeza primero y luego respondió:

—Sí, Rafael. Lo negué hasta el hartazgo, lo evité, hice lo imposible para que no sucediera por todo lo que le comenté hace un momento pero… no pude. Sé que la doblo en edad, ¡tengo cincuenta y dos!

—Apenas algunos menos que yo —dijo Kuarahy, riendo entre lágrimas.

—Fui un cobarde, Rafael. A pesar del poco tiempo que ella llevaba haciendo el voluntariado éramos felices haciendo nuestro trabajo, pero en dos minutos… solo en dos minutos este monstruo que nos arrasó me quitó esa sonrisa que me cambió la vida. Jamás pensé que en tan poco tiempo alguien haría que me enamore otra vez pero… ¡no pude decírselo!

—Si pudiéramos volver el tiempo atrás cuántas cosas haríamos de otro modo, doctor. Mi suegra siempre dice que para tener paz hay que aceptar el destino pero esto, esto es muy duro y no sé si pueda hacerlo algún día. Usted nos dijo que solo un milagro puede salvar a mi hija pero yo, doctor… yo no creo en los milagros.

Kuarahy palmeó la espalda del médico y se levantó para buscar a Amparo y al niño, que no se despegaba de ella.

—¡Rafael! —llamó Vasylenko desde el banco—. No se queden esta noche; creo que es mejor que ustedes descansen.

—Está bien, Gabriel.

Vasylenko se levantó y fue hacia donde estaban:

—Por el bien de ustedes, creo que es mejor que vayan considerando regresar a Misiones. Se agotarán aquí; Arami puede estar mucho tiempo en este estado, no tenemos certeza sobre eso. Quizá pueden regresar en unos días o si sucediera algo, nosotros…

—¡Ni lo mencione, doctor! —pidió Amparo, con determinación.

—Discúlpenme, señora Acuña.

—El doctor tiene razón, Amparo. Deberíamos pensar en regresar a Los Lapachos, tratar de seguir como se pueda con todo y luego regresar.

Amparo miró al niño y su corazón se deshizo. El silencio se apoderó de todos y los dejó a cada uno con su dolor.

9

Lunes 15 de enero,
Hospital de San Justo

—Doctor, dicen que han llegado unos japoneses para estudiar lo que pasó. Parece que entre ellos hay un tal Fujita; es una eminencia en el tema. Hoy, de camino al hospital, escuché que están desorientados con este tornado porque fue de una fuerza inusual. Imagínese, doctor, ¡parece que han encontrado objetos a cuarenta y cinco kilómetros de distancia desde su lugar de origen! Y, según dicen, las ráfagas han llegado casi a los quinientos kilómetros por hora, pero ya nos enteraremos de eso. ¿Doctor? ¿Me está escuchando? —preguntó José, al ver a Vasylenko con la mirada perdida.

—Sí, José, sí, solo que estoy pensando en que mañana se marchan los Acuña. Regresarán en unos quince días si no hay novedades, de lo contrario… yo los llamaré.

—Me parte el alma verlos. Arami es su única hija, pero también debo confesarle que me apena mucho verlo a usted así y no poder hacer nada para ayudarlo.

—¡Nadie puede hacer nada por nadie! —reaccionó el director del hospital—. Hemos salvado a mucha gente, José, ¡pero no puedo salvar a la mujer que amo! ¡No puedo salvar a la hija de Rafael y de Amparo! ¡No pude salvar a Faustino para que no deje solo a Eliseo! —exclamó Vasylenko, con sus puños apretados.

—No se mortifique más, doctor, no tiene sentido. Usted hizo lo que estaba en sus manos.

—Trataré de pensarlo de ese modo. Tengo que aceptar lo de Arami; la lesión cerebral es grave. Le hemos hecho algunas pruebas y, si bien faltan otras, todo nos hace presumir que puede quedar en

estado vegetativo. Lo he consultado también con la gente del Iturraspe, José. Ya se lo he informado a sus padres. —La voz de Vasylenko se entrecortó—. Quiero pensar que me despertaré de esta pesadilla —continuó—, que mañana temprano vendré y su sonrisa me hará sonreír a mí pero debo aceptar la realidad, José, por más dura que sea. Perdí otra vez… y ya no tengo más por hacer…

—¿Por qué dice que perdió *otra vez*, doctor? —preguntó José, curioso ante la extraña afirmación.

—Olvida lo que te dije, José. Ahora, dime, ¿quién queda esta noche en la Terapia?

—María.

—¿Otra vez? ¡Estuvo hace dos días!

—Sí, pero recuerde, doctor, que tenemos personal de enfermería afectado por el tornado que no está viniendo a trabajar.

—Yo también me quedaré.

—¡Usted estuvo anoche!

—No importa. Me quedaré, José. Mañana temprano se van los Acuña y los cité para darles un último informe sobre la salud de Arami.

—Sí, esta noche cuidarán del niño en la casa de María mientras ella está en la guardia.

—¿Qué será de Eliseo, José? No puedo pensar más allá de este minuto.

Las horas nocturnas transcurrían en medio de gemidos de dolor que provenían de alguna habitación, de llantos de familiares de heridos que recibían noticias inesperadas.

Vasylenko escribía en su consultorio unos informes para enviar al Iturraspe. María estaba en la guardia de la Unidad de Terapia Intensiva con la orden de llamar al director ante cualquier urgencia. De pronto llegó el silencio y, para todos, ese momento era el único instante de paz desde la fatídica siesta del miércoles anterior. Vasylenko, exhausto, haciendo un esfuerzo sobrehumano para terminar los informes, estaba a punto de entrar en una somnolencia cuando María, sin anunciarse, abrió la puerta del consultorio exaltada y fuera de sí.

—¡Doctor! ¡Es preciso que venga! ¡Venga, doctor, por favor!

Vasylenko no entendía la reacción de la mujer, pero el estado de María lo hizo incorporarse de inmediato para seguirla. Salieron al pasillo; el médico trató de calmarla:

—¡María, tranquilízate! ¿Qué sucede?

—Venga, doctor, véalo usted mismo.

Cuando ingresaron en la Terapia, Vasylenko sintió que una fuerza brutal le oprimió de repente el pecho al ver que, desde una de las camas, Arami le sonreía aún conectada al respirador, con el que luchaba para sacárselo con movimientos lentos.

—¡No puede ser, María! Llama a José, a Esteban y a Alejandro. Diles que se presenten de inmediato, por favor. Retírale antes el respirador. ¡Ah!, y llama también a sus padres, pero no les digas lo sucedido. Que me aguarden afuera.

Vasylenko sentía sus piernas flojas; daba las órdenes pero no podía avanzar hacia donde estaba Arami. Eso no podía estar sucediendo. ¡Era imposible!

—¿Se siente bien, doctor? ¡Está muy pálido! —observó otra de las enfermeras a quien María había llamado.

—No, Carmen, necesito un vaso con agua. Por favor.

Arami lo miraba desde la cama; sus ojos azules eran dos estrellas titilantes. Él quería ir hacia ella pero no le respondía su cuerpo. Tomó el agua y trató de recomponerse: «Soy médico, por favor, ¿qué me sucede? Debo de estar soñando; esto es imposible». Se acercó con cautela hacia la cama y allí la vio, ya sin el respirador. Sonreía, algo cansada, pero tenía esa luz que la caracterizaba y que a él le daba vida.

—¿Por qué lloras, Gabriel?

A Vasylenko no le salían las palabras. ¿Cómo podía decirle que lo que estaba ocurriendo no tenía explicación? ¿Que ella, unos minutos antes, estaba prácticamente muerta?

—¡Doctor! —le dijo José al llegar, atónito ante la noticia y, sobre todo, ante el estado de Arami, que lo miraba sonriente.

Cerraron las cortinas que separaban ese espacio de los otros internados mientras Vasylenko, José y otro de los médicos

comprobaban, con presteza, los signos vitales de Arami. Ninguno hablaba de lo que estaban presenciando.

—Llegaron los padres de Arami —informó María.

—¿¡Mis padres!? ¿Qué me sucedió, Gabriel? ¿Por qué estoy aquí?

—Cálmate, Arami, no hables ahora. Iremos despacio, ¿entiendes? Es probable que estés algo aturdida, pero ya pasará…

—Sus signos vitales están perfectos, doctor —observó José, aún conmovido por la impresión.

—Iré a buscar a sus padres —dijo Vasylenko.

Salió y encontró a dos personas tomadas de la mano como si estuvieran rezando. Quizá ellos pensasen que los habían llamado para darles la peor noticia.

—Amparo… Rafael…

Ambos fueron de un salto hacia el médico:

—¡Doctor! —exclamó Amparo.

Rafael, en cambio, no podía hablar; solo lo miró.

—Cálmense, por favor. Lo que debo decirles es algo difícil de explicar.

—¡Díganos de una vez! —pidió Rafael.

—Arami despertó. —Los Acuña se quedaron sin expresión en los rostros, como si los hubiesen congelado. El médico siguió—: Hace una hora, aproximadamente, María me llamó porque Arami había reaccionado y quería sacarse el respirador.

—Pero esto no era probable, ¿verdad? —preguntó Amparo, entre sollozos.

—Esto era imposible, señora Amparo, teniendo en cuenta la gravedad del cuadro. No sé qué más decir —admitió Vasylenko.

—¿Podemos ver a nuestra hija?

—Sí, pero pasen de a uno.

—Ve tú, Kuarahy —dijo Amparo al ver el rostro bañado en lágrimas de su esposo.

Rafael trató de recomponerse un poco. Entró con Vasylenko y cuando llegó a donde estaba su hija, sintió que su corazón se aceleraba sin poder frenarlo. Su niña, su hermosa mujercita de ojos

azules y de cabello negro como el azabache, lo miraba sonriente, como siempre.

—¡Papá! ¡Estás aquí!

Rafael lloraba como un niño contagiando a María, a Carmen, a José y hasta al propio Vasylenko, que ya no podía disimular su emoción.

—Sí, *m'hijita*, aquí estamos con tu madre.

—Hubo una tormenta muy fuerte, papá, apenas puedo recordarlo; de a poco me vienen imágenes. Fue algo muy feo que jamás vi en mi vida. ¡Quédense conmigo, papá! ¿Qué día es hoy? ¡Eliseo! ¿Dónde está él?

—¡Cálmate! —sugirió Vasylenko al escuchar la confusión de Arami—. Ahora debes descansar; tus padres estarán aquí hasta que te recuperes bien. Te dejaremos el suero unos días más.

—Yo estoy bien, doctor. Muy cansada y un poco confundida, pero bien. Ya me dijeron anoche que me recuperaré de inmediato.

Al escucharla, Vasylenko guiñó un ojo a Rafael invitándolo, con ese gesto, a alejarse un poco para decirle algo:

—Rafael, no se preocupe, es común en estos casos que delire y diga frases o conceptos descoordinados, inconexos. Solo María estuvo en la guardia hasta que despertó.

—Sé que te recuperarás de inmediato —le respondió Vasylenko al regresar a su lado—, pero te quedarás unos días más aquí, Arami —le comunicó el médico, apoyándole con dulzura su mano en la frente—. María, no olvides transcribir los valores que tomamos, por favor —le pidió a la enfermera, ya que con tanto movimiento y emoción generados por lo sucedido, temía olvidar lo más importante.

—Sí, aquí traje la ficha, doctor.

—No conocía a los médicos que vinieron anoche, Gabriel — dijo Arami.

—¿Qué médicos? —preguntó María, con curiosidad, ganándole de mano a Vasylenko que iba a preguntar lo mismo—. Estuve yo aquí, de guardia, y no vino ningún médico después de que pasó el doctor Vasylenko a la medianoche.

—Pues sí, vinieron y, como les dije, fueron ellos los que me dijeron que me recuperaría de inmediato. Yo estaba medio dormida y no podía hablar por el respirador y por las conexiones, que me impedían moverme. Ellos acomodaron los equipos y controlaron todo. Los vi como entre sueños, pero estaban de espalda o volteados hacia un lado; no les pude ver sus rostros. Sé que me desperté cuando la mano de uno de ellos se apoyó sobre la mía y me traspasó mucho calor. En ese momento me desperté; sí, aunque no pudiera abrir mucho mis ojos sé que en ese momento me desperté. ¡Esa tibieza se sentía tan bien!

Vasylenko, Rafael, María y José se miraron algo confundidos y ninguno se atrevía a decir algo; lo que antes eran delirios, según Vasylenko, ahora eran datos específicos.

—Controle la planilla, María, por favor —pidió el director del hospital alejándose junto con la enfermera para no inquietar a Arami.

María así lo hizo pero de inmediato escrutó a su jefe y preguntó:

—¡¿Quiénes son los doctores Pedro y Benicio?! No los conozco, doctor.

Rafael, que estaba cerca, no pudo evitar escuchar y su reacción fue mirar a Vasylenko, quien también le dirigió su mirada como pidiéndose, el uno al otro, alguna explicación. Ninguno se atrevió a dar una respuesta a María que, extrañada, seguía observando la ficha:

—No dejaron sus apellidos. ¡Qué desprolijidad! Pero, doctor, créame, nadie ingresó aquí después de usted —aseguró María, algo nerviosa por la situación.

Rafael, sin darse cuenta, comenzó a temblar como un niño asustado y Vasylenko, blanco como la nieve, buscó una silla donde sentarse. Sentía que sus piernas no le respondían.

—¿Qué ocurre, señor Acuña? ¿Se siente bien? Y a usted, doctor, ¿¡qué le pasa!? ¿Dije algo inapropiado? Solo comenté que nadie ingresó y creo, además, que esto debe ser una broma. ¡Escribir solo los nombres! —dijo María, desconcertada, sin entender por qué lo que acababa de decir había causado semejante reacción en los dos

hombres.

—María —intentó hablar Vasylenko, con calma—. No es broma y tienes razón: ninguna persona de este mundo entró anoche en esta Terapia…

—No entiendo, doctor. ¿Qué me quiere decir con *«ninguna persona de este mundo»*? —preguntó la enfermera, ya bastante consternada al ver que el padre de Arami lloraba sin consuelo, cubriéndose el rostro con sus manos.

—Señor Acuña… por favor, ¿qué sucede?

—María… —dijo otra vez Vasylenko a pesar de su conmoción—, lo que ha sucedido aquí es el milagro que podía salvar a Arami… —respondió el médico, atónito ante lo inexplicable.

—No entiendo, doctor. ¿Acaso estoy loca? Puedo asegurar que nadie ingresó pero, además, sabemos que no hay médicos en este hospital con esos nombres.

Rafael, tratando de recomponerse, respondió:

—María, no estás loca y tienes razón, no hay médicos con esos nombres porque ellos son Benicio…, mi padre, y Pedro…, el padre de mi esposa, Amparo. Ambos murieron en un accidente.

María creyó que se desvanecería. Vasylenko le cedió la silla de inmediato. Nadie sabía qué hacer ni qué decir. José continuaba con Arami, distrayéndola con alguna conversación ya que había entendido que algo sucedía detrás de las cortinas.

—Iré por mi esposa. Por favor, doctor, acompáñeme. No logro salir de la impresión. ¿Usted entiende lo que ha pasado?

—No, Rafael, pero recuerdo que usted me preguntó qué podía salvar a Arami y que yo le respondí: *«Solo un milagro…»*.

Kuarahy asintió en silencio y ambos salieron al encuentro de Amparo que, desesperada, aguardaba afuera, esperando el turno para ver a su hija. Al verlos tan llorosos los increpó:

—¡¿Qué pasa con mi hija?! ¡¿Por qué no me dejaron entrar?! ¿Por qué lloran ambos? ¡¿Acaso se murió?! ¡Díganmelo! —dijo tomando de los brazos a su esposo y dejándose abrazar por él, al mismo tiempo.

—Mi Amparo… —dijo Rafael, acariciándole el rostro para

enjugarle las lágrimas—, nuestra Arami está viva; se acaba de despertar. Ella está bien… está muy bien.

—¡¿Que ella qué?! ¡¿Qué dices, Kuarahy?! ¡No me mientas, por favor!

—Señora Amparo —intervino Vasylenko, que aguardaba detrás —, no le estamos mintiendo. Entiendo su sorpresa pero es verdad; Arami despertó hace algo más de una hora y está en perfectas condiciones. En cuestión de días podrá irse.

Amparo, que no paraba de llorar ante la noticia, volvió a preguntar:

—¿Cómo es posible, doctor? Usted mismo nos dijo que…

—Amparo —cortó el médico—, les dije que solo un milagro podría salvar a Arami y eso es… lo que ocurrió.

—No… no entiendo. ¡¿Un milagro?! ¿De qué me está hablando, doctor?

—Hay algo más que debe saber, señora Acuña.

Vasylenko trató de encontrar las palabras para explicar algo tan delicado:

—Arami nos detalló la visita de dos médicos hace un par de horas; después de que yo había hecho la ronda nocturna. María se quedó en la guardia y nadie más ingresó. Nos contó con detalles que estas dos personas controlaron los equipos y que una de ellas apoyó su mano sobre la de ella y le transmitió mucho calor. Esto la despertó, aunque estaba aún somnolienta y no pudo ver con nitidez quiénes eran porque, además, estaban de espaldas o moviéndose de un lado a otro.

—¿Pero quiénes son, doctor? ¡Ustedes deben saberlo!

—Déjeme terminar, Amparo —pidió con calma Vasylenko—. Cuando le pedí a la enfermera que revisara las planillas, muy desconcertada me informó que había registrados dos nombres que ella desconocía. No hay en este hospital personal médico que se llame Pedro… ni Benicio…

Amparo sintió que se caía; sintió su cuerpo desplomarse en brazos de Rafael. Kuarahy y Vasylenko la recostaron en el banco hasta que pudiera recuperarse.

—¡Quédese tranquilo, Rafael! Es solo un desmayo por la impresión.

Amparo estaba despierta pero sentía que no podía moverse. Miraba a su esposo mientras le preguntaba si lo que acababa de escuchar era verdad, si era un sueño o qué. Rafael, llorando, le pasaba su mano por la frente:

—Amparo, mi Amparo. Ha ocurrido un milagro, ¿puedes entenderlo? Lo que acaba de suceder es un milagro —repitió—; esos médicos que despertaron a Arami y la sacaron de su letargo no fueron otros que tu padre y el mío. ¡Fueron Pedro y Benicio! — Ambos se abrazaron y lloraron a más no poder. ¡Cuántas palabras iban en esas lágrimas! ¡Cuántas respuestas a las dudas de Rafael! Los milagros sí existían, y Pedro y Benicio no los habían abandonado.

Los Acuña se reincorporaron de a poco. Amparo se sintió mejor a pesar de la conmoción por lo sucedido. Miró luego a Vasylenko que, con los ojos empañados, no se desprendía de ellos y sintió el impulso de abrazar a ese hombre. Rafael se unió al abrazo y los tres permanecieron sin hablar, tratando de entender y aceptar que lo sucedido había sido un milagro.

—¡Necesito verla, doctor! —suplicó Amparo.

—Señora, no es momento aún. Pase, pero no le comente nada al respecto. Sepan que en unos días, Arami será dada de alta y podrá, si ella quiere, irse con ustedes. Creo que sería conveniente que esté con su familia después de esta tragedia.

—La esperaremos, doctor, y nos la llevaremos con nosotros un tiempo —dijo Rafael, aún con su corazón revuelto—, siempre y cuando no la perjudique en su trabajo.

—Rafael, Arami sobrevivió a esta catástrofe y luego, sucedió… —no sabía cómo explicarlo— lo que acabamos de presenciar. Creo que necesitará descansar en su tierra, con su gente, con su familia que tanto ama. Ella tiene tanto, tanto para dar…

Amparo y Kuarahy se miraron al escuchar las palabras del médico. No necesitaron más para entender lo que realmente quería decir Vasylenko. Su preocupación, su tono de voz al hablar de

Arami, daban cuenta de que el aprecio por ella iba mucho más allá. Rafael lo sabía; él se lo había confesado en el jardín del hospital. Todavía no había encontrado el momento de contárselo a su esposa, pero ella se acababa de dar cuenta.

—Nos gustaría, doctor, que cuando pase esta tormenta que han atravesado aquí, pueda ir a visitarnos. Los Lapachos le traerá el remanso y el consuelo, ante tanta muerte, que usted necesita. ¡Nuestra yerba mate hace milagros! —dijo Amparo, sin poder contener sus lágrimas de nuevo.

—Algún día, señora Acuña. Quién sabe…

Los días pasaron y Arami, ya recuperada, estaba en la casa de María junto con Eliseo y sus padres, que la llevarían de vuelta a Apóstoles por un tiempo. No había renegado de la decisión que ellos habían tomado. Le haría bien volver a Los Lapachos, a los cultivos, al verde envolvente, a los atardeceres rojizos. A pesar de haber sobrevivido sentía una tristeza que no podía explicar: tristeza por tantos muertos, por tantos heridos, por tantas familias destruidas, por la ausencia de su querida Ludovica, que aún continuaba en Santa Fe, tristeza porque debía abandonar a Eliseo, que se quedaría con María hasta que lo buscase algún familiar, tristeza por dejar por un tiempo el hospital y tristeza porque dejaba a… Gabriel, pero esto último era un secreto que dejaría sepultado entre los escombros de San Justo. Nada sabía de lo sucedido aquella noche en la Terapia cuando había despertado de repente; desconocía que habían acordado no comentarle nada acerca de la causa de su recuperación milagrosa. Esperarían un tiempo más.

Fue al hospital para despedirse de sus compañeros; cuando llegó al consultorio de Vasylenko vio que el médico no estaba.

—El doctor se fue temprano —dijo José.

—¡¿Cómo que se fue temprano?! ¿Acaso no sabía que yo vendría a despedirme?

José la miró, sin poder dar una respuesta.

—Discúlpame, José; tú no tienes por qué saber. Es que pensé que el doctor me esperaría; su viaje debe de haber sido más importante.

—Te extrañaremos, Arami, pero te hará bien volver a tu lugar. Es muy fuerte lo que has pasado.

—Tú también lo pasaste, José. Estoy orgullosa de haberte conocido. He aprendido mucho de ti y de todos mis compañeros, de las enfermeras, ¡de todos!

—Eres nuestra heroína, Arami. ¡Salvaste a Eliseo!

—Cualquiera de nosotros lo hubiera hecho. ¡Para eso somos médicos! —dijo dando una palmada en el hombro de su amigo.

—No, amiga, tú estuviste en el lugar y en el momento justo con él.

—¡Como los ángeles!, ¿eh?

José quedó en silencio ante el comentario y luego agregó:

—Sí, claro que sí… como los ángeles.

10

Los Lapachos, Apóstoles, Misiones
Dos meses después

De a poco, todo volvía a su lugar. Las noticias que llegaban desde San Justo, daban cuenta de la magnitud que había tenido el fatídico tornado del 10 de enero. La conclusión final a la que llegaron los científicos japoneses que habían ido a la localidad para estudiarlo era que el viento había alcanzado casi los quinientos kilómetros por hora y que no había durado más de dos minutos. El feroz asesino había dejado ochenta muertos y setecientos heridos, aproximadamente.

Arami caminaba hacia los cultivos con su padre como antes, como siempre. En la casa habían quedado su madre y su abuela, ya más tranquilas después de lo sucedido y porque Arami estaba bien. Preparaban dulzuras para esperar a Salvador que les había anunciado su visita para el día siguiente junto con Irupé.

Arami, unos días atrás, ya le había contado a su familia que era el momento de regresar a San Justo; debía hacerlo. Sus padres lo habían aceptado. Después de lo sucedido habían entendido que ella debía hacer lo que la hiciera feliz donde fuera que eso estuviese. No habían hablado de lo ocurrido aquella noche en el hospital. Rafael y Amparo jamás encontraban las palabras para explicarlo, entonces callaban, Rafael más aún.

—Papá… necesito decirles algo —dijo Arami mientras recorrían el rojizo sendero hacia el secadero.

—Si necesitas adelantar tu partida, lo entenderemos, hija — se adelantó Rafael, aun sintiendo su corazón destrozado por la inminente ausencia de Arami.

—No papá, lo que quiero decirles es que no regresaré a San

Justo. También se lo comunicaré a mamá cuando regresemos.

—¡Pero Arami! ¿Cómo que no lo harás? ¿No nos has dicho que era tu deseo volver? ¿Que quieres seguir trabajando en el hospital?

—No. Ya no puedo volver. Las cosas cambiaron; yo cambié.

Rafael, que algo intuía, preguntó:

—¿Qué sucede, hija? Porque algo pasa, ¿verdad?

Él no olvidaba la confesión de Vasylenko aquel día en el jardín del hospital, pero tampoco ignoraba que el médico se había llamado a silencio y hacía dos meses que nada sabían de él. ¿Para qué ilusionar a su hija? No podía entrometerse.

—Sí, papá. Pasan cosas… Entendí, quizá de la peor manera, que en ningún lado soy feliz como en mi tierra colorada. Los aromas, la gente, el perfume de la yerba… Cuando salí como loca aquel día, en San Justo, a buscar a Eliseo antes de la tormenta, sentí un miedo de otro planeta. Solo quería estar con ustedes dos y que me abrazaran. Quería estar con la abuela para que me calmara… Puedo trabajar como médica por estos lares, que también hace falta. Gracias a Dios esa tormenta ya pasó… ¡aunque dejó tantas, tantas secuelas, papá!

—Ay, hija querida… —dijo Kuarahy pasando su brazo por los hombros de Arami, su eterna niña—. Creo que hay una tormenta que no pasó y es la que se desató en tu corazón. Creo también que es verdad lo que sientes por esta bendita tierra, pero hay alguna razón más por la que no quieres volver a San Justo. ¡Eso creo!

—Extraño a Eliseo, eso es verdad, pero… —Arami quedó en silencio unos minutos sin poder evitar que sus ojos se empañaran y luego siguió—: Si vuelvo, papá, sufriría aún más.

—¡¿Sufrirías más?! ¿A qué te refieres? —preguntó Rafael.

—Prefiero que esté lejos a tenerlo cerca y que… no me corresponda.

Kuarahy supo de inmediato lo que tenía angustiada a su hija:

—¿Quién dijo que el doctor no te corresponde, Arami? —preguntó, mordiéndose los labios para evitar seguir hablando.

—¡Tuvo tantas oportunidades de hablar y no lo hizo, papá!

—Quizá aún no se haya dado cuenta. Quizá le hayan pasado cosas en su vida… —sugirió Kuarahy, pensando en lo que había

sucedido en la Estación La Cruz, casi treinta años atrás.

—Sí, papá. Se dio cuenta pero no lo acepta; quiere seguir viviendo con él, para él y solo por él; por eso no me corresponde. Ya lo he decidido: me quedaré aquí y comenzaré a trabajar cuanto antes. Soy médica, hago falta. Puedo curar aquí o en cualquier lado.

Rafael sabía que cuando su hija tomaba una decisión no daba marcha atrás.

—Además —agregó Arami—, los tendré cerca a ustedes. ¡Ya no más distancias! Se sufre demasiado. Los quiero conmigo y a mi yerba mate también. Esta es la tierra de mis abuelos y aquí me quedaré.

Cuando dijo *«de mis abuelos»*, Rafael sintió que la piel se le erizaba al recordar lo ocurrido aquella noche en la Terapia del hospital, pero el saludo de Kaspar, que salió al encuentro, lo salvó:

—¡Arami! ¡Señor Rafael! Vengan, justo paramos para unos mates.

Padre e hija pasaron la jornada entre los trabajadores del secadero. Recorrieron los cultivos y el galpón del estacionamiento de la yerba. Rafael miraba de soslayo a su hija y se emocionaba, aunque ocultaba este sentimiento. «Eres el retrato fiel de tu abuelo Pedro, mi Arami. Lo llevas en las entrañas», pensó mientras observaba el entusiasmo de su hija en cada cosa que hacía, que comentaba, que proyectaba junto con los hombres. Heriberto y Lautaro la miraban con afecto profundo, casi la habían criado.

—¡Qué orgullo señor Rafael! Pensar que a la *dotorcita,* la vimo' nacé. —Recordó uno de ellos. Esto trasportó a Rafael veintiséis años atrás, cuando llegó en la madrugada a la casa y encontró a Amparo con ese hermoso capullo en brazos, pero también recordó que Vasylenko le había confesado que había perdido a su prometida esa misma noche en el accidente; justo en la noche en que había nacido Arami.

—Sí, Heriberto, ha crecido demasiado rápido. Tan rápido crecen, que no nos dan tiempo a entender algunas cosas…

11

La mañana siguiente amanecieron todos muy temprano en Los Lapachos. Amparo y Ela ya casi terminaban los platos que habían preparado para la familia.

Arami no quería perderse la salida del sol; sus rayos dorados se entrelazaban con las hojas de los árboles y ese espectáculo era encantador. Observaba, desde la galería, la maraña verde que rodeaba la casona y que la embelesaba cada vez más. ¡Había extrañado tanto sus árboles! En San Justo, solo había podido contentarse con el bosque de eucaliptus, pero al pensar en ese lugar recordaba, sin querer, las innumerables ocasiones en que lo había invitado al doctor Vasylenko, a Gabriel, a… Havryl. La nostalgia la estaba invadiendo y no lo permitiría; ya había tomado una decisión. Ela salió a dejar unas ollas para que se enfriaran sobre la pequeña mesita. ¡Tenía tanta candidez a pesar de sus años! Cuántos sufrimientos había pasado esa mujer de serena belleza y, sin embargo, su rostro iluminaba por doquier.

—¿Estás segura de que quedándote aquí sufrirás menos? —dijo Ela, acariciando el sedoso y negro cabello de su nieta.

—Sí, abuela, pero no quisiera hablar de eso. Hoy es un día de fiesta para nosotros. Estoy feliz porque viene el tío Salvador y esto las pone muy contentas a ti y a mamá. ¡Me encantan las mesas llenas de familia!

Ela la miró y quedó en silencio.

—A veces es cuestión de tiempo, mi niña. ¡Vamos! Recoge algunas florcitas silvestres y prepara para esta noche un lindo centro de mesa.

—Te quiero, abuela.

«Pero él ya se ha tomado bastante tiempo», pensó.

—Yo también.

Al caer el sol llegaron Salvador e Irupé desde el valle del este. El abrazo de Ela con su hijo menor fue interminable. Amparo le siguió y así toda la familia. Irenka, su esposo y Kaspar también estaban invitados a la cena.

La noche era una invitación a soñar despiertos. Las estrellas, como siempre, pintaban de plateado el cielo misionero.

Rafael estaba exultante; tenía a su familia reunida alrededor de la mesa y a Arami… que había decidido quedarse. Al mirarla, sabía que con ellos también había dos ángeles; ahora lo aceptaba y eso… eso le traía paz, aunque nada habían comentado a Arami para no confundirla más luego de la tragedia que había vivido; sin embargo, algo le decía que esa decisión de quedarse en Los Lapachos era forzada. Percibían con Amparo que un dolor le laceraba el alma pero respetaban, con su silencio, la determinación de su hija.

Degustaron los platos ucranianos y polacos que las mujeres Vennik habían preparado.

—¡Nunca estaré a la altura de ustedes en la cocina! —dijo Arami haciendo reír al resto de los comensales.

—Tú, mejor cura heridas, hija. ¡Naciste para eso! —aseguró Amparo, llena de orgullo.

«¡Ni curar las mías puedo, mamá!», pensó Arami; sin embargo, alzó su copa y dijo:

—Familia, quisiera compartir una alegría inmensa. La semana entrante comienzo a trabajar con el doctor Nunielka. Él ya casi está retirándose y quiere que lo suceda. ¡No puedo estar más feliz!

—¡Hija querida! ¡Qué alegría nos das! —dijo Rafael, alzando su copa también.

Amparo tenía sus ojos llenos de lágrimas. ¡Había extrañado tanto a su única hija!

—Haré lo que amo en el lugar que amo —dijo Arami y bajó su cabeza. Todos entendieron que era por emoción, pero Kuarahy intuyó que a lo que había dicho su hija le había faltado agregar: «Y con quien amo»… Pero eso era imposible por cómo estaba la situación.

—¡Nosotros también tenemos que contarles algo! —dijo

Salvador desde la otra punta de la mesa—: ¡Nos casaremos! —expresó con mucha alegría mientras le tomaba la mano a Irupé.

—¡Era hora, cuñado! —exclamó enseguida Rafael, causando la risa de todos.

Ela estaba radiante porque las cosas se iban acomodando. Dios le había dado vida para ver finalmente feliz a su amado hijo, después de tantas dificultades. Amparo y Rafael conservaban intacto su amor después de tantos años y ahora su adorada nieta Arami se quedaría para siempre en Los Lapachos, ayudando a curar a otros, como siempre lo había hecho desde pequeña, pero notaba que esos ojos azules estaban tristes y no había nada que le quitara esa intuición. Pidió permiso y se levantó para poner algo de música típica en el tocadiscos y así apagar la tristeza oculta de Arami.

Aún hacía calor por las noches a finales de marzo. Las hojas de las ventanas estaban abiertas de par en par. Una luz se percibió desde la sala y Rafael, al escuchar el motor, se volteó a mirar.

—Es Heriberto; como hoy venía Salvador le dije que se diera una vuelta.

Se levantó para ir a recibirlo pero al abrir la puerta vio que la camioneta era algo distinta hasta que se dio cuenta, a pesar de la oscuridad, de que era de otro color. No dijo nada pero sus piernas se aflojaron cuando vio que quien se bajaba era el doctor Vasylenko.

Rafael se adelantó y salió a la galería. Lo único que atinó fue a estirar su mano para saludarlo:

—¡Qué sorpresa! Bienvenido a Los Lapachos, doctor —dijo con cierta solemnidad.

—Buenas noches, Rafael.

—¿Qué lo trae por aquí, Gabriel?

Kuarahy tiraba frases como si fuera midiendo la situación. No quería que su hija sufriera aún más.

—Necesito hablar con Arami, Rafael.

—Ha hecho un viaje demasiado largo, doctor. Espero que sea importante.

—Lo es, Rafael, por eso le pido, si me permite, hablar con ella y

darle mi saludo a la señora Amparo, por supuesto.

A pesar de que el médico era solo algunos años menor que Rafael, lo trataba con mucho respeto.

—¡Vamos, entra, Heriberto! ¡Te estamos esperando para el brindis! —dijo desde la mesa Arami, con su copa alzada, ante la demora de su padre en la galería. De pronto Rafael ingresó y su semblante extrañó a todos.

—¿Qué sucede? —preguntó Amparo.

—Pase, por favor —dijo Rafael, mirando hacia afuera.

Arami, en un movimiento involuntario, dejó caer la copa, gesto que a Ela le dio la respuesta que necesitaba. Amparo trató de recomponerse:

—¡Qué sorpresa, doctor! ¿Qué lo trae por aquí? ¡No sabíamos que venía!

—Buenas noches, doctor —dijo Ela, menos eufórica. Ella no lo conocía personalmente pero se había dado cuenta de quién se trataba —. ¡Pase! Es bienvenido en esta casa.

Vasylenko miró a Arami como esperando también su saludo. Ella quería hablar pero no podía. Temblaba, aunque trató de disimularlo:

—Buenas noches, doctor. ¡Tanto tiempo! Tiene razón mi madre, no sabíamos de su visita. ¿Qué lo trae por aquí? Supongo que su familia en Corrientes, ¿no? Hace bien en acordarse de los suyos; ¡usted vive siempre tan ocupado!

—¡Arami! —le llamó la atención su madre, al notar las palabras de su hija cargadas de ironía.

Rafael notó cierta incomodidad en el médico y no supo qué responder, pero lo invitó a pasar y a sumarse a la mesa.

—Discúlpenme, volveré por la mañana. Ahora están en familia y…

—¡Por favor, doctor! Comparta la mesa con nosotros —pidió Ela.

—¡Abuela! —dijo Arami—. Quizá el doctor tenga otros planes más importantes y prefiera volver mañana, ¿no es así, doctor?

Ela miró a su nieta, sorprendida por su reacción, pero no dijo

nada.

Rafael hizo un gesto invitando a Vasylenko a sumarse pero este se quedó donde estaba:

—Gracias, Rafael, pero necesito responderle a Arami.

Clavó sus ojos en la médica. Arami le sostuvo la mirada aunque sentía convulsionado su cuerpo entero. A pesar de la diferencia de edad, para ella era el hombre más bello que había conocido en su vida y su admiración por él seguía intacta; sin embargo, su rostro se mantenía hierático.

—Arami, lo que me trae por aquí no es mi familia correntina, aunque iré a visitarlos, por supuesto, sino… tú.

Al escuchar esto, ella trató de mantener su postura pero la respuesta de Vasylenko la doblegó. El resto de la familia quedó petrificado, excepto Rafael, que sabía hacia dónde se dirigía el director del hospital. Nadie interrumpió.

—Doctor, si viene a pedirme que vuelva, es inútil. No pierda tiempo; me quedaré en Apóstoles y aquí trabajaré. Ya lo he decidido.

—No, no vine a buscarte. Solo quiero pedirte que me perdones —suplicó Vasylenko—. Fui un estúpido; te dejé ir, no pude hablar a tiempo, ¡no pude hacerlo!, y luego pasó esa tragedia que nos arrasó. Tuve miedo. Ya perdí una vez…

Arami lo miró, sorprendida, pero respondió con firmeza:

—Doctor Vasylenko, hace dos meses estuve esperándolo en el hospital para despedirme de usted. Le había dicho que yo viajaba y quería saludarlo. Esa mañana José me dijo que se había ido y me quedé igual, esperando, porque pensé que usted no me dejaría venir sin darme, al menos, un abrazo. También tuvo muchas oportunidades de hablar conmigo, doctor. ¿Se acuerda cuando me llevó hasta mi casa aquella noche antes del tornado? Yo aún lo veo delante de mí, con su boca casi largando las palabras, pero prefirió callar y yo me quedé allí, esperando… otra vez. No sé qué tan importante sea lo que necesita decirme, doctor, si no viene a proponerme que vuelva a San Justo.

—Arami, hija, escucha por favor —intervino Amparo. Arami

miró a su madre. Su orgullo y su corazón heridos no le permitían darse cuenta de lo que estaba sucediendo, pero trató de ceder un poco.

—¿Qué fue lo que perdió, doctor? —preguntó, recordando vagamente lo que alguna vez había mencionado Ludovica.

Vasylenko bajó la cabeza y tomó aire para continuar:

—Hace muchos años, hubo un accidente ferroviario en la Estación La Cruz, de Corrientes. Yo apenas me había recibido y trabajaba cerca de allí.

Amparo y Ela lo miraron con sorpresa. ¡¿Cómo no recordar el accidente que casi les cuesta la vida a sus amigos Imanol y Maiora aquella noche del 47?! Pero ¿por qué el doctor volvía a ese hecho tan horrible?

Arami lo miró con atención; sin dudas conocía acerca del accidente por comentarios de sus padres.

—Debes sentirte orgullosa de tu padre; colaboró sin cesar toda la noche.

—Lo sé, doctor, pero ¿por qué se remite a ese accidente?

—Esa noche, Arami, mi prometida venía en el tren sin que yo lo supiera. Teníamos fecha de casamiento y venía para darme una sorpresa. Yo no lo sabía y me enteré de la peor manera cuando vi… su cuerpo entre los restos. —El silencio era tenso en la casona—. Cuando tus padres llegaron al hospital de San Justo y vi el rostro de Rafael, recordé que había sido aquel hombre que me había ayudado durante toda la noche en La Cruz a llevar heridos hasta los hospitales cercanos, yendo y viniendo, incansable… pero más grande fue mi sorpresa cuando me contó que al regresar a su casa su hija había nacido: ¡tú, Arami! Tú naciste el mismo día en que yo había perdido a la persona con quien me iba a casar. Cuando lo supe me resistí, en un primer momento, a pensar que los milagros existen. ¡No podía ser tanta casualidad!

Arami sentía un nudo en su garganta. Ahora entendía algunas actitudes del médico; sin embargo, su desdicha fue más grande al saber que él había amado a otra persona y hasta quizá continuase amándola…

—Doctor, no entiendo por qué me cuenta esto. Me alegro por usted, me alegra que crea que, quizá, los milagros existan… yo no lo sé. Creo que no hay nada más que hablar al respecto.

—¡Arami! —intervino de repente Kuarahy—. ¡Claro que los milagros existen!

Su hija lo miró con extrañeza:

—¿Tú me dices eso, papá? Siempre has renegado de algunas cosas que no quiero mencionar ahora.

—Hija… —dijo Rafael con tono sereno—, si tú estás viva es porque el doctor te rescató de los escombros en La Guadalupe. Fue él quien te sacó de allí, inconsciente.

Arami lo miró desconcertada:

—¡¿Por qué nunca me lo dijeron?! Yo recuerdo muy poco de ese momento. Quizá mi mente haya querido borrarlo…

—Lo más importante era que tú estuvieras a salvo, en el hospital —dijo Vasylenko, con pudor.

—Gracias… doctor —dijo Arami, algo avergonzada por sus reacciones precedentes. Amaba a ese hombre; ya no tenía vuelta atrás, pero él no decía nada, no ponía sus sentimientos en palabras y eso la enojaba; entonces, debía callar.

—Hay algo más que debes saber, hija —dijo Rafael buscando el apoyo de Amparo—: como te acabo de decir, llegaste al hospital gracias al doctor que salió a buscarte en medio del desastre…

Arami bajó la mirada, arrepentida de su actitud hacia Vasylenko, aunque seguía sin entender por qué él no era capaz de decirle a voces que la amaba. Quizá su amor no fuese suficiente, quizá su capacidad de amar se había muerto con su prometida aquella noche... Volvió a mirar a su padre:

—Estabas muy mal, Arami —continuó Rafael ante el silencio de la familia—, solo esperábamos el desenlace —largó, con su voz cortada al recordar ese momento—, pero nos llamaron del hospital en la madrugada. De repente habías despertado y estabas completamente sana…

Amparo, Ela y hasta Salvador no pudieron evitar que las lágrimas de emoción ganaran sus rostros.

—Comentaste a María, la enfermera, y al doctor Vasylenko, que dos médicos habían ido a verte en la noche y que uno había apoyado su mano…

—¡Sí, papá, lo recuerdo con exactitud! Uno apoyó su mano tan tibia sobre la mía que eso me despertó. Lo recuerdo bien, aunque no pude ver sus rostros; estaba todavía algo adormilada.

—Arami, nadie entró después de la ronda que hizo el doctor Vasylenko a la medianoche —agregó Kuarahy.

—¡Pues se les escapó el control! —dijo riéndose Arami pero al ver que nadie la seguía, se dio cuenta de que algo pasaba y cambió su semblante.

—Arami —intervino Vasylenko con prudencia—. Ningún médico ingresó en la Terapia después de mí. María estaba de guardia cuando despertaste. Tú… estabas sola.

—No, Gabriel. Yo no estaba sola. Es imposible que María no los haya visto; ella estaba a mi lado, junto a mi cama, cuando ellos estaban allí, ¡con nosotras!

—Arami… —trató de explicar Vasylenko—. cuando María revisó las planillas del control de ingreso, encontró dos nombres escritos: Pedro y Benicio… Ni tu padre ni yo pudimos decir nada ante lo que María nos acababa de decir. Tú… ibas a morir, Arami, y cuando te revisé ¡estabas perfecta!

Arami buscó apoyo sobre la silla, despacio, lento, como si quisiera entender lo que estaba sucediendo. Ela, conmovida, estaba con sus manos juntas, en actitud de rezo o, más bien, de agradecimiento. Acababa de enterarse y, sobre todo, de entender lo que había sucedido.

—Entiendo que te resistas a creer que las cosas buenas pueden pasarnos, hija —dijo Rafael tomando la palabra—, pero yo también siempre lo hice; jamás acepté que tu abuelo Pedro y mi padre hubieran partido tan temprano hasta que pasó… lo que pasó aquella noche en el hospital. Seguramente Pedro fue quien apoyó su mano sobre la tuya… —Rafael necesitaba decir lo que tenía en su corazón—: Claro que los milagros existen, hija querida. ¡Dos ángeles te trajeron a casa! Y, por favor, ¡escucha al doctor! Yo

también, hace muchos años, fui a buscar a tu madre en medio de una función en el Teatro Colón. Había sido tan tonto como el doctor, porque no había encontrado el modo y el momento de decirle que la amaba —confesó, mirando con una pícara complicidad a Gabriel—. Recorrí kilómetros en tren. Tu abuelo Pedro me dijo que, aunque me fuera a otro universo, la seguiría amando, y entonces entendí que debía buscarla y no perderla nunca más. Gabriel vino a buscarte… porque te ama, ¿verdad, doctor? Nada cambiará su vida anterior, pero solo una persona puede cambiarle su vida ahora y esa persona eres tú, mi vida. ¡Son el uno para el otro!, con tu madre lo notamos enseguida.

Vasylenko no podía hablar, solo estaba esperando un abrazo de Arami porque amaba a esa mujer con locura. Arami saltó de la silla de un respingo y lo abrazó con una fuerza poderosa que lo devolvió a la vida en un segundo. Amparo, emocionada hasta más no poder por todo lo que había escuchado, también abrazó a su esposo:

—Te amo desde que nací, Rafael Acuña, ¿lo sabías?

Ela sonreía colmada de dicha. «¡Yo sé, mi Pedro, que andas siempre por aquí, no nos has abandonado jamás y tú, Benicio, has traído paz a tu hijo!», pensó.

—Tengo una sorpresa —dijo Vasylenko, tratando de reponerse del momento—. Aguárdenme.

Salió de la casa y al regresar entró con Eliseo. La algarabía de todos inundó el ambiente de felicidad.

—¡Eliseo! ¡Mi niño! —gritó Arami, mientras envolvía con sus brazos al pequeño.

—Él, ahora, es mi hijo —dijo el médico—. Estoy con los trámites de adopción pero para mí, él ya es mi hijo, y yo quiero que seas… su mamá. ¿Aceptas?

Arami no pudo hablar; creía que era un sueño. ¡No podía entender tanta felicidad! Volvió a abrazar a Gabriel.

—Hay algo más que queremos contarte, doctora Arami —dijo Vasylenko, mirando con complicidad a Eliseo: no vinimos a buscarte… sino a quedarnos contigo.

Rafael lo miró, sorprendido. ¿Qué estaba diciendo el médico?

¿No se llevaría a su hija? ¿Acaso se quedarían allí? No se atrevió a hablar y dejó que el médico lo hiciera.

—Si nos aceptas, nos quedamos a vivir en tu tierra. También estaremos cerca de la mía, ¡y Eliseo tendrá más abuelos aún!

—¡¿Quieres decir que te quedarás en Apóstoles?! Pero… ¿Y tu trabajo en el hospital de San Justo? ¡Tienes un puesto muy importante!

—Hay médicos muy capaces, Arami. Cualquiera de ellos puede ocupar mi lugar. Todo ha vuelto, de a poco, a la normalidad. Lo que dejó el tornado no lo olvidaremos jamás, pero allí nos dimos cuenta del equipo que formamos en el hospital y, créeme, cualquiera de ellos puede dirigirlo. Quiero estar contigo el resto de mi vida y sé que este lugar es tu felicidad, también. ¡No parabas de hablar de tu yerba mate!

Luego miró a los padres de Arami:

—Rafael, Amparo… si me dan su bendición, quisiera casarme con ella porque… la amo con mi alma —dijo mirando a Arami—. Te amo con mi vida entera, mi bella y sonriente doctora.

La familia entera se fundió en un abrazo.

—Brindemos con lo que corresponde —dijo Ela—. ¡Irenka, prepara unos mates!

La mujer, que había presenciado ese mágico momento, salió corriendo hacia la cocina y preparó la bebida de la unión.

La noche continuó en la galería bajo el manto espeso de estrellas. Conversaban, reían, recordaban y hacían fiesta al pequeño Eliseo, que no soltaba a Arami, su mamá. Rafael miraba, de a ratos, al cielo:

«Gracias, padre; gracias Pedro. Ahora tengo paz».

12

Arami se despertó la mañana siguiente y tuvo miedo de haber soñado lo vivido la noche anterior pero su madre, que justo entró en su habitación con una bandeja llena de dulzuras de la abuela Ela y el mate listo, le cortó el pensamiento.

—¡Buenos días, futura señora Vasylenko!

Ambas rieron.

—¡No puedo más de felicidad, mamá! ¡Amo a ese hombre y a Eliseo no sabes cuánto más todavía!

—Lo sé hija, de solo recordar tu expresión cuando entró en la casa anoche me di cuenta. ¡Y pensar que tu padre decía que te ibas a casar con Iván!

—Jamás lo amé, mamá.

—Lo sabemos, Arami.

El atardecer trajo brisa fresca. A esa hora todos los aromas se intensificaban y traían magia al lugar. Gabriel y Eliseo habían aceptado la invitación de quedarse por unos días más en Los Lapachos para disfrutar de la familia y conocer los rincones más encantados del establecimiento. Luego viajarían a Corrientes para rescatar afectos perdidos de Vasylenko, para recuperar el amor a su tierra que había dejado por dolor, tantos años atrás. Era el momento de volver, de mostrarle a Eliseo que otra familia también lo aguardaba en Corrientes; era el momento de reconciliarse con el pasado y hacia allí viajaría con el niño. Arami entendió que, esta vez, era un viaje que Gabriel debía hacer sin ella, luego se establecerían en una casa que su padre les había prometido construir dentro de Los Lapachos.

Los dos caminaban entre los cultivos, tomados de la mano. Eliseo estaba con su bisabuela, Ela, ya aprendiendo el arte de cebar mate.

—Soy el hombre más feliz del mundo, Arami. ¡Hasta tengo miedo de tanta felicidad! —exclamó Vasylenko.

—Yo también, Gabriel, pero no debemos tenerlo. De a poco voy entendiendo. He comprendido que realmente tenemos ángeles que nos protegen. Este lugar está encantado. Mi madre fue una talentosa cantante de ópera y llevó su voz por los escenarios del mundo, pero un día dejó ese mundo y volvió aquí, con mi padre, ¡y son tan felices, Gabriel! Mi abuelo Pedro jamás le impidió que cumpliera su sueño y, aun quebrado del dolor, la llevó en tren hasta Buenos Aires y allí la dejó. Conmigo, mis padres hicieron lo mismo y me dejaron ir… y hoy estoy aquí, otra vez, caminando entre mis cultivos de yerba, contigo, y planificando una vida juntos en este lugar, proyectando trabajar como médicos, tal como amamos hacer.

—No me sueltes la mano, Arami. No soportaría perderte.

—Nos conocimos antes de una tormenta… me enamoré de ti; luego un milagro llamado Pedro me trajo a la vida otra vez y hoy estás en mi tierra colorada, Gabriel. Estás aquí, tomándome la mano, con un niño que me aguarda en la casa y que me dice «mamá»… ¿Sabes, doctor Vasylenko? Ahora sé, que los milagros también suceden después de las tormentas.

Arami y Gabriel se fundieron en un beso que selló un amor eterno como el que Pedro transmitió a su familia por la yerba mate.

EPÍLOGO

Los médicos Gabriel Vasylenko y Arami Acuña se casaron tres meses después, en Apóstoles, Misiones. Hubo una gran fiesta en Los Lapachos a la que asistieron los amigos de la familia y, por pedido expreso de Arami, todos los trabajadores del establecimiento. También llegó desde San Justo Ludovica, ya radicada otra vez en la ciudad santafesina y adaptándose a lo que el destino le había deparado; José, flamante director del hospital, y María habían viajado con ella. Los padres de Gabriel también habían arribado desde Corrientes, felices por la dicha de su hijo.

El doctor Vasylenko y su esposa formaron grupos de ayuda a los damnificados por el tornado y se comprometieron a visitar el hospital de San Justo con frecuencia.

Algunos meses después de la boda, Eliseo lloró de la emoción cuando nació su hermanito, a quien llamaron Faustino, en honor a su papá.

Y Rafael cada noche, a partir de aquella madrugada en el Hospital de San Justo, miraba al cielo y con un guiño deseaba buenas noches a sus ángeles guardianes.

NOTA DE LA AUTORA

En palabras del profesor japonés Tetsuya Theodore Fujita: *«Fuera de los límites de los Estados Unidos, el tornado acaecido en la ciudad de San Justo, provincia de Santa Fe, el 10 de enero de 1973 a las 13:55 —según los testimonios—fue el peor del mundo».*

Los estudios realizados arrojan que el viento, en aquel fatídico miércoles, llegó a los cuatrocientos sesenta kilómetros por hora. Fue la catástrofe meteorológica más cruel de la Argentina. Medios periodísticos del mundo se hicieron eco de esta tragedia. Casi dos mil personas quedaron sin casa, los muertos llegaron a ochenta; hubo animales descuartizados y hasta gallinas desplumadas…

El tornado de San Justo fue un monstruo que se originó a orillas del río Salado y habría concluido su marcha cien metros al norte de la intersección de la Ruta 11 y el Boulevard Pellegrini. Su recorrido fue de siete kilómetros. Un fenómeno aún hoy inexplicable dadas sus características.

Mientras investigaba sobre esta tragedia me detuve, muchas veces, cuando leía los testimonios. Me hizo pensar en la fragilidad de los planes humanos, en cómo, en un segundo, nos puede cambiar la vida para siempre; sin embargo, estoy convencida de que los milagros suceden, hasta aun… después de las tormentas.

¡Gracias!

A mi **familia**. Sin ustedes, nada. Por ustedes, todo.

A **Liliana Spadini**, presidente de la Biblioteca Popular Mariano Moreno de San Justo, Santa Fe. Sin tu ayuda, hubiera sido imposible escribir *Después de la tormenta*.

Al Ingeniero Agrónomo **Martín Conti**, de Cooperativa Agrícola de la Colonia Liebig Ltda., Corrientes. Gracias por tu valiosísima ayuda y por echar luz sobre aspectos que yo desconocía.

A **Raquel «Tati» Selb**, mi amiga querida, de Cooperativa Agrícola de la Colonia Liebig, Ltda., Corrientes.

A **Carlos García Coni** y a **Mario José Zajaczkowki**, por las recetas que usó mi Ela.

Al **Licenciado Oscar Alejandro Degiusti**, Subsecretario de Marketing y Promoción de Eventos del Ministerio de Turismo de Misiones.

A **Conrado Marcos Bocco**, médico especialista en Medicina Interna. Conrado, siempre lo digo, sos un ser increíble y tu humildad te hace más grande aún.

A **Virginia** y **Horacio Marra** (ya un ángel que nos cuida desde el cielo), por su apoyo incondicional, ¡siempre!

Al abogado y escritor **Luis Carranza Torres**, por su asesoramiento técnico.

A **Cristina Gómez de Schivo**, un angelito en la tierra que me sostuvo en momentos difíciles. ¡Gracias!

A **Leti** y a **Cristina**, mis amigas hermanas, que me tomaron la mano y no me dejaron caer.

A **Constanza Riverá**, por ayudarme con tanta dedicación, gentileza y paciencia. Por ver lo que yo, en el fragor de la escritura, no pude ver.

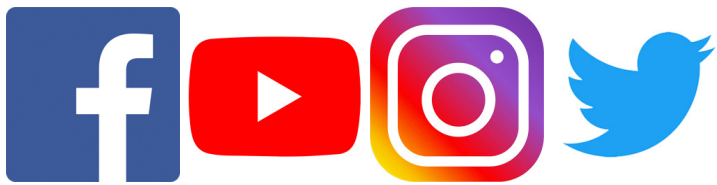
A mis queridos **lectores** amigos, por estar siempre, por alentarme a seguir, por el afecto inconmensurable que me brindan.

¡Les dije, infinitas veces, que son mi mayor tesoro!

A **Tamara Sternberg**, mi editora, por confiar en mí una y otra vez. Por acompañarme en cada momento, en los buenos y en los malos, de mil y una maneras. Por alentarme a seguir y ver siempre lo bueno.

A mi querido **Cura Brochero**, por apoyar su mano tibia sobre la mía, una y otra vez.

Y como siempre, como lo diré mientras escriba, gracias a **Dios** por elegir para mí la perseverancia y la voluntad. Por darme la fuerza para seguir adelante pase lo que pase, más allá del dolor, más allá de la tristeza, más allá de lo incomprensible. Porque me di cuenta de que parte de mi alma va en las letras y porque escribir me salva y me sostiene. Gracias por ayudarme a creer que los milagros suceden, **más allá de las tormentas…**

Grupo Planeta

¡Seguinos!